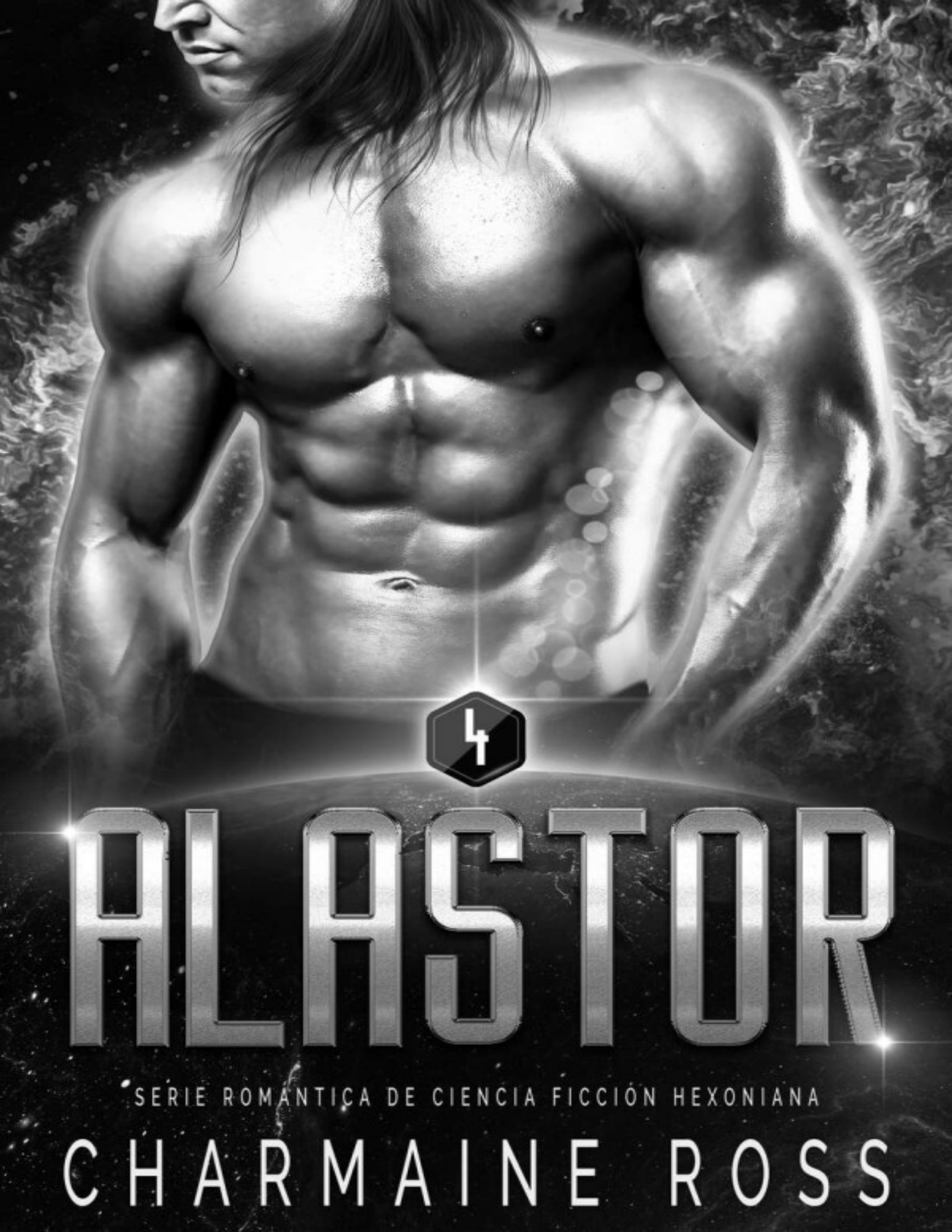

4
ALASTOR
SERIE ROMÁNTICA DE CIENCIA FICCIÓN HEXONIANA
CHARMAINE ROSS

Alastor

Serie Romántica de Ciencia Ficción Hexoniana

Charmaine Ross

Copyright © 2025 por Charmaine Ross

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido ni utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso y por escrito de la autora, salvo el uso de breves citas en una reseña. La reproducción, distribución o transmisión no autorizada de esta publicación, ya sea total o parcial, está estrictamente prohibida y constituye una violación de las leyes aplicables. Esta obra está protegida por derechos de autor y no puede ser copiada, compartida ni distribuida de ninguna forma sin el consentimiento explícito y por escrito de la autora.

Contents

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. Capítulo Trece
14. Capítulo Catorce
15. Capítulo Quince
16. Capítulo Dieciséis

17. Capítulo Diecisiete
18. Capítulo Dieciocho
19. Capítulo Diecinueve
20. Capítulo Veinte
21. Capítulo veintiuno
22. Capítulo Veintidós
23. Capítulo veintitrés
24. Capítulo Veinticuatro
25. Capítulo Veinticinco
26. Capítulo Veintiséis
27. Capítulo Veintisiete
28. Capítulo Veintiocho
29. Capítulo Veintinueve
30. Capítulo Treinta
31. Capítulo Treinta y Uno
32. Capítulo Treinta y Dos
33. Capítulo Treinta y Tres
34. Epílogo



Capítulo Uno

Esto era una locura. *Ella* estaba loca. Totalmente fuera de sí, loca hasta la médula, loca de remate. Todo *esto* era una locura, principalmente por tres puntos clave.

Uno: estar en una nave espacial, o *nave estelar* como le habían corregido muchas, muchísimas veces, los alienígenas —*hexonianos*— era absurdo.

Dos: su despiadado secuestro por los *Reptiles*, una raza malvada empeñada en esclavizar el universo para sus propios fines nefastos, era aterrador.

Tres: despertar y encontrarse atada a una mesa para que utilizaran el campo energético de su cuerpo, permitiendo a una enorme entidad maligna entrar en este universo desde otra dimensión, era horripilante.

Quizás estaba en medio de un grave delirio mental, mientras que en realidad su cuerpo estaba bien sujeto con una camisa de fuerza en alguna habitación acolchada en las entrañas de un manicomio olvidado hace mucho tiempo.

En una habitación cerrada.

Con la llave tirada y perdida para siempre.

O tal vez estaba completamente cuerda y viviendo una pesadilla despierta. En ese momento, no podía estar segura de qué era peor. El hecho de que pudiera estar tan desequilibrada mentalmente como para quedar atrapada en un producto de su imaginación, o que el hexoniano masivo y extremadamente contenido, que se encontraba demasiado cerca y demasiado alto junto a ella intentando disuadirla de su ofrecimiento igualmente delirante, pudiera ser tan real como su carácter espinoso.

—Reconsidera —los machos hexonianos también eran muy directos. O quizás solo era *este* macho hexoniano en particular.

Marie resistió el impulso de masajearse las sienes y frotarse para aliviar su cegadora jaqueca. No es que ella *quisiera* ir a un planeta conocido solo como Annexor. No es que ella *quisiera* estar aquí en absoluto.

Había sido a petición de su guía y maestro, Pluma Negra, quien la había incitado a ofrecerse voluntaria. No había tenido contacto con él desde entonces. Era muy inusual, él siempre estaba cerca.

Reprimió el impulso de retorcerse las manos. Si ella fuera el hombre a su lado, tampoco querría llevarla. Era bastante fácil ver cómo podría ser una carga. Esta era una misión encubierta que tenía la capacidad de volverse violenta, y ella no era capaz ni de matar a un mosquito.

Sin embargo, no podía rechazar una petición de Pluma Negra. Tenía una fe completa en él. Quizás demasiada. Tal vez estaba intentando que confiara más en sí misma. Quizás lo había utilizado como muleta demasiado últimamente, aunque dados los acontecimientos recientes, era fácil de entender. Demasiados «quizás» que no la hacían sentir mucho mejor.

Deseaba que Pluma Negra no le hubiera pedido esto. Deseaba estar en cualquier otro lugar menos allí, en esa habitación bajo la mirada gélida del hexoniano que estaba a cargo de su seguridad. Deseaba no haber oído hablar nunca de los hexonianos, ni de los Reptiles, ni haber sido secuestrada, ya puestos. Era difícil tener plena fe en el universo cuando resultaba ser tan diferente de lo que ella pensaba.

Al menos Pluma Negra había sido su constante.

Hasta hace poco.

Se aclaró la garganta.

—Lo entiendo perfectamente. Pero si hay mujeres, eh, hembras allí como dijo el calisteano, estoy de acuerdo con el comandante en que necesitarán un rostro amigable.

Aunque esta era una misión de reconocimiento para elaborar una estrategia de batalla, podrían encontrarse cara a cara con las mujeres, y quién sabe qué tendrían que hacer para salvarlas. Despertar en una habitación inmovilizada en una camilla era aterrador. Si a esto se añadía el hecho de que había despertado y encontrado a personas luchando con Reptiles y hexonianos uniformados, era angustioso. Si encontraban mujeres, al menos ella podría ofrecerles un rostro amistoso y algún tipo de explicación para que no estuvieran tan aterrorizadas.

También iba por sus habilidades únicas para sentir los cambios dimensionales. Habilidades que había puesto en duda durante los recientes acontecimientos horribles, algo que había descuidado comentarle a nadie.

Los Reptiles necesitaban conectar dimensiones y usaban el campo energético de mujeres humanas como conductos para permitir que una entidad de otra dimensión entrara en este universo. La entidad había lavado el cerebro de los Reptiles para que lo ayudaran, diciéndoles que serían reyes de este universo. Los Reptiles estaban equivocados, aunque fueran tontos violentos y viciosos. La entidad era mucho más fuerte que cualquier cosa que Marie pudiera imaginar. Y mucho más malvada de lo que podía comprender.

Era imperativo detener a los Reptiles y a la entidad para que no entraran en este universo por motivos hasta ahora desconocidos. Encontrar a las mujeres era vital. Podrían ser víctimas de los Reptiles, pero también eran la respuesta para derrotarlos. Había comenzado con Lauren y Vivien, y todo un grupo de mujeres salvadas de las garras de los Reptiles en Florn y Callisto, y ahora a bordo de la Starlight. El descubrimiento de que las mujeres humanas tenían el poder de salvar el universo y liberar a los esclavos mentales era astronómico. Solo tenían que descubrir cómo.

Todavía existía el pequeño problema de transmitir la información de vuelta al Consejo Interespecies. El agujero de gusano por el que habían pasado para rescatar a Jo-Aquin se había colapsado cuando la entidad había intentado atravesar la dimensión cuando poseyó a Vivian. La Starlight y todos los que estaban a bordo se habían quedado atrapados en esta galaxia, y hasta donde sabía, no había forma de volver a casa, ni mucho menos contactar con las personas que podrían ayudar.

Era una situación imposible con probabilidades imposibles. Cómo iba a superarlo era una incógnita para todos, y mucho menos para ella misma.

Alastor la miró desde arriba. Su piel destelló con un tono dorado profundo, demasiado dorado para ser un bronceado. Destellos discretos, como pequeñas facetas de diamante por todo su cuerpo, alertaban del hecho de que su piel no era realmente bronceada en absoluto. Al igual que el hecho de que a pesar de sus rasgos casi humanos, tampoco era realmente un humano.

La mirada en sus ojos casi negros y la manera en que su boca se extendía plana y fina era un gesto demasiado humano, sin embargo.

—Las mujeres humanas tendrán un rostro amigable cuando estén a salvo en la Starlight después de que se haya formado un equipo para rescatarlas. Lo que necesitamos más urgentemente es entender qué está pasando en esa superficie. No entiendes lo importante que es esta misión.

Ella lo entendía demasiado bien. Podría significar que finalmente se voltearan las tornas. La diferencia significaba salvar millones de vidas en todo el universo.

Su mirada era demasiado intensa. Coincidía con su semblante. Disciplinado. Severo. Implacable. Parecía que los tipos militares eran iguales en todo el universo.

El universo. No había concebido un universo lleno de alienígenas hasta hace unas semanas. Contuvo las ganas de soltar una risita.

Histéricamente.

Quería decir que entendía de nuevo, pero en su lugar respiró profundamente.

—Si encontramos mujeres y están como yo estaba cuando nos encontrasteis...

Dejó de hablar cuando una sombra cruzó su rostro tan rápido que podría haberla imaginado, antes de que recuperara su expresión severa. Un dolor tan profundo tocó su campo emocional que podría haber supuesto que era suyo, lo que hizo que las palabras se le acumularan en la garganta.

—¿Estás... estás bien? —No habría sabido que sentía algo en absoluto solo mirándolo si no pudiera detectar lo que otros descartaban como fantasías pasajeras, o peor, imaginación.

Una ligera arruga apareció entre sus cejas antes de que la eliminara.

—Lamento profundamente que fueras secuestrada —su voz era aún más baja que antes. La verdad se mezclaba con el dolor y la desolación.

Tenía una voz profunda. Masculina, con un toque sexy que normalmente no notaba. No tenía ningún derecho a notarlo ahora. Se preguntaba por qué lo hacía siquiera. Parecía que su sexto sentido estaba en peor estado de lo que creía. Solo podía esperar estar haciendo lo correcto. Que había escuchado correctamente a Pluma Negra. Si solo pudiera confirmarlo con Pluma Negra, con gusto dejaría de hacer perder el tiempo a todo el mundo y permitiría que el «Jefe de Combate, Alastor Siris» continuara con su misión.

—Bueno... estoy profundamente agradecida de que nos rescataras —no quería pensar en lo que le podría haber pasado si nadie hubiera venido en absoluto. A ninguna de las cien mujeres que habían sido secuestradas por los Reptiles y mantenidas prisioneras en Callisto.

Él inclinó la cabeza.

—Entonces entenderás que es de vital importancia que vaya a esta misión sin impedimentos.

Alastor no entendía que Pluma Negra no habría insistido como lo hizo cuando le pidió que fuera con él.

—Me mantendré fuera de tu camino. Lo prometo.

—Y sin embargo, estarás en el camino por tu mera presencia —Alastor se puso frente a ella y su enorme pecho llenó su visión. No estaba tan musculado como algunos de los hombres hexonianos que

había visto en la nave espacial. Ellos eran tan grandes como linebackers con esteroides. Él era esbelto. En forma. Como si hubiera desarrollado el mínimo requisito de músculo y lo hubiera perfeccionado. Lo veía en la forma en que su uniforme se estiraba sobre sus hombros rectos, y la manera en que se aplanaba sobre su estómago tenso y muslos duros. Tenía piernas que podrían competir con atletas olímpicos. Los velocistas más altos. Una mezcla entre Usain Bolt y un vikingo dorado. La combinación era espectacular además de completamente intimidante.

Forzó su atención de vuelta a su rostro que llevaba la severidad como una forma de arte.

—Me aseguraré de no serlo —podía desaparecer en el fondo. Había perfeccionado ese arte en los últimos meses.

Un músculo trabajaba en su sien. No era la primera muestra de enojo. Casi se encogió, sabiendo que estaba completamente fuera de su elemento. Casi. Pero había una razón por la que Pluma Negra quería que fuera con él y no podía defraudar a su maestro.

—No sé qué esperar allí abajo. Es un planeta inexplorado, bajo una fuerte ocupación de Reptiles. No tienes idea de lo que esas criaturas son capaces.

Esta vez no detuvo el estremecimiento que la recorrió.

—Tengo *toda* la idea de lo que son capaces —habían aparecido de la nada cuando la secuestraron en la Tierra. Los Reptiles la habían agarrado, pasaron una garra afilada por su palma, lamieron su sangre, y eso fue lo último que supo. Había sucedido tan rápido que no tuvo la oportunidad ni de gritar.

Si era posible, los rasgos de Alastor se volvieron aún más severos, su rabia apenas contenida.

—Entonces sabes que son criaturas viles, no capaces del más mínimo sentimiento. Están impulsados por la crueldad y una necesidad inherente de destruir. No les importa si matan a niños inocentes. Mujeres. Quitar una vida no significa nada para ellos. Están hechos para la guerra. Pero quizás no sepas que tienen garras afiladas, dientes más afilados, y sacos de veneno en las púas de sus colas que pueden matar a un macho en minutos.

»Han invadido planetas enteros y sistemáticamente destruido cada cosa viviente en esos planetas. Estamos luchando una guerra que estamos perdiendo, y esto es lo único que alguien ha descubierto que puede inclinar algo a nuestro favor.

»Si somos capturados por ellos, solo podemos esperar una muerte segura. Entonces, ¿vas a decirme que sabes lo que estás haciendo? O, ¿vas a hacer lo lógico y quedarte aquí donde es seguro y puedo ir a hacer mi trabajo sin un peso muerto alrededor de mi cuello?

Su boca se abrió y cerró varias veces. Estaba en un lugar donde el pensamiento aturdido se deslizaba por el recubrimiento de teflón del interior de su cabeza.

—Eso pensaba —se echó los hombros hacia atrás y crujió el cuello —. Es lo mejor.

Finalmente encontró su voz y le costó todo su esfuerzo hablar.

—Pero aún tengo que ir.

Sus ojos ardieron aunque su voz era baja y uniforme.

—*¿Por qué* tienes que venir? ¿Qué posible razón podría haber?

Quería decirle que Pluma Negra le había pedido que lo hiciera. Que había una razón más profunda que ninguno de ellos podría saber. Que ella estaba aquí por una razón, porque todo en la vida estaba definido por razón de un conocimiento superior. Pero no dijo ninguna de esas cosas. Él no estaba listo para escuchar, ni para entender.

—Simplemente tengo que hacerlo.

Sonó una serie de campanas antes de que un rostro apareciera en la pared. No era un rostro real, solo la proyección de uno tan realista que podría pensar que era real. El hecho de que no hubiera nada más que pared transparente debajo de los hombros era un indicio. Marie no creía que alguna vez se acostumbraría a la tecnología en esta nave. *Nave espacial*, se recordó a sí misma.

—Capitán —los labios del comandante Striker se crisparon como si siempre estuviera listo para sonreír. Le caía bien. Duro como el acero, pero su alma brillaba. Especialmente cuando estaba con Vivien, o la Capitana Demalzi, de la Tierra.

—Comandante Striker —Alastor se puso firme. Mirándolo, podría pensar que era más robot que hombre, pero había captado un

indicio de emoción que explotó a través de sus ojos. Si no hubiera estado tan consciente de él, no lo habría visto brillar allí en absoluto. Pero estaba inquietantemente consciente de él. De todo su metro noventa y ocho de imponente músculo esbelto.

—Se acaba de detectar una alteración en la superficie del planeta, Capitán.

—¿Qué tipo de alteración?

—Un pico de energía similar a los campos de energía a los que nos enfrentamos en Callisto. Emana de una de las estructuras en la superficie del planeta. Sugiero que vayan allí y vean si pueden averiguar más. He registrado las coordenadas en vuestra lanzadera —dijo Striker.

—¿Hay alguna información más, aparte de eso? —preguntó Alastor.

—Solo que toméis todas las precauciones para regresar a salvo. Estaréis en apagón total una vez que estéis allí. No deben sospechar nada. La sorpresa es imperativa. Una vez que estéis allí, estaréis solos —dijo Striker.

Alastor asintió, pero Marie no se perdió la mirada de reojo que le dirigió.

—Entendido.

Marie reprimió el escalofrío que la recorrió. También ignoró el hecho de que estaba completamente fuera de su elemento. Esta era una misión sigilosa. Encontrar cualquier información que pudiera liberar a los esclavizados mentalmente y salvar el universo del reinado tiránico de los Reptiles que intentaban traer una entidad de otra dimensión a este universo con fines nefastos. Mientras tanto, liberar a mujeres humanas secuestradas que podrían estar o no gravemente heridas. O peor. Sin presión.

Estaba completamente loca.

Su corazón aleteaba en su pecho. No estaba preparada para esto. Preparada para nada de esto, pero no había manera de que se echara atrás ahora. No cuando había tanto en juego.

—Buena suerte, Capitán —dijo Striker.

El rostro de Striker desapareció de la pared, dejando la superficie clara, lisa y plateada.

—Señor. Su lanzadera está lista —un joven cadete dudó en la puerta abierta, su mirada deslizándose de Alastor a ella, y de vuelta.

Alastor ofreció al cadete un breve asentimiento de aceptación antes de erguirse en toda su impresionante altura.

—Ya que eres lo suficientemente tonta como para no cambiar de opinión, salimos inmediatamente.

Gracias a Dios que Vivien la había ayudado a «equiparse». Eso era jerga militar para «vestirse adecuadamente». No tenía la más remota idea de lo que necesitaba y había confiado en la experiencia militar de Vivien. Vestía un uniforme de faena del color de las arenas de Annexor, llevaba botas de combate gruesas y tenía una mochila que contenía equipo para su supervivencia. Muy lejos de sus normales vestidos de colores brillantes y sandalias de tiras.

Él esperó hasta que el cadete se fue antes de hablarle.

—Existe la posibilidad de que mueras. Si estás en peligro que afecta el éxito de esta misión, elegiré la misión por encima de ti. Debe ser lo primero. Hay demasiadas vidas en juego para que tome riesgos.

—No tengo miedo a morir —de *eso*, estaba segura.

La estudió durante un largo momento, su expresión indescifrable. Casi se perdió en su mirada profunda, oscura e insondable.

—Yo tampoco tengo miedo. He visto demasiada muerte para tener miedo. Sin embargo, es el camino hacia la muerte y el dolor que uno podría sufrir lo que más me preocupa.



Capítulo Dos

—Es increíble.

Su suave voz lo sacó de su concentración y él apretó los dientes. ¿Cómo iba a completar esta misión si ella seguía interrumpiéndole? Ajustó algunos interruptores más, pero lo que resultaba aún más irritante era que quería saber qué le parecía hermoso a ella. —¿El qué?

—El planeta. Annexor.

Echó un vistazo a la pantalla de visualización de la nave. No era plasti-vidrio, sino una imagen en una pantalla que representaba un portal visual. Era la escena real, mostrada desde una transmisión en directo de los sensores en el exterior de la aeronave. Millones de esos diminutos dispositivos reflejaban el entorno exterior y recogían información para que pudieran ser virtualmente invisibles. No funcionaban en portales visuales, y de ahí la necesidad de la pantalla en tiempo real para que pudieran ver hacia dónde se dirigían.

No es que fuera un requisito. Podía volar y aterrizar esta nave basándose únicamente en las coordenadas de los sensores. Había trabajado horas extras para aprender los matices de la nave.

Su trabajo era su vida. Derrotar a los Reptiles y ahora a una entidad invisible era la misión de su vida, y nada le apartaría de esos

objetivos. Ni el sueño. Ni una mujer. Ni siquiera una tan hermosa como Marie, la humana que, por razones que él desconocía, no había renunciado a esta misión a pesar de sus cuidadosos consejos.

Su cabello platino, liso como un alfiler, solo hacía que sus inusuales ojos violetas parecieran más grandes en ese delicado rostro ovalado. Era delgada, frágil, y llevaba sus emociones como si fueran ropa. Lo único carnoso en ella era su boca de un rosa oscuro, que ahora estaba fruncida mientras lo estudiaba.

Volvió su atención a los controles. —No sabría decirte.

Hubo un bendito silencio durante unos instantes. Momentos en los que pensó que por fin había captado la indirecta y le había permitido concentrarse, antes de que volviera a hablar. —Las ondas azules que desprende son bastante inusuales.

Miró la pantalla. El amarillo pálido con amplias arterias acuáticas de color azul estaba oculto por remolinos de nubes blancas. Admitió a regañadientes que era hermoso, aunque no lo hubiera notado. Sin embargo, no había ondas. Estaban demasiado lejos para ver las vías acuáticas con detalle. —¿Qué ondas azules?

Ella parpadeó mirando otra vez la pantalla y sus labios se separaron antes de atrapar su labio inferior entre unos dientes blancos y uniformes. —Debo... haberme equivocado.

—¿Qué viste? —Le preocupaba haberse perdido algo. Aunque había pocas posibilidades, no quería que ocurriera nada que pusiera en peligro esta misión, más allá de llevar consigo a la actual carga que representaba.

Ella suspiró y volvió a mirar por la ventana. Él se fijó en que tenía la nariz respingona en la punta. Frunció el ceño ante la pantalla, pulsando algunos botones para ajustar la imagen y concentrar sus pensamientos. El planeta aumentó de tamaño. Podían ver claramente el sistema acuático a través de la masa arremolinada de nubes. No había océanos, pero el planeta estaba dotado de una enorme red de ríos. Sobresalían de grandes lagos, que calculó que tendrían profundidades enormes vistas desde esta distancia, y se estrechaban hasta convertirse en capilares que desaparecían en la arena.

Alrededor del sistema acuático, un verde intenso indicaba una exuberante vida vegetal, y entre los marcos verdes había pálidas franjas amarillas de arena. Si no fuera por la vasta red de agua líquida, el planeta sería un páramo.

Sin ondas azules.

Sus delgados hombros se tensaron. —Fue solo un reflejo de luz, quizás.

Él había ayudado a desarrollar los sensores de esta nave y se había asegurado de que estuvieran en perfecto estado de funcionamiento antes de partir. —Quizás.

—Quiero que sepas que puedo cuidar de mí misma. No necesito tu ayuda. En absoluto. Con nada. —Su barbilla se alzó como si creyera las palabras que pronunciaba. Temeraria, pero admirable.

—Puedo decirte que, en este planeta, necesitarás toda la ayuda que puedas conseguir. Como la única persona en quien puedes confiar para que te ayude soy yo, entonces estás equivocada. Necesitarás que te ayude. Todo el tiempo. Con todo.

Ella se volvió para mirarlo, y sus expresivos ojos centellaron. Eran tan grandes y brillantes cuando lo miraba así, como una estrella resplandeciente. —Estoy aquí para detectar cambios o alteraciones dimensionales, como se me ha pedido. Si nos encontramos cara a cara con alguna mujer, sólo déjame consolarlas. Es todo lo que te pido.

Era una petición amable. Una opción que deseaba haber tenido en muchas otras misiones. El mayor riesgo era una víctima aterrorizada. Marie tenía una presencia calmante que él no podía nombrar con exactitud. Debería estar agradecido por ello, pero sentirse agradecido también llevaba a una serie de emociones que no quería sentir. No quería sentir nada en absoluto. —Puedo manejar a las cautivas sin la ayuda de nadie.

—Puedo verlo con tu amable comportamiento. Una cosa sobre las mujeres humanas que vosotros los hexonianos no parecéis entender es que no somos fáciles de controlar. Tenemos mente. Pensamos. No nos limitamos a seguir porque alguien nos lo diga. No importará si las encuentras, si eres tan intimidante como sueles ser, solo estarán

más asustadas. Tampoco les gustará que las llames «cautivas» —dijo ella.

¿Pensaba que era intimidante? Esa idea le inquietó más de lo que debería. Trabajaba duro para mantener su título. Jefe de Combate significaba que sabía cómo luchar, y la última vez que miró, luchar no tenía nada que ver con las emociones.

Además, tenía razón. Una cautiva asustada —mujer humana— era un riesgo para el éxito de la misión. —Entonces te pido que permanezcas en silencio para que pueda rastrear la señal y aterrizar esta nave. Si encontramos *mujeres*, entonces puedes calmarlas y decirles lo que quiero que hagan por el bien de su supervivencia.

Se le revolvió el estómago al pensar en las condiciones en las que podrían estar, si estarían en un estado similar a las de Calisto. Los Reptiles no eran conocidos por sus cuidados amorosos. Tampoco quería poner a Marie en peligro de nuevo. Era delicada. Suave. Femenina. Todo lo que era luz y bondad, y se dirigían hacia la oscuridad total y el mal.

Estaba enfadado con el Comandante por escuchar a su humana, Vivien, así como con la callisteana por sugerir que sería una buena idea. Y con el ex-comandante Jo-Aquin por estar de acuerdo. Estaba enfadado porque tenía que cuidar de Marie en una misión peligrosa, y estaba enfadado consigo mismo por dejar que ella se metiera bajo su piel.

Afortunadamente, la pequeña humana no pronunció ni una palabra más, aunque la tensión brotaba de ella en oleadas. Si pudiera pedirle que silenciara sus emociones, lo haría, pero esa era una petición que nunca podría cumplirse. Ella parecía vivir de ellas. Incluso ahora, mientras se acercaban a la atmósfera del planeta, se aferraba a los reposabrazos con la fuerza suficiente como para dejar marcas.

Suspiró. Profundamente. —¿Quieres que apague la pantalla de visualización?

Ella volvió hacia él unos ojos nerviosos. —¿Pantalla de visualización?

Indicó la pantalla con una inclinación de cabeza, sin querer quitar los dedos del tablero. —Puedo aterrizar sin necesidad de ver una

imagen. Podría calmar tus nervios no ver hacia dónde nos dirigimos.

Sus asombrosos ojos se abrieron y parecieron tragarse toda su cara. —¿No ver *nada*? ¿Cómo vas a aterrizar si no puedes ver nada?

Su voz se elevó a niveles agudos. Quizás no debería haber sugerido nada. De hecho, debería haberlo sabido mejor.

—Las lecturas de los sensores de la nave son más precisas que mi visión —dijo.

—¿Lecturas? —Miró sin comprender el complicado panel.

—Estas me dicen la dirección que llevamos, estas las coordenadas del planeta, lo lejos que estamos de la superficie, y esto es lo que estamos siguiendo. —Señaló donde se había detectado el pico de energía. Con suerte, les llevaría a descubrir lo que los Reptiles estaban tramando, y a saber más sobre la entidad.

—¿Eso te dice dónde aterrizar?

—Sí. Con precisión. —Aunque le había dicho que no hablara, era mejor que verla con los puños apretados. Desviaba su atención y le permitía espacio en su cabeza para pensar.

Ajustó su dirección y punto de entrada en la atmósfera. —Ahora puede ponerse un poco turbulento.

Había elegido el sigilo por encima del lujo en la entrada atmosférica. Era imperativo que permanecieran invisibles a cualquier detector que pudieran tener los Reptiles. El planeta estaba cubierto por una red de energía que detectaría cualquier cosa más grande que un meteorito, como todos los planetas ocupados. Tenía que hacer que parecieran un proyectil aleatorio del espacio.

La nave rozó las partículas de aire enrarecido y se sacudió. Un rugido débil sonó a través del reforzado casco. Ella soltó un chillido y se aferró de nuevo a los reposabrazos, la blancura de sus nudillos mostrando la fuerza de su agarre.

—¿Siempre es así?

Su voz era entrecortada y débil. Tenía que recordar que ella era inexperta, y que esta era probablemente la primera vez que atravesaba la atmósfera de un planeta. *Frek*, los humanos ni siquiera sabían que había otras especies en el universo, y el hecho de que eran una gota muy pequeña en el océano de vida inteligente, consciente de sí misma.

—No tanto, pero tuve que hacer ajustes a la nave. Estaremos bien.

La nave se sacudió violentamente. Chispas rojas, blancas y naranjas cubrieron la pantalla de visualización. Sabía que solo sería momentáneo, y una parte de él disfrutaba viendo la exhibición de partículas golpeando la superficie calentada. Sabía que era solo física —fuerza, velocidad, calor—, pero siempre pensó que era hermoso.

—Si tú lo dices. —Su voz era pequeña. No sabía si sentirse satisfecho de que estuviera asustada porque la mantendría alerta, o decepcionado de que no creyera en sus habilidades. No estaba acostumbrado a las mujeres civiles, punto.

Marie no se parecía en nada a Kiera. La valiente e intrépida Keira. Keira podía cuidar de sí misma. Nunca mostraría nervios como Marie lo hacía ahora. Especialmente no solo por atravesar la atmósfera superior de un planeta.

Sin embargo, Kiera había muerto. Si no pudo proteger a una mujer como Kiera, entrenada en combate para luchar y sobrevivir, ¿cómo podría proteger a una mujer tan frágil como esta humana?

La culpa desgarró la dura roca que una vez fue su corazón. Encontró un sombrío consuelo en esa emoción familiar, sorprendido de que su corazón aún pudiera latir a través de la oscuridad atrapada en su pecho. Había fallado a Keira y a muchos más. La oscuridad era lo que merecía.

Las uñas de la mujer se clavaron en los reposabrazos de metal. Si no supiera que los humanos tenían garras débiles —uñas, las llamaban ellos— que se rompían cuando más las necesitaban, podría haberse preocupado por los daños a su nave, pero ella no pronunció ni una palabra más.

La aeronave se deslizó hacia un aire más suave durante su descenso y el planeta llenó la pantalla de visualización. Su inhalación fue audible. Los azules y amarillos pastel se reflejaban en su rostro mientras ella miraba la pantalla. Su cabello absorbía los colores, los pálidos mechones bañados con los tonos de las vías acuáticas del planeta y el reflejo de la pálida arena. Era una mezcla del color arremolinado reflejado del planeta, haciendo que sus ojos destacaran aún más. —Es tan hermoso.

Estaba a punto de estar de acuerdo cuando se dio cuenta de que ella se refería a la vista. Las distracciones podrían matarlos. Aunque no se preocupaba por sí mismo, era totalmente responsable de ella. El peso de ello se asentó como una piedra de molino alrededor de su cuello. El músculo de su mandíbula se tensó y se esforzó por aflojar los dientes, obligando a su mente a volver a la misión.

Ajustó su descenso para ver las estructuras piramidales de cristal salpicadas sobre la tierra plana. Reflejaban la luz en una masa arremolinada de colores nacarados: azules, rosas y blancos.

—¡Dios mío! ¡Esas son pirámides de verdad! —Se volvió hacia él, la emoción sonrojando su rostro. —Me pregunto si la misma gente que las construyó en la Tierra construyó estas.

—Muchas culturas atraviesan el universo. No es inusual —dijo él.

Ella miró hacia adelante mientras él nivelaba. Su nave volaba suavemente sobre arena, ríos y estructuras brillantes. —Hay tanto ahí fuera. Tantos planetas. Diferentes culturas. Especies...

—Hay muchos planetas solo en el Consejo Interespecies, y también vastas extensiones del universo que aún no han sido descubiertas —dijo.

La consola comenzó a emitir pitidos. Se acercaron a las coordenadas que el Comandante Striker les había dado y los sonidos se volvieron más rápidos. Redujo la velocidad de la nave para que pasara rozando las copas de los árboles, siguiendo un gran río, y se acercó a una pirámide —la más grande que había detectado— y el pitido se volvió continuo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Marie.

—La señal proviene de esa pirámide. —No había nada más que extensiones de arena rodeando la estructura. No había dónde aterrizar hasta que divisó un afloramiento de vegetación lo suficientemente grande como para ocultar la nave. Aterrizaría allí y exploraría la zona antes de investigar la pirámide. —Aterrizaré aquí. Pronto pondrás el pie en un planeta alienígena —dijo.

—Espero que este sea mejor que el primero —susurró ella.

La sólida roca de su corazón dio un vuelco. Ninguna mujer debería haber soportado jamás lo que Marie había pasado. Había fallado a Keira, pero con gusto daría su vida si eso mantenía a salvo a otra

mujer. Pasara lo que pasara, tenía que mantenerse vivo para mantener a Marie con vida.

No sabía si la perdonaría por ello.



Capítulo Tres

La atención de Alastor estaba clavada en los controles mientras su lanzadera descendía. El suelo pasaba veloz bajo ellos, un borrón de amarillo pastel y verde exuberante, llamativo y vívido contra el color de la arena. Marie se aferraba a los reposabrazos, sorprendida de no haberlos destrozado con las uñas.

Apartó la mente de la terrorífica velocidad a la que viajaban, para centrarse en las hermosas pirámides sobre las que volaban. Apenas podía creer lo que veía. Los colores nacarados que se reflejaban en sus superficies lisas le recordaban a conchas marinas mezcladas con ópalo. Eran absolutamente asombrosas. De hecho, todo el planeta que se extendía debajo era impresionante. La arena pálida y amarilla daba paso a los verdes más brillantes de árboles y arbustos. El agua le recordaba al Mar Mediterráneo, de un azul profundo e infinito.

Una cosa que no había visto era gente en el suelo. Este era un planeta controlado por los Reptiles. Un planeta fantasma. Reprimió un escalofrío. Había estado inconsciente la mayor parte del tiempo que estuvo secuestrada, pero había despertado a su peor pesadilla. No quería ni pensar en lo que estarían pasando los humanos del planeta.

Había captado impresiones de las auras de los Reptiles mientras yacía indefensa y débil en aquellas mesas frías, muy frías. Crueles. Irreflexivos. Indiferentes. Sus almas no eran mucho más que sombras oscuras y aceitosas. Si sus almas no progresaban, seguirían oscureciéndose cada vez más hasta perderse en la oscuridad y finalmente desvanecerse en la nada. No podía ocurrir lo suficientemente rápido.

Había leído sobre los Hexonianos en la Starlight, sorprendida de verlos tan avanzados como los humanos, aunque sus auras eran una cáscara más dura a su alrededor, lo que les dificultaba abrirse a las otras dimensiones.

Le había preguntado a Black Feather al respecto. Él le había dicho que era solo otra forma en que un alma podía alcanzar la perfección, y ahí lo había dejado. Estaba lleno de respuestas insatisfactorias y a medias desde que ella había despertado. Parecía distraído.

Los ágiles dedos de Alastor volaban sobre los controles, su atención inquebrantable. No tenía duda de que estaba en buenas manos. Mentalmente se acercó a él, intentando calibrar sus emociones, pero de nuevo, como siempre, se encontró con un muro impenetrable recubierto con una intensa mezcla de deber, honor y algo extremadamente frágil que podría romperse si presionaba demasiado.

En su lugar, se concentró en el planeta que pasaba veloz bajo ellos. Aminoraron para flotar sobre enormes árboles similares a palmeras tropicales. Descendieron a través de frondosas franjas de vegetación para aterrizar en una alfombra de arena salpicada de matas de hierba. Alastor pulsó algunos botones y desenganchó su arnés, irradiando tensión.

Ella intentó desenganchar su arnés, pero tenía los dedos rígidos por apretar tan fuerte los reposabrazos durante el descenso. Forcejeó con el enganche y entonces Alastor estaba a su lado. Sus dedos rozaron sus muslos al presionar el cierre y las correas quedaron libres. La piel se le erizó con ese leve contacto y contuvo la respiración.

—Gracias.

El músculo de su sien se contrajo mientras apretaba la mandíbula. Por lo demás, su rostro permaneció impasible —o tan impasible como podía ser un rostro que parecía tallado en granito— mientras fijaba su mirada en ella. Estaba demasiado cerca y ella se esforzó por no inhalar su aroma particular o recorrer sus labios con los ojos.

—Marie, puedes quedarte en la lanzadera durante el resto de esta misión si lo deseas, ahora que estamos aquí y puedes ver a lo que nos enfrentamos. Será una caminata considerable por las arenas para llegar a la pirámide.

La preocupación la inundó. Preocupación mezclada con algo más oscuro. Un dolor profundo y antiguo que había cicatrizado su alma. Era la primera vez que podía sentir sus emociones, lo que la sorprendió. Las ocultaba bien, bajo esa capa de granito.

Su corazón dio un vuelco, doliendo por él, y puso su mano en su brazo. Músculos duros se tensaron bajo la cálida piel. Él se cernía sobre ella, tan cerca que su calor corporal la envolvía. Su piel brillaba como bañada por la luz del sol.

—Todo irá bien, Alastor.

Él miró su mano, frunciendo el ceño. Ella la retiró, cerrando los dedos en un puño y bajándola a su regazo.

—Quiero decir, no te retrasaré. Te lo prometo.

Su boca formó una línea recta.

—No hay margen para errores, Marie. Esta situación es grave. Cualquier cosa puede pasar. Necesitas hacer lo que te diga, rápido y sin cuestionar. ¿Entiendes?

Asintió, con la boca seca, clavada por su intensa mirada.

—Por supuesto.

Ese músculo seguía palpitando en su mandíbula. Tic. Tic. Tic. Resistió el impulso de suavizarlo, de ayudarle a encontrar la paz que sentía que él anhelaba, pero no sería bien recibido. Era un hombre que necesitaba encontrar esa paz por sí mismo.

—Si nos encontramos con algún individuo en este planeta, debes evitarlos a toda costa. Recuerda, los habitantes locales están esclavizados mentalmente y son peligrosos.

Se estremeció, pensando en esas pobres almas, atrapadas y controladas por los Reptiles.

—¿Cómo comen? ¿Duermen? Si están controlados, ¿cómo se cuidan?

Las sombras en sus ojos cambiaron antes de que se levantara y abriera un armario detrás de sus asientos. Sacó su pequeña mochila y se la entregó. Era del color de las arenas de Annexor y había sido preparada por uno de los soldados Hexonianos antes de que dejaran la nave estelar. También le había explicado qué contenía y cómo usar el equipo, pero ella había estado demasiado nerviosa para asimilar mucha de la información.

Se preguntó si Alastor iba a responder, y cuando lo hizo, deseó no haber preguntado nunca.

—Hacen exactamente lo que se les dice. Ni más, ni menos —se colgó su mochila sobre sus anchos hombros.

Ella se sintió diminuta, de pie tan cerca de su imponente altura.

—¿Y si no se les dice que coman? ¿Qué pasa si son olvidados?

—Entonces trabajan hasta que sus cuerpos se rinden. Mueren por exceso de trabajo, enfermedades, infecciones, inanición, falta de sueño. No piensan. Solo actúan. Los Reptiles los usan hasta que mueren de pie. Usan a varones, mujeres, niños, incluso bebés. Las madres abandonan a sus bebés para que mueran de hambre. Los padres dejan a sus familias para trabajar hasta que sus cuerpos se rinden. Todo se olvida. Se descarta. Se ignora. Una vez que los Reptiles invaden un planeta, arrasan cualquier civilización hasta que solo quedan los huesos. Solo destruyen, matan, mutilan. No hay cura, porque nadie sabe cómo recuperar a los seres de su esclavitud mental. Eso era, hasta hace poco. Solo puedo esperar que de alguna manera, de algún modo, podamos liberar a esos esclavos mentales.

Ella contuvo el aliento, un horror crudo la atravesó con ese tipo de conocimiento que a menudo la inundaba cuando leía a las personas. El tipo de conocimiento que la gente mantenía en secreto. El tipo de conocimiento que estaba cerca de su corazón, casi siempre sin revelar. Una ola de emociones la atravesó en el plexo solar, la presión dificultándole respirar.

—¿A quién conociste?

Sus ojos se oscurecieron y se quedó tan quieto que parecía una estatua.

—Explícate.

—Los Reptiles se llevaron a alguien que conoces. Alguien importante para ti —a veces deseaba no poder leer a las personas. Así, podrían guardar sus secretos y ella no tendría que saber sobre su dolor. Alastor no era de los que compartían—. Lo siento. Olvida lo que he dicho. Claro que conocerías a alguien. Has estado luchando contra los Reptiles durante mucho tiempo. Hagamos lo que tenemos que hacer y salgamos de aquí lo más rápido posible.

A veces deseaba ser normal. No saber estas cosas sobre la gente. La gente guarda secretos por una razón. La definición misma de secreto era mantener en silencio algo que la gente no quería que nadie más supiera. ¿No había aprendido esa lección?

Una gran palma se posó en su hombro. Levantó la cabeza para observar la tormenta silenciosa en los ojos de su rostro estoico. Pasaron largos momentos y su resolución se desmoronó bajo su exterior tembloroso, pero antes de que tuviera la oportunidad de hablar, Alastor la interrumpió.

—La puerta está por el otro lado.

Asintió y lo rodeó sin realmente saber cómo se movía su cuerpo. Automáticamente. Sabía cómo se sentía eso.

Era cómo había funcionado durante los meses antes de su secuestro.



Capítulo Cuatro

Los pies de Alastor se hundieron en los finos granos de arena. Dio unos cuantos pasos y comprobó de nuevo la ubicación de la lanzadera. Estaba bien escondida, acurrucada en medio de unos árboles altos de largas hojas, tan elevados que las enormes frondas creaban un refugio natural sobre la nave.

La delicada figura de Marie apareció en la puerta abierta. Iba embutida en el uniforme de supervivencia diseñado para cuerpos hexonianos. No para cuerpos humanos pequeños y frágiles. La ropa tenía cualidades térmicas autorregulables y podía administrar una ligera dosis de antiséptico en caso de herida. No es que Alastor fuera a permitirle acercarse a ningún peligro que requiriera el uso del antiséptico. Se tomaba sus responsabilidades en serio. Especialmente con ella.

Descendió por la escalerilla y se giró lentamente. Un rayo de sol se reflejó en su pelo, haciendo brillar el platino. Sus mejillas se habían sonrojado con un tono rosado, y sus ojos resplandecían de interés, nada de lo cual él quería notar.

Alastor le bajó la cremallera del cuello y sacó la capucha.

—Póntela. Tu pelo llama demasiado la atención.

—Oh —tanteó detrás de su cabeza, intentando deshacer los pliegues del material. Con un suspiro, él alisó la capucha y se la colocó sobre la cabeza. Sus dedos rozaron su cabello. Era tan suave que casi no lo sintió. Tocó un grueso mechón, maravillado de que algo tan hermoso pudiera ser también tan sedoso.

Ella le miró, con los ojos grandes y los labios ligeramente entreabiertos. *Frek*, solo llevaban en el planeta menos de un minuto y su atención ya se había desviado. No era un buen presagio. Para nada.

—También deberías recogerte el pelo —murmuró.

—Una chica siempre va preparada —sacó una goma elástica circular de un bolsillo. Hábilmente se recogió el pelo, lo que solo consiguió revelar la esbelta longitud de su cuello y la delicada línea de su mandíbula. *Frek*.

—Bájate la capucha. Justo por encima de los ojos.

Hizo lo que le pidió. Ahora todo lo que podía ver eran sus perfectos labios color crepúsculo. Se obligó a apartar la mirada.

—¿No vas a ponerte tu capucha también?

Gimió para sus adentros. Eso era algo que debería haber hecho antes de poner un pie fuera de la lanzadera. Forcejeó con la abertura de su cuello, tratando de encontrar el cierre, con los dedos torpes.

—Aquí. Déjame a mí —unos cálidos dedos rozaron la parte posterior de su cuello. Toda su atención se centró en ese ligero contacto. El cuerpo de ella rozó el suyo mientras intentaba colocarle la capucha sobre la cabeza. Sus músculos se tensaron, sus células momentáneamente electrificadas.

—¿Te he hecho daño?

—Claro que no. Puedo arreglármelas desde aquí.

Unos ojos preocupados le miraron fijamente. Rápidamente terminó de ajustarse la capucha, para no tener que soportar su contacto. No había sido afectado por otra hembra desde Keira. No lo había querido. No lo había buscado. Seguía sin quererlo.

Sin embargo, ella sí le afectaba.

Le hacía desear cosas que no tenía derecho a desear de nuevo.

Apretó los dientes, con la mandíbula dolorida por la fuerza. Su mirada viajó hasta su sien, justo donde ese músculo palpitante saltaba cuando ella estaba cerca, y la alarma se extendió por su rostro demasiado expresivo. No había tiempo para preocuparse por los sentimientos heridos de una hembra humana. El tiempo era esencial, y ya había desperdiciado bastante. Activó el Buscador sujeto a su muñeca.

Un mapa holográfico de la estructura y las firmas térmicas del terreno apareció sobre la pantalla. Cifras que indicaban la topografía, temperatura y contenido de humedad del aire giraban en espiral a un lado. Ajustó las lecturas y el Buscador detectó el pico de energía que la Starlight había detectado. Ahora podían seguirlo a pie.

—¿Qué es eso? —la pantalla emitió un pitido y ondas de energía inundaron el diagrama cuando Marie se acercó a él.

—Tu patrón de energía está alterando el Buscador —eso era muy inusual y le hizo cuestionar el estado de funcionamiento de la unidad. Ajustó la configuración, pero cuando pasó el aparato sobre ella, las ondas de energía alcanzaron el nivel más alto que jamás había monitoreado.

—¿Está roto?

Él mismo lo había revisado antes de bajar al planeta y no podía imaginar cómo podría haberse vuelto defectuoso en el corto viaje de descenso.

—Imposible.

No había nada más que hacer. Tenían que seguir avanzando.

—Sigamos moviéndonos. Tenemos bastante distancia que recorrer y no sé cuánto tiempo nos llevará.

—Vale.

Gruñó y se abrió paso entre los troncos cilíndricos de los árboles y los parches de hierba alta. El tiempo pasó. Seguía girándose para asegurarse de que Marie le seguía el ritmo. De vez en cuando, la encontraba tocando una fronda baja, o apartando una brizna de hierba que se enganchaba en la pernera de su pantalón. La forma en que tocaba las cosas era casi reverente, como si aprovechara al máximo cada segundo.

Él fue así una vez. Una vez. Hace mucho tiempo. Muy al principio de su carrera, llegó a temer ir a la superficie de los planetas. Cada misión significaba lucha, peligro y muerte, con una guarnición añadida de no saber quién regresaría.

—¿Has estado en muchos planetas? —su suave voz le sacó de esos recuerdos, pero la pregunta le llevó a otros más oscuros.

—Sí.

—Sabía que había planetas. Por supuesto que lo sabía. Cada estrella es un sol y cada sol tiene una galaxia. Todo el mundo pensaba que eran rocas inhabitables. No como esto —dijo.

Caminó unos pasos, pero no pudo vencer su curiosidad.

—¿No como qué?

—Civilizaciones completas. Vida inteligente, sensible, autoconsciente. Nuestros científicos se concentraron demasiado en las bacterias como para centrarse en las cosas más grandes.

La curiosidad persistió. Desconcertante.

—¿Bacterias? Por lo que a mí respecta, hay bacterias en cada superficie viva. Todo el mundo lo sabe.

Ella se rio, y el sonido se deslizó a través de él como una suave brisa, haciéndole querer detenerse y olvidar que estaba en una misión en un planeta ocupado.

—Supongo que eso es lo que ellos también pensaban. Si quieres descubrir vida extraterrestre, cubre tus opciones e intenta encontrar algo de lo que hay miles de millones. En un juego de aciertos y fallos, apuesta por el número mayor y aumenta las probabilidades.

—Había olvidado que la Tierra es tecnológicamente primitiva.

—Bueno, cuando os comparáis con nosotros, entonces sí, supongo que tienes razón. Aunque eso no hace mejores a las almas —resopló, con un sonido bastante delicado—. Créeme, lo sé.

—¿Y cómo sabrías tú eso?

—Puedes tener toda la tecnología del mundo, todo el dinero, ser dueño de todas las casas de tu calle, construir ciudades y alquilarlas a personas pobres por mucho más de lo que pueden pagar, ser el gobernante más poderoso de un país, pero ninguna de esas cosas hace que el alma de una persona brille más, eso seguro. Ciertamente no te lo llevas contigo —dijo.

—¿Y qué "te llevas contigo"? —a pesar de sus mejores esfuerzos por mantener la distancia, ella le atraía como si fuera un insecto volador alrededor de un palo de fuego. Había oído hablar de este tema a los ancianos y a aquellos que buscaban la vida espiritual, pero Marie hablaba de ello como si simplemente fuera así. Un hecho de la vida.

—Quién eres. En qué te has convertido. Tus experiencias. Lo que has aprendido. Lo que piensas sobre las cosas. Lo que has hecho. Lo que has sentido. Cómo has reaccionado. Todas las intangibles —se encogió de hombros como si no fuera gran cosa, pero para él lo era todo, especialmente cuando esperaba pagar por sus pecados por toda la eternidad. Las intangibles eran todo lo que tenía.

Sus pasos se ralentizaron.

—Pero ¿qué pasa si solo tienes cosas malas para llevarte contigo? Te has vuelto deshonroso. Has aprendido a hacer trampas. A robar. Mentir. Asesinar. Has hecho lo peor que alguien puede hacer y nunca miras atrás. ¿Qué le pasa a una persona así?

Sus ojos parecían ver directamente dentro de su alma. Si ella viera dentro de él, entonces conocería lo peor. Las cosas que había visto y hecho habían marcado su alma por toda la eternidad. Temía oír lo que ella diría, pero no podía evitar escuchar cuando habló.

—Yo diría que las mejores personas son a menudo sus críticos más duros. Que lo que uno percibe como malo no es toda la verdad, y ciertamente no es el aspecto completo del alma. Y, si queremos llegar a la fuente de energía, será mejor que empecemos a caminar.



Capítulo Cinco

Un tsunami de emociones estalló desde su exterior estoico. Marie podía leer a las personas, captar sus emociones, pero las de Alastor estaban *amplificadas*. Cuando se trataba de él, ella era como una torre receptora.

Era este planeta. Nunca había sentido esta magnitud de energía antes. Una energía que tenía la capacidad de cegarla con su poder. Ahora podía entender perfectamente por qué los Reptiles habían concentrado sus esfuerzos aquí. Si la energía era lo que la entidad necesitaba para atravesar la barrera interdimensional, entonces esta misión podría ser más importante de lo que pensaban originalmente. También amplificaba su capacidad para detectar las energías de otros. Era sensible, pero este planeta llevaba sus habilidades a un nivel completamente nuevo y no estaba muy segura de cómo gestionarlo.

Mentalmente construyó un capullo de luz blanca purificadora a su alrededor. Amortiguó la oleada de emociones de él, pero solo un poco. Las emociones de Alastor la inundaban. Sufría *tanto*. Guardaba tanto dolor que no podía empezar a comprender cómo seguía funcionando y cómo lograba ocultarlo tan bien.

—¿Por qué me enviaste a acompañarle? —envió el pensamiento mental a Pluma Negra, pero su respuesta fue solo vacío—. ¿Por qué estás tan callada? —murmuró entre dientes.

—¿Has dicho algo, Marie?

La voz profunda de Alastor fluyó a través de ella. Tan tranquilizadora. No sabía cómo alguien que sufría tanto como él era capaz de calmar sus nervios.

—Eh. Nada. Solo hablaba conmigo misma.

—Comprobaré el nivel de hidratación en tus datos biométricos. Estamos a punto de caminar sobre la arena al descubierto y quiero asegurarme de que estés hidratada.

—Oh. —Había estado tan ensimismada que se sorprendió al encontrar una alfombra interminable de arena extendida frente a ella y un muro de densa vegetación exuberante detrás.

Los dedos de Alastor rozaron su manga mientras levantaba un trozo de tela para revelar una elegante pantalla incrustada debajo. —No sabía que eso estaba ahí.

Se preguntó de pasada qué más estaría incorporado en el traje. El ejército en la Tierra adoraría este equipo. Él sujetó su brazo con firmeza mientras pasaba por una secuencia en la pantalla incrustada en su manga. Los datos parpadearon, demasiado rápido para que ella los leyera, antes de que se diera cuenta de que no tenía mucho sentido intentarlo, ya que era completamente desconocido para ella.

Su agarre era firme e inflexible, pero seguro. Su palma sostenía su antebrazo, sus dedos tan largos que podrían fácilmente rodear su extremidad. Su cuerpo era todo músculo poderoso, perfeccionado hasta la esculpida perfección, y sin embargo, la sostenía con tanto cuidado.

Apenas le llegaba al hombro, pero su tamaño no la intimidaba. En cambio, se sentía protegida. Él había dejado perfectamente claro que no la quería aquí, pero ella no dudaba de que garantizaría su seguridad a toda costa. Era intenso en todos los niveles.

En lugar de asustarla, estaba intrigada.

Después de haber estado en las mentes de tantas personas, había visto una amplia gama de ensimismamiento, pero Alastor era muy diferente. Sufría, pero no quería hacerlo. Padecía, pero no sentía

lástima por sí mismo. Algo le había partido el corazón en dos, pero su preocupación no era por él mismo. Y ella estaba tan afectada por él, que no podía apagarlo como siempre había conseguido hacer.

Pluma Negra. Protégeme.

El aura de Alastor seguía envolviéndola, así que intentó pensar en otra cosa. Como el traje. Podía concentrarse en el traje. El equipo tecnológicamente avanzado que llevaba puesto. —¿Todo bien ahí?

Él frunció el ceño. —Estás un poco deshidratada. Por favor, bebe.

También era muy mandón, pero ella obedientemente se quitó la mochila y sacó la botella de agua. —¿Y tú?

—Estoy cómodo. —Se ajustó la mochila en los hombros.

—¿Cuánto tenemos que caminar? —Observó la interminable arena. Era bastante hermosa, los finos granos reflejaban la luz del sol con destellos brillantes. Sin embargo, caminar nunca había sido su fuerte.

Alastor comprobó la lectura holográfica del Buscador. —Todavía queda bastante distancia. Espero que antes del anochecer podamos llegar a un refugio que divisé. Podremos acampar allí y estableceré nuestro reconocimiento desde esa ubicación.

—¿Por qué aterrizamos tan lejos de la pirámide?

—Está lo suficientemente cerca para recopilar datos y lo suficientemente lejos para mantenerte a salvo. —Avanzó hacia la arena. Ella entendió que eso era todo lo que iba a decir al respecto.

El sol le golpeaba la espalda, cálido ahora que no tenía la sombra de los árboles, mientras la frustración emanaba de él. —No espero ningún trato especial de tu parte.

Él la miró frunciendo el ceño. —Tu mera presencia aquí ya implica un trato especial.

Este no era un argumento que ella fuera a ganar. Colores oscuros arremolinaban su aura. Los colores de la ira y la frustración. Ella centró su atención hacia dentro. —Pluma Negra, ¿por qué sufre tanto? —Le inquietaba el silencio de Pluma Negra.

Extendió sus sentidos, buscando en su periferia, tratando de encontrar a su guía y maestro. Una energía tan asustada, perdida y aterrorizada la golpeó tan rápido que sus rodillas cedieron y se

desplomó sobre la suave arena. Un tsunami de emoción aullaba a través de ella, rasgando su cabeza y su corazón.

—¡Marie! —La arena se esparció cuando Alastor cayó de rodillas—. ¿Qué ocurre? ¿Estás herida?

Ella lo miró a través de ojos llorosos. —Es... —Se estremeció. Las emociones volvieron a atravesar su conciencia, gritando con su agonía.

Grandes manos rodearon su brazo. —¡Marie, dime qué es!

Ella colocó sus manos sobre las de él. —No soy yo. Es... —No podía explicarlo. Fuera lo que fuese invadía su mente, haciendo que pensar fuera casi imposible.

—¡Dímelo!

Su orden atravesó la cegadora desesperación, y su mente se aclaró un poco. Mentalmente siguió su voz, parpadeando hacia los colores del cielo y la arena. —No soy yo. Tenemos que... tenemos que ir por allí. —Señaló en una dirección que parecía ser la concentración de energía.

—No hay nada allí excepto arena —dijo Alastor.

La desesperación se filtró en ella. —Por favor. Nunca he sentido nada tan fuerte. ¡No va a dejarme ir!

Se había encontrado con entidades persistentes antes, generalmente almas muy oscuras que se aferraban a la luz de los vivos en un intento de volver a sentir, pero esto era diferente. Había una urgencia en ello que la dejaba sin aliento. —Por favor, Alastor. Si no puedes venir conmigo, entonces... simplemente tengo que hacer esto.

La energía la atravesó, aullando con desesperación. Sus dedos se aferraron a su ropa. Hizo una mueca de dolor, su visión parpadeaba con dolor.

Él emitió un sonido bajo, antes de pasar un brazo por debajo de sus rodillas y alrededor de sus hombros. Ella soltó un grito ahogado cuando él la levantó como si no pesara nada. —Puedo caminar.

Incluso mientras lo decía, sabía que podría no ser cierto. Su cabeza sentía como si se estuviera partiendo en dos y las lágrimas corrían de sus ojos enrojecidos. Los brazos de él la rodearon, fuertes

y firmes. —Será más rápido. Puedo caminar más deprisa que tú, pequeña humana.

Tan cerca de él, su aroma la rodeaba, y la presencia atormentada se alejaba. Suspiró mientras la garra sobre sus sienes se aliviaba, reemplazada por especias terrosas, resolución inmitigada y algo innegablemente masculino. Su corazón revoloteó y, por primera vez en mucho, mucho tiempo, reaccionó a un nivel completamente visceral. Perderse en la energía llena de dolor la había despojado de la protección que llevaba como un muro de hormigón. No podía hacer otra cosa que sentir la intensa vitalidad que emanaba de él.

Su corazón latía en su pecho, un ritmo fuerte, constante y tranquilizador. Su fascinante piel dorada brillaba con una capa de sudor que la hacía resplandecer como polvo de oro. Tan hermoso. Fascinada, trazó con el pulgar la gruesa columna de su cuello, su piel deslizándose como seda bajo su tacto. La humedad se acumuló a lo largo de la línea formada por su pulgar contra su piel, y una gota se formó antes de deslizarse por el exterior de su mano.

Levantó la pesada mirada para encontrarlo mirándola. Los labios que normalmente estaban apretados en una severa línea recta, estaban entreabiertos, suaves y llenos, dorados como su piel, pero de un tono más oscuro. Con aspecto delicioso.

La punta de su lengua salió, recorriendo las comisuras. Atraída por una fuerza desconocida, su mano se deslizó alrededor de su cuello para trazar su mandíbula afilada. El músculo en su sien se tensó de nuevo. Tic. Tic.

Su mirada se dirigió a sus ojos. No eran tan negros de cerca. Eran más bien de un azul marino profundo, como un cielo nocturno coloreado por la luz resplandeciente de una ciudad, y en ese momento, la arrastraban hacia sus sedosas profundidades que chispeaban con algo más que ira y dolor.

Cayó en ellos, absorbiendo energías de un tipo completamente distinto. La envolvía, cálida, seductora e intoxicante. Se dejó llevar, sumergiéndose. No podía liberarse. No tenía deseos de hacerlo.

Su cabeza se inclinó más bajo, su aliento abanicando su rostro. El movimiento vacilante se detuvo. Más caliente que la luz del sol.

Especiado, como su piel. Lo respiró, dejando un leve sabor de él en su lengua.

Se sentía pequeña y delicada, segura y cálida, y el centro absoluto de su intensa atención. Levantó la mano lo suficiente para rozar sus labios con la yema de su pulgar. Suavemente. Solo para ver si se sentían tan bien como parecían.

Él ladeó la cabeza, su mejilla brevemente presionada contra su palma abierta, antes de seguir bajando la cabeza para rozar sus labios contra los de ella. Su lengua salió para barrer tentativamente sobre su boca. Ella siguió el movimiento con su propia lengua. Era delicioso. Una ola de calor la invadió. Solo era consciente de su boca tan cerca de la suya, su sabor, sus brazos sosteniéndola, el latido constante de su corazón y un deseo abrumador de besarlo.

Levantó la cabeza y reclamó sus labios, aplastando su boca contra la suya. Succionó sus labios antes de deslizar su lengua dentro de su boca, buscando su sabor, su calor. Un gemido bajo retumbó desde el fondo de su pecho. Sus brazos se tensaron momentáneamente antes de que él tomara el control del beso con total y absoluto dominio.

Su lengua saqueaba, labios succionando, lamiendo, absorbiendo. Ella no podía hacer otra cosa que recibir cada embestida, cada roce, cada barrido. Este no era un beso suave. Había un borde con un precipicio afilado sobre el que se cernía. Era abrumador. Intenso. Poderoso. Todo lo que podía hacer era aferrarse a él y dejar que la besara de cualquier manera que quisiera.

Los músculos ondulaban por su cuello y ella se aferró a ellos. Él invadió su boca más plenamente, su lengua barriendo el interior. Ella respondió a cada embestida hambrienta con su lengua, dejándola deslizarse y retorcerse contra la suya. Era casi demasiado, pero aun así lo devoraba, incapaz de detenerse. El calor intermitente dentro de su cuerpo se inflamó, creciendo hasta convertirse en una emoción de deseo. Este beso, este hombre prohibido, lo consumía todo.

Alastor tembló, el profundo estremecimiento recorrió su enorme cuerpo. Un gemido sonó desde la base de su pecho. Se retiró del beso, cernido sobre ella, aferrándola en su férreo abrazo, jadeando. Ella presionó su rostro en la curva de su cuello, donde su aroma era

más fuerte. Lo respiró. Estaba rodeada por él. Abrumada por una necesidad correspondiente que no podía nombrar y que crecía en su interior.

—Te pido disculpas. Esto nunca volverá a suceder. —La luz en sus ojos era dura. Firme. Arrepentida.

—¿Qué? —Parpadeó, confundida. El calor seguía emanando de él, urgente y cargado, pero estaba teñido de algo amargo. Su aspereza atravesó su neblina, empapándola con una frialdad mejor que cualquier cubo de hielo.

El horror la invadió. Lo había besado. Y no un beso cualquiera. Era un beso que contenía poder. Que desnudaba. Que la había llevado de su mente a la emoción desnuda, donde las repercusiones no importaban. Eso nunca le había pasado antes, y él se estaba disculpando por ello.

Estaba en una misión para rescatar a mujeres y, en última instancia, el destino del universo, y se había dejado llevar tanto por un beso que lo había olvidado. Un beso que nunca debería haber ocurrido. Ella desenredó sus brazos del cuello de él y la depositó suavemente en el suelo. La acción de rechazo y cuidado era completamente desconcertante y no sabía muy bien qué pensar de ello. Solo sabía que nunca podía permitir que eso volviera a suceder.

—Yo... yo... lo siento mucho. —Tropezó unos pasos en su prisa por alejarse de él, con las piernas temblorosas e inestables.

La energía cruda la golpeó con toda su fuerza, amenazando con partirle el cráneo mientras se alejaba del círculo de su aura. Se sujetó la cabeza con las manos. No podía hablar más allá de la presión en su cráneo, solo sabía que tenía que cruzar la duna. Llegar al dolor. Detener el dolor.

Nada importaba más que detener el tormento. Sus pies y dedos se deslizaron por los granos de arena mientras subía por la duna, sin prestar atención a nada más.

Un peso pesado la embistió desde atrás y la aplastó contra la arena. Luchó bajo la carga, con el corazón palpitando, la sangre aumentando con la necesidad de quitárselo de encima, pero no podía moverlo. Estaba completamente dominada.

—¡Marie! ¡Detente!

El aliento caliente acarició su cuello mientras él se inclinaba sobre ella. Se tensó, con los dedos arañando la arena. Con un sollozo, apoyó la frente en el suelo. Estaba completamente a su merced.



Capítulo Seis

Las exuberantes curvas encajaban tan bien bajo él que casi no podía pensar con claridad, pero ahora no era el momento de detenerse en esas cosas. Estaban aquí con una misión, y ahí es donde debería haber estado su mente. No en la figura de Marie, ni en la forma perfecta en que se plegaba entre sus brazos, ni en su boca que sabía a amanecer y nuevos comienzos. Su cuerpo vibraba con deseo contenido. Un solo sabor no era suficiente y, sin embargo, no podía haber más.

Necesitaba concentrarse en la misión porque algo le estaba ocurriendo a ella. Simplemente no podía entender qué era. Apartó lentamente su cuerpo de la temblorosa figura de Marie. La examinó con las manos, ignorando sus propios temblores y el latido acelerado de su corazón, esperando no haberla lastimado. Era tan pequeña y frágil que cualquier cosa podría hacerle daño.

—Marie, ¿estás bien?

Su cuerpo temblaba y su rostro se contraía con incomodidad. Una fina capa de sudor brillaba sobre su pálido rostro. El corazón de Alastor latía con fuerza por el impulso de aliviar su dolor, de consolarlo.

—Tanto sufrimiento. Dios mío. Ella está *sufriendo*.

—¿Quién sufre, Marie? Dímelo.

Señaló con un dedo tembloroso. Temblaba aún más, sus pupilas se dilataban tanto que solo quedaba un anillo de color violeta. —Puedo oírla. Ella... me está llamando.

Echó un vistazo por encima de la duna antes de acomodarse junto a ella. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que le dolía. Una mujer solitaria vagaba por la llanura arenosa debajo de ellos. Demacrada, vestida con nada más que harapos, esclavizada mentalmente y claramente olvidada. Aquellos que ya no eran útiles para los Reptiles eran enviados a vagar hasta que cayeran o murieran de hambre. Esta mujer estaba cerca de la muerte, tambaleándose en casi cada paso.

—Es una de las esclavizadas mentalmente. No se puede salvar.

—Necesito... necesito ir con ella.

Colocó su mano sobre el hombro de ella, sintiendo que su estómago se convertía en polvo. —No puedes. Los esclavizados mentales forman parte de una mente colmena. Si ella nos ve, los Reptiles serán alertados. Tenemos que dejarla.

Marie negó con la cabeza, todo su cuerpo temblando. —Puedo oírla. Dios mío. Está sufriendo tanto. No puedo... no puedo soportarlo. —La arena absorbía sus lágrimas.

No importaba cuántas veces se enfrentara a los esclavizados mentales, nunca superaría el horror que le producían. Sus puños se apretaron mientras esa familiar marea de impotencia lo invadía. Cuántos más tendrían que sufrir. Cuántas almas más necesitaban ser atormentadas. Con todos los dioses en los cielos, al menos uno podría haber tenido suficiente compasión para ayudar, pero ninguno lo había hecho. Nunca.

Y por eso había luchado. Luchado y luchado y luchado, y no había supuesto ninguna diferencia.

Un débil agarre arrugó su manga y él miró fijamente unos ojos violeta llenos de dolor. —La escucho, Alastor. Está gritando de dolor, en mi mente. Tienes que creerme.

Apartó un mechón de pelo humedecido por el sudor de su mejilla. Ella temblaba de pies a cabeza, sufría tanto, y sin embargo había

una fuerza bajo ese exterior hermoso y frágil que era tan resistente como la del guerrero más endurecido. —Te creo. Sé que la oyes.

La impotencia abrasó su corazón como una hoja ardiente. Estaba tan pálida. Sufriendo. Tragó saliva, con la garganta seca. Odiaba no saber qué hacer. Miró alrededor, pero la arena no ofrecía respuestas.

—Tenemos que salvarla.

Alastor comprendía la desesperación en su voz. Era un golpe en su corazón al que nunca se acostumbraba. No estaban en Florn ni en Callisto, y ni Lauren ni Vivien estaban aquí para hacer lo que fuera que hubieran hecho para salvar esos planetas. —Tenemos que dejarla. Será una pequeña misericordia permitirle encontrar su muerte.

El agarre de Marie se apretó alrededor de su antebrazo, como un pequeño pájaro aferrado a una percha. —¿Y si... yo *pudiera* llegar a ella? —Su voz estaba tensa por la incomodidad, pero su mirada era firme, sus ojos decididos.

—¿Cómo?

Ella se lamió los labios resecos, vacilando: —Está intentando comunicarse conmigo mentalmente. Voy a... intentar contactarla de la misma manera. Mi cuerpo estará aquí, pero intentaré contactar con ella con mi mente.

El Comandante le había contado cómo las mujeres humanas podían proyectarse mentalmente. Era la razón por la que los Reptiles se habían llevado a las mujeres humanas y Marie *estaba* aquí para detectar anomalías energéticas. Solo que no pensaba que las anomalías energéticas significarían el dolor de Marie. Si lo hubiera sabido, nunca la habría traído aquí.

Se le revolvió el estómago. No le gustaba ponerla en peligro, pero si había una pequeña posibilidad, tenían que intentarlo. Esta pequeña humana, tan frágil por fuera, era tan fuerte por dentro. Además, ella estaría tumbada junto a él todo el tiempo. Él mantendría su cuerpo a salvo.

Le acunó la mejilla, limpiando una lágrima con la yema del pulgar. —Te daré un minuto.

—Un minuto... no creo que...

—No te arriesgaré más que eso. —Era un minuto más de lo que quería dar—. Te protegeré mientras lo intentas.

Los temblores recorrían su cuerpo y él la ayudó a tumbarse boca arriba. Era tan pequeña. Tan frágil. Delicada.

Pero solo por fuera. Bajo ese impresionante exterior había un misterio esperando a ser desvelado. Un misterio que tenía que negarse a desvelar. Ella cerró los ojos, se quedó quieta, y él egoístamente la contempló. Se permitiría este tiempo para observarla sin temor a que ella lo notara, para grabarla en su memoria. Un minuto, y luego encerraría el recuerdo y tiraría la llave.

* * *

Luchó por encontrar ese lugar vacío en su interior que normalmente encontraba en el momento en que meditaba. Lo que se encontró fue un muro de nubes negras espumosas que emanaban una angustia lo suficientemente fuerte como para saborearla. Un lamento doloroso sonaba desde dentro. El tormento la atravesó, interminable y desesperado. Casi la puso de rodillas.

—¿Hola? ¿Puedes oírme?

El lamento se detuvo. Pasaron unos momentos. —¿Hay... hay alguien ahí? —La voz era tentativa. Insegura y muy débil.

—¡Sí! ¡Me llamo Marie! Te oí cuando llamaste.

—¿Puedes ayudarme? Estoy... estoy atrapada aquí dentro y no puedo encontrar la salida.

No había nada más que una impenetrable pared de niebla negra frente a ella, tan densa que era como un esponjoso muro de algodón de azúcar negro. Lo tocó. Una desolación completa y absoluta la envolvió, tan intensa como un latigazo y tan fría. Jadeó, retrocediendo tambaleante, soplando en sus dedos para intentar calentarlos. Las puntas estaban ennegrecidas, congeladas. Horrorizada, apretó los puños, poniendo sus manos bajo sus brazos.

El muro de niebla desaparecía muy arriba en la oscuridad y se extendía hasta el infinito a ambos lados. Nunca se había encontrado con nada parecido en su vida. Ni podía ver ninguna forma de atravesarlo.

—¿Cómo te llamas?

—Seriat. Me llamo Seriat.

—Seriat, ¿puedes ver algo desde tu lado?

—Solo hay negro. Yo... estoy perdida. Y tengo frío. No puedo ver nada. ¿Puedes... puedes ver a mis hijos?

Dios, no. ¡Esta mujer tenía hijos! Pobre, pobre alma. Una franja de plata captó su atención, antes de que la niebla la engullera, desapareciendo tan rápido como había aparecido. ¡Un hilo de vida! Solo había habido un destello, pero había sido lo suficientemente fuerte como para penetrar a través de la niebla. —¿Puedes seguir hablando? Cuéntame sobre tus hijos.

—Tengo un hijo. Es solo un bebé. Johan es su nombre. Y una hija, Deseree. Tiene seis ciclos. Le estoy enseñando a coser nuestras prendas. Soy... soy costurera. Le encanta coser. Adora a su hermano. —Mientras la mujer hablaba, la niebla brillaba ligeramente en un pequeño parche justo frente a ella.

El hilo plateado apareció de nuevo, flexionándose y retorciéndose, casi extendiéndose hacia ella. Marie alcanzó el hilo, pero se escurrió antes de que pudiera tocarlo. —Sigue. Suenan preciosos. Debes quererlos mucho.

Se oyó un sollozo ahogado. —Así es.

Marie tragó saliva con dificultad. Había sentido el dolor de esta pobre mujer como si fuera suyo. Tanto dolor. Tanto que soportar. —¿Tienes marido?

—Sí. Tallex.

El hilo plateado osciló. Marie lo agarró, hundiendo sus dedos en la niebla. Un frío mordiente le pinchó la piel y perdió el cordón. Se llevó la palpitante mano al pecho, pensando intensamente. Alastor solo le había dado un minuto y pronto se acabaría.

—Seriat, puedo ver un hilo cuando hablas de tu familia. Creo que si puedo agarrarlo, podría tener la oportunidad de sacarte. Sigue hablando. Dime cualquier cosa hasta que te diga que pares.

—Vale... Tenemos una vida sencilla. Trabajamos. Yo hago ropa para la Sacerdotisa. Sus vestimentas ornamentales. —Había un dejo de orgullo en el tono de voz, y con el orgullo, la luz pulsaba a través de la oscuridad. Hubo un destello de plata justo debajo de la superficie de la niebla.

—Más, Seriat.

—Mi hija asiste a clases. Tiene mucho talento con los números y las leyes universales de la energía.

—¿Conoces la energía? —preguntó Marie.

—Sí. La fuerza vital del Creador que está en cada criatura viviente —dijo Seriat.

La plata pulsó con la verdad y emergió, y Marie agarró. El cordón vibraba con un calor pulsante mientras ella envolvía sus dedos alrededor de él, aferrándose con todas sus fuerzas. —¡Lo tengo! ¿Puedes verlo en tu extremo?

—¡Sí! ¡Sí, lo tengo!

La adrenalina hizo que sus palabras salieran apresuradas. —Síguelo, Seriat. Rápido.

Su cuerpo pulsó, una mano fantasma en su hombro. Alastor estaba intentando despertarla. Se acababa el tiempo. Apretó los dientes y tiró tan fuerte como pudo. —Agárrate a él, Seriat. Voy a tirar. ¡Ahora!

La mano en su hombro la arrancó y la alejó del cordón plateado y la niebla negra. Marie voló hacia atrás y regresó a su cuerpo con un soplo.

—¡Seriat! —Marie trepó por el costado de la duna, apenas registrando el grito de pánico de Alastor detrás de ella. Trepó por la pendiente de la duna para ver a una mujer tambalearse y caer, su cuerpo tendido en el suelo como un montón sin vida.

Marie bajó por la pendiente, esparciendo granos de arena donde aterrizaban sus botas. Alastor la siguió con un rugido. Marie aterrizó de rodillas junto a la mujer. El pelo amarillo pálido estaba esparcido alrededor de su cabeza, ocultando su rostro. Extendió la mano cuando una mano se cerró alrededor de su muñeca. —No la toques.

—¿Qué quieres decir con que no la toque? Esta mujer se está muriendo —dijo Marie, luchando contra el firme agarre de Alastor. No sirvió de nada.

—Los Reptiles siguen usando a estos incluso cuando están tan cerca de la muerte. Tocarla podría activar una alarma o una explosión.

Marie se tensó, con lágrimas fluyendo por sus mejillas, horrorizada de que los Reptiles llegaran a tales extremos. —¡Seriat! Despierta.

Con movimientos compactos, Alastor sostuvo el Buscador sobre la mujer.

—¿Qué estás haciendo?

—Asegurándome de que no hay dispositivos en su cuerpo.

Marie permaneció en silencio, con los ojos recorriendo el cuerpo demasiado quieto de Seriat. —¿Está...?

Alastor permaneció callado unos momentos más. —Está viva... pero apenas.

Las manos de Marie ansiaban extenderse y consolar a la mujer. —¿Puedo tocarla?

—Está a salvo, sin embargo, tendré que poner fin a su tormento si te ataca o lucha contra ti. —La tristeza emanaba de Alastor en oleadas y ella entendió lo que le costaría hacer eso—. Prepárate, Marie.

Se limpió las lágrimas de las mejillas con mano temblorosa mientras Alastor giraba con cuidado a Seriat. La mujer era exquisita. De facciones finas, pómulos delicados, pero sus labios estaban secos y agrietados. Su piel estaba impregnada de suciedad y mugre, y estaba moteada y amoratada. Su ropa colgaba de su cuerpo demacrado, no era más que harapos. El olor a muerte y descomposición impregnaba el aire. Estaba tan cerca de partir. Tan cerca.

—Seriat. ¿Puedes oírme? —Las palabras salieron en poco más que un susurro.

—¿Cómo sabes su nombre? —preguntó Alastor.

—Ahí es donde la vi. Hablé con ella.

Las cejas de Alastor se elevaron. —¿Hablaste con ella?

Marie asintió. —Sí. Estaba aprisionada en una nube negra, en la dimensión entre mundos. Yo lo llamo el intermedio. Creo... creo que así es como la entidad captura las mentes de las personas. Lleva sus almas al espacio entre dimensiones y las envuelve en una espesa niebla negra. No pueden ver la forma de regresar a sus cuerpos. Están atrapados en sus mentes. —Miró a Seriat—. Solo espero que haya encontrado su camino de regreso.

La mujer se movió. Emitió un débil gemido y sus ojos parpadearon abiertos. Alastor empujó a Marie hacia atrás con un brazo de acero,

interponiéndose entre ella y la mujer. Marie miró alrededor del enorme cuerpo de Alastor. —¿Dónde... dónde estoy? —La voz de Seriat no era más que un susurro. Frágil y débil.

El cuerpo de Alastor se puso rígido. Marie se escabulló alrededor de él. Abrió su mochila de un tirón, volcó el contenido, encontró la botella de agua y desenroscó la tapa. Con suavidad, levantó la cabeza de Seriat del suelo y acercó la botella de agua a sus labios. —Seriat. Toma, bebe esto.

La mujer inclinó la cabeza y Marie dejó que un poco de agua goteara en su boca. Largos y secos dedos se envolvieron alrededor de los suyos. —Gracias, Marie. Me has salvado. Has salvado mi vida.



Capítulo Siete

La mente de Alastor daba vueltas, suspendida en algún punto entre la incredulidad y el asombro. Marie había hecho lo imposible. Había recuperado a una de las esclavas mentales. Por sí sola. Sin nada más que el poder de su mente.

Rápidamente comprobó las constantes vitales de la mujer. Estaba débil. Severamente deshidratada. Muerta de hambre. Era un milagro que siguiera viva. Sus pálidos ojos amarillos encontraron los suyos, sobresaltados.

Marie puso una mano en el hombro de la mujer y esta se tranquilizó. El nivel de confianza le asombraba, aunque ¿no encontraba él el mismo consuelo, incluso más, en Marie? A pesar de sus extrañas costumbres. Quizás incluso por ellas.

—Alastor está conmigo. Es de fiar.

—¿Sabes dónde vives? ¿Tu casa? —preguntó Alastor.

—Vinieron. Esas... criaturas. Se apoderaron de nuestro hogar. Lo quemaron todo hasta los cimientos. —Agarró la mano de Marie—. Mi marido. Mis hijos. ¡Tienes que ayudarme a encontrarlos!

Marie emitió un sonido tranquilizador. Dudó, pero habló tras una pausa.

—Seriat. Tu familia. Yo... solo puedo sentir a tu hija.

Los ojos de Seriat brillaron intensamente.

—¿Sabes dónde está? ¿Dónde está Tallex? Mi bebé, Johan.

Marie intentó calmar a la mujer, pero la agitación de Seriat iba en aumento. Agarró la ropa de Marie con dedos como garras, sus ojos ciegos y salvajes de confusión. Alastor aflojó su mochila y sacó un sedante. Lo presionó contra el cuello de la mujer. Ella se quedó lánguida cuando el fármaco hizo efecto.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Marie.

—Le he dado un tranquilizante. Se estaba poniendo nerviosa, lo que no es bueno para su estado físico.

Marie apartó el pelo de la cara de la mujer. Varios cortes y moratones marcaban su piel enfermiza.

—Pobrecita. ¿Cómo puede alguien hacerle esto a una persona? Esos Reptiles son... malvados.

—Hacen esto a planetas enteros, Marie. Planean hacerlo con la Tierra.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo sé. Ver lo que hacen así... Alastor, tenemos que detenerlos. Esto es... esto es...

Él le secó una lágrima solitaria de la mejilla. Sabía exactamente cómo se sentía. Simplemente él ya no tenía más lágrimas que derramar. Solo una ira latente que resultaba mucho más productiva de lo que las lágrimas jamás serían.

—Lo sé. Para eso estamos aquí. —Ella no podía entender lo importante que era ahora que podía hacer esto. Lo increíble que era. Y totalmente prohibida.

No tenía derecho a tocarla, y mucho menos a besarla. No podía hacerle eso a una mujer que podía salvar a miles de millones. Ese era un error que no volvería a cometer. Sin embargo, cuando ella lo miraba con esos ojos grandes, expresivos e inusuales y esa expresión de tanta confianza, tenía que luchar contra el impulso de tomarla en sus brazos y repetir el error una y otra vez.

—Gracias. Por ayudarla. Por ayudarme a mí. —Se mordió el labio inferior, carnoso. A él se le secó la boca.

—No estás sola aquí. Estamos los dos. Estoy aquí para protegerte y mantenerte a salvo, y haré todo lo que esté en mi poder para

conseguirlo.

Esa era una verdad innegable. Haría *cualquier cosa* para mantenerla a salvo.

—Aunque me preocupa que encontrarse con otro esclavo mental te cause más dolor.

Ver su rostro retorcido de agonía. Mirar impotente. No permitiría que sufriera así de nuevo.

—Nunca me había pasado antes. No estoy segura de por qué me sentí así... es como si este planeta tuviera ondas de energía extra. Puedo sentirlo zumbando en el fondo, como electricidad, pero... —Se mordió el carnoso labio inferior de nuevo y él casi gimió en voz alta.

—¿Pero qué, Marie?

Sus ojos violetas volvieron a los suyos.

—Cuando estoy cerca de ti, se atenúa. Puedo pensar. Protegerme. Hay algo en ti... No tiene ningún sentido, pero no tengo mucha experiencia en lo que respecta a diferentes planetas o hexonianos. Eres diferente. El calistiano tenía razón. Este planeta es diferente.

Eso era inquietante y... reconfortante. También probablemente conducía a un montón de problemas que no estaba seguro de necesitar.

—Ven, llevaremos a esta mujer de vuelta a la lanzadera. Si no recibe atención médica pronto, me temo que tus esfuerzos habrán sido en vano. —Recogió del suelo el cuerpo demacrado de la mujer, sorprendido por lo ligera que era. No quedaba nada de ella más que piel y huesos.

Una rabia familiar e impotente contra los Reptiles recorrió su cuerpo, pero enfadarse no iba a hacerle ningún bien a Marie ni a Seriat. Apartó su ira, sustituyéndola por la lógica de la fría y dura venganza. Las mujeres humanas eran la clave para acabar con esto, y estaba seguro de que Marie era la respuesta al enigma.

Odiaba pensar en la pura, inocente y frágil Marie cerca de los Reptiles. Odiaba no poder hacer nada más que mirar mientras ella liberaba a la mujer. Estaba acostumbrado a la acción —a matar—, no a quedarse atrás para dejar que una pequeña mujer asumiera riesgos.

¿Por qué tenía que ser Marie la que tuviera la respuesta para acabar con el azote del universo? ¿Por qué ella, en particular? Una cosa que sí sabía era que la vida raramente era justa.

Sosteniendo a Seriat con seguridad en sus brazos, comenzó la caminata de regreso a la lanzadera.

—Cuando encontraste a la muj... a Seriat... en tu mente. ¿Cómo lo hiciste?

—¿Vosotros meditáis?

La pregunta era extraña, pero respondió.

—Los ancianos. Y los que son Santos. Entregan sus mentes a las artes espirituales.

—¿Alguien más?

Frunció el ceño.

—No es para que lo haga cualquiera. Solo aquellos que han demostrado ser dignos.

Su resoplido lo hizo detenerse a tiempo para ver su sonrisa.

—Sí. Eso es lo que solían decir en mi mundo también. Solo los elegidos, bla, bla, bla. —Ante su expresión confusa, continuó—: La gente dice eso cuando quiere controlar a otras personas, eso es todo. Nuestra historia antigua está llena de esa basura. En realidad, todo el mundo puede meditar. Es una habilidad, como cortar zanahorias o doblar la ropa.

Su ceño se profundizó.

—No hago ninguna de esas dos cosas.

Ella suspiró.

—Lo que quiero decir es que es fácil. Cualquiera puede y debería meditar. Cuanto más lo haces, más fácil se vuelve.

Él se volvió, receloso de las sombras que se profundizaban alrededor de ellos en el follaje.

—¿Estarías dispuesta a enseñarme a meditar?

—¿Quieres que *yo* te enseñe *a ti* algo? ¿El tío que lo sabe todo y puede hacerlo todo? —dijo Marie.

Él gruñó.

—No puedo hacer todo y cualquier cosa. Hay muchas cosas en las que no tengo habilidad. —Hizo una pausa por un momento—. No sé cocinar.

—El gran y malo alienígena no sabe cocinar. Nunca dejarán de sorprenderme las maravillas. —Se rio y el sonido lo atravesó como un hechizo—. Sí, eres perfecto. Es solo una forma de hablar. Creo que este traductor que me pusiste en la oreja no capta los matices del inglés. Sí, por supuesto que te enseñaré a meditar. Será un honor para mí.

Asintió, satisfecho. Si podía entender cómo había liberado a la mujer, podría obtener una ventaja que de otra manera no tendría. Sería mucho mejor si *él* pudiera enfrentarse a los Reptiles y liberar a los esclavos mentales, en lugar de Marie.

Seriat se agitó en sus brazos y gimió suavemente en su sueño.

—¿Puedes caminar más rápido? No creo que esta mujer resista mucho más tiempo si no le proporcionamos la atención que necesita.

La respuesta de Marie fue inmediata.

—Sí. Por supuesto. Te seguiré el ritmo. No vayas más despacio por mí.

Alastor caminó a grandes zancadas entre los árboles y las diversas especies de hierbas. Fiel a su palabra, Marie mantuvo el ritmo con él. Aunque su respiración era forzada, no se quejó. No solo era muy hermosa y parecía frágil, había una dureza en ella que no la detenía. Una extraña emoción casi como orgullo lo invadió, y la ignoró igual de rápido. No quería sentir nada en absoluto. La insensibilidad era buena. Podía funcionar insensible. Era cuando empezaba a sentir que las cosas se desmoronaban y este no era el momento ni el lugar para dejar que las cosas se desmoronasen.

Por fin llegaron a la lanzadera. Una rápida mirada para asegurarse de que Marie estaba cerca y entró corriendo por el umbral a la pequeña sala de instalaciones que servía tanto de enfermería como de área para preparar alimentos.

Marcó un comando en el panel de control y una estrecha camilla se formó desde la pared. Colocó a Seriat. Una pantalla se iluminó en la pared sobre su forma inmóvil, la camilla ya tomaba sus lecturas físicas.

—Qué rápido —jadeó Marie desde el estrecho pasillo detrás de él.

Ajustó algunas lecturas en la pantalla. Los hallazgos lo horrorizaron.

—Es una emergencia. —Los análisis finalizaron, junto con el procedimiento médico requerido—. ¿Cómo son tus habilidades médicas?

Su garganta trabajó, pero luego cuadró los hombros.

—Dime qué hacer.

Deslizó el panel médico para abrirlo y sacó una aguja y un catéter. Perforó una vena en el dorso de la mano de Seriat y el líquido comenzó a fluir hacia su cuerpo.

—Le daré nutrientes y vitaminas. Todo lo que necesitará para recuperarse hasta que la llevemos al Starlight. —Le entregó a Marie un paño antiséptico—. ¿Te importaría limpiar su cuerpo de gérmenes mientras trabajo en optimizar sus niveles de respiración?

Marie tomó el paño.

—Por supuesto. ¿Has tenido que usar esta lanzadera para primeros auxilios como este antes?

"Primeros auxilios" supuso que era su término para la primera respuesta médica.

—Muchas veces. —Demasiadas para contarlas. Y demasiadas veces en las que no había sido lo suficientemente rápido.

La perspicaz mirada de Marie encontró la suya, antes de volver a la mujer a la que estaba atendiendo.

—Lo siento, Alastor.

Dioses, no podía decir dos palabras sin que ella captara todo sobre él.

—Esto es la guerra. Por favor, atiende a la mujer.

Alastor le entregó a Marie unas tijeras, que utilizó para cortar los harapos de la pobre alma. Marie limpió la piel de la mujer, limpiándola cuidadosamente una y otra vez hasta que quedó satisfecha. Para cuando Marie terminó, Seriat brillaba con un cálido amarillo pálido, del mismo color que las arenas del planeta. Marie la cubrió con una sábana limpia antes de limpiar y arreglar su cabello.

Alastor fijó un tubo de respiración bajo sus fosas nasales e inyectó un sedante suave para ayudar al cóctel de nutrientes de acción rápida.

—¿Y ahora? —preguntó Marie.

—La vigilamos, comemos y descansamos nosotros. —Alastor luchó contra la fatiga de su cuerpo. En este momento, necesitaba mantenerse alerta. Tomó dos bebidas energéticas y barras de raciones que estaban repletas de nutrientes. Eso los mantendría funcionando.

—Ven. Pasaremos la noche en la cabina. —No había ningún otro lugar donde pudieran descansar en esta lanzadera. Estaba diseñada para el sigilo y misiones rápidas, no para la comodidad. Al menos las sillas de pilotaje se reclinarían en un simulacro de plataforma para dormir, aunque un poco incómoda. Era mejor que el suelo. Eso, lo sabía por experiencia. En una misión increíblemente violenta, habían metido a veinte guerreros a bordo de una lanzadera de este tamaño al entrar. Amigos, todos ellos.

Diez regresaron.

Apartó el pensamiento mientras se acomodaba en la silla y le entregaba a Marie la barra y la bebida. Ella le ofreció una sonrisa cansada.

—Gracias, Alastor.

—Necesito que tu cuerpo funcione de manera óptima —dijo él.

—No es por eso que te estaba dando las gracias. Sé que quieres llegar a la fuente de energía y hacer lo que vinimos a hacer. Entiendo que salvar a Seriat te está retrasando, pero los encontraremos y los salvaremos. Te prometo que una noche no marcará la diferencia —dijo Marie.

—¿Cómo...?

—¿Cómo qué? —Mantuvo la mirada fija en él, su expresión sincera.

Él ajustó su posición en la silla. Era ajustada para su cuerpo, los reposabrazos se clavaban en sus hombros.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —preguntó ella.

—¿El qué?

Puso los ojos en blanco, con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Tácticas de retraso. Es lo que haces. Quieres saber cómo percibo los pensamientos y emociones de las personas, ¿no?

Se negó a sentirse confundido o intrigado.

—Es un truco que quiero saber cómo hacer.

Ella suspiró y su rostro se llenó de tristeza. Negó con la cabeza, apartando la mirada, e inmediatamente él echó de menos sus grandes ojos en él.

—No es un truco. Si lo fuera, podría activarlo y desactivarlo a voluntad. Pero no puedo. Y no todo es bueno, créeme. —Jugueteó con el envoltorio de su barra de ración.

—Leer a tu enemigo. Saber lo que piensa, lo que va a hacer a continuación. Sería una clara ventaja —dijo Alastor.

—Eso pensarías tú —dijo ella muy quedamente, para sí misma realmente, luego antes de que él pudiera comentar—: Como te dije, todo el mundo puede hacerlo. Podemos empezar tu lección de meditación ahora, si quieres.



Capítulo Ocho

Marie se mordió el labio. La vacilación de Alastor la carcomía, pero no sentía ninguna animosidad. Era un alivio. Más que un alivio, si debía ser completamente sincera. Debería estar acostumbrada a la desconfianza. A la sospecha sobre sus habilidades.

La preocupación de Alastor era que *él* podría no ser capaz de lograr nada, más que un escepticismo abierto, lo cual era... diferente.

—Pluma Negra, ¿crees que entrenar a Alastor es algo bueno? —preguntó mentalmente, mientras se acomodaba en una posición más confortable. A Alastor le dijo—: Ponte en una posición cómoda donde puedas apoyar la cabeza y quitar la presión del cuello.

La cálida presencia de Pluma Negra fue casi inmediata. —Es exactamente lo que su raza necesita.

—¿Dónde has estado? —El rostro de Pluma Negra apareció en su mente con su forma favorita: la de un nativo americano. Tres plumas negras colgaban a un lado de su rostro. Había tres franjas rojas de ocre en su mejilla izquierda. Se le aparecía como un hombre de unos cincuenta años. Saludable, fuerte y lo suficientemente mayor como para haber adquirido cierta experiencia de la vida, aunque ella sabía

que su alma tenía siglos de antigüedad. Sus cálidos ojos marrones sonrieron, tranquilizándola como solían hacerlo.

—Nunca estuve muy lejos.

Por lo que sabía de las otras dimensiones, había bastante distancia entre algunas de ellas. Era necesario atravesar agujeros de gusano para ir de una a otra, pero ella era la protegida de Pluma Negra y él normalmente se mantenía cerca.

—¿Entonces por qué no me has respondido?

—Las razones son de largo alcance. Ahora, prepara a tu protegido. Tengo a alguien aquí que se ha ofrecido como voluntario para guiarlo. ¿Te gustaría conocerla?

—¡Sí! Por supuesto. Me encantaría conocerla. —Quizás por eso Pluma Negra había estado en silencio. La había estado ayudando, pero también había estado ocupado con Alastor.

—¿Qué quieres que haga ahora, Marie? —preguntó Alastor.

Había olvidado que Alastor no podía oír la conversación que tenía lugar en su mente. —He estado hablando con Pluma Negra. Tienes una ayudante.

Alastor arqueó una ceja. —¿Una ayudante?

—Me ha dicho que hay una guía esperando para ayudarte con tu meditación. —No era inusual que un guía ayudara cuando una persona elegía meditar o comunicarse. Siempre estaban encantados de ayudar a aquellos que elegían trabajar en su lado espiritual, pero nunca había conocido a un guía para otra raza. Aunque, por otro lado, había sido secuestrada por alienígenas y nunca se había encontrado en esta situación antes. Si los guías ayudaban a los humanos, tenía sentido que también ayudasen a otras especies.

—¿Es necesario?

No pudo evitar sonreír. —No, no es necesario si estás meditando para relajarte o para la atención plena, pero para esto, creo que es una buena idea. —Era extraño que Pluma Negra estuviera presentando a la guía y maestra de Alastor. Normalmente se movían entre bastidores, ayudando solo cuando se les pedía.

—¿Quién es? —preguntó Alastor.

En la mente de Marie apareció el rostro de una mujer impecable, con largo y fluido cabello dorado y una resplandeciente piel dorada

besada por mil estrellas. Alrededor de su cuello llevaba un colgante azul eléctrico en forma de lira, y un aura blanca y dorada brillaba a su alrededor. Parecía ser de la raza de Alastor y también alguien de gran maestría e iluminación espiritual. —Oh, es muy hermosa —dijo Marie en voz alta, mientras mentalmente se comunicaba con la guía de Alastor—. Encantada de conocerte.

La sonrisa de la mujer creció. —Me llamo Lyria, y estoy encantada de conoceros a ambos.

—Dice que se llama Lyria —dijo Marie en voz alta.

Sus ojos se ensancharon y agarró los reposabrazos del asiento, con la tensión vibrando a través de él. —¿Lady Lyria?

—No lo sé. Solo se presentó como Lyria.

Su cuerpo se puso rígido como si le hubiera arrojado un cubo de agua helada. Sus ojos brillaron al mirarla, recorriendo su rostro, con preguntas e incredulidad arremolinándose juntas. También surgieron preguntas en su propia mente, pero no creía que él las respondiera.

Se le hundió el estómago. Parecía que no importaba dónde estuviera en el universo, siempre diría lo incorrecto. Haría lo incorrecto. ¿Cuánto le tomaría aprender la lección?

—No podría ser posiblemente... —Sus palabras se desvanecieron. Su boca volvió a formar una línea recta y el músculo de su sien comenzó a palpitar.

—Quizás deberíamos dejarlo. Intentarlo en otro momento. —Estaba tan tenso que no podía imaginar que tuviera la más mínima posibilidad de relajarse.

—Lo haremos ahora. —Se acomodó en la silla, rígido como una tabla.

—Tendrás que relajarte si quieres hacer esto.

—*Estoy* relajado. —Cerró los ojos con fuerza, golpeando su cabeza contra el reposacabezas. Su cuerpo vibraba de tensión. Ella observó sus puños apretados alrededor de los reposabrazos, temiendo que pudiera arrancarlos. Sería muy dudoso que viera algo más que el reverso de sus párpados.

—Ya.

—¿Qué le ha ocurrido, Pluma Negra? —proyectó mentalmente a su maestro. Su alma sufría por el dolor de él que la alcanzaba como si

fuera una esponja.

—Su alma ha conocido gran dolor y sufrimiento, y lucha por sanar —dijo Pluma Negra.

Eso ya lo sabía. Había sentido su dolor desde el momento en que lo conoció. Se lo había transmitido alto y claro, aunque él no lo sabía.

—¿Marie?

—Es mejor que nos retiremos. Cuídate, pajarito. Sabe que siempre velo por ti, solo con tus mejores intereses en el corazón. —La energía de Pluma Negra y Lyria se desvaneció, ahogada por las ondas de energía negativa que Alastor emitía.

—¡Pluma Negra! —llamó Marie en su mente, pero Pluma Negra se había ido.

Tenso e impaciente. Esa era toda la energía que registraba ahora y provenía del hombre —alienígena— a su lado. Tal vez *era* el momento perfecto para ayudarlo a relajarse. —Hagamos una técnica de relajación simple para ayudar a relajar tu cuerpo. Quiero que te concentres solo en tus dedos de los pies. Siente su peso. La piel. El músculo, la sangre y los huesos. Siente cómo se vuelven más pesados. Lleva tu atención hacia los pies. Deja que toda la tensión se drene de ellos, como agua que gotea hacia el suelo.

Tenía los pies más grandes que jamás había visto. Esas botas también eran impresionantes. Material resistente del color de la arena, atadas hasta las pantorrillas. Se preguntó si tendrían secciones ocultas que contuvieran cuchillos u otras armas. No le extrañaría.

—Ahora, concéntrate en tus pantorrillas. Relaja tus músculos.

Su mirada recorrió sus pantorrillas y luego subió por sus piernas increíblemente largas y poderosas. Caderas esbeltas. Se detuvo en la parte de él que lo hacía masculino, su sangre calentándose inapropiadamente. No podía apartar los ojos de él.

Su abdomen delgado, duro, plano e inflexible, se elevaba hasta un pecho amplio y hombros rectos. Se había arremangado la camisa hasta los codos, ofreciéndole una deliciosa vista de piel dorada ajustada sobre brazos musculosos, fibrosos y fuertes.

Sus manos eran rudas, con callosidades. Cicatrices se entrecruzaban en el dorso de sus manos. Conocían el trabajo físico duro, pero sus dedos eran largos, delgados y fuertes.

Todo su cuerpo era fuerte. Uno perfeccionado para la guerra. No había nada en su apariencia o físico que fuera suave en ningún sentido, y sin embargo había tanta vulnerabilidad en él.

El músculo palpitaba en su mandíbula. No se dio cuenta de que había extendido la mano para suavizarlo hasta que él se estremeció ante su contacto. —Relájate.

Su corazón dio un vuelco en su pecho, pero él se quedó quieto, su respiración profunda y fuerte en su pecho. Ahora que lo estaba tocando, no parecía poder apartar la mano.

Trazó las líneas alrededor de sus ojos, fascinada por lo suave que era su piel. Cuán cálida. Tantas líneas, profundas y finas. Marcas de experiencia, de sentimiento y reacción. —Relaja tus músculos aquí.

Puso la palma de su mano en su mejilla, pasando la yema de su pulgar por su piel. —Y aquí.

Trazó su labio inferior con su pulgar. Su piel se deslizaba como suave seda bajo su tacto, adormeciéndola en una hipnótica especie de hechizo. —Deja que la tensión desaparezca. No la necesitas. No te sirve. No debería dominarte.

Sus ojos se abrieron de golpe. La atraparon. No podía moverse. No quería hacerlo. Sus brazos la rodearon, impulsándola hacia él. Chocó contra él, perdiendo el equilibrio, sus pechos apretados contra su torso, sus manos aferrándose a sus hombros. Sus labios chocaron contra los suyos, consumiéndola.

Y no había nada que pudiera hacer, excepto dejarse llevar.



Capítulo Nueve

Su aroma invadió sus sentidos. Su sabor era ambrosía. La sensación de su boca era exquisita. No pudo contenerse, y simplemente tomó lo que deseaba.

Había intentado concentrarse en su técnica de relajación, a pesar de su comentario sobre Lyria, pero la cabina se llenó con su dulce aroma floral, y su voz le atravesó como pura seducción. Le costó todo su autocontrol permanecer quieto y no acercarse a ella.

Hasta que ella puso sus manos sobre él. Se acercó. Demasiado tentadora. Demasiado irresistible. Actuó por puro instinto y cedió a su anhelo.

La atrajo a su regazo. Ella soltó un gritito de sorpresa, antes de que él lo silenciara con un roce de su lengua contra la suya.

Ella se derritió en el beso, su cuerpo volviéndose líquido sobre el suyo. El suave peso de sus pechos se amoldó a los amplios planos de su torso. Suavidad contra dureza, encajaba contra él como si hubiera nacido para estar allí. Como si ella hubiera sido creada para él y él para ella. Una sensación de perfección lo atravesó, tambaleándolo con la revelación.

Sin embargo, ¿cómo podía una pequeña humana hacerle olvidar a Kiera? A sus padres. A todos los que conocía que habían perecido a

manos de los Reptiles. A esta misión, y la promesa que se había hecho a sí mismo.

Se sumergió en su boca una última vez, aprovechando al máximo este último contacto que se permitiría. Tirando de cada gramo de su entrenamiento y años de control, rompió el beso, cuando todo lo que quería hacer era desnudarla y hundirse en su cálida humedad.

Sus labios brillaban húmedos por el beso, su pecho se agitaba con respiraciones rápidas y superficiales. Sus ojos vidriosos y entrecerrados casi lo deshicieron.

—Marie... yo... —¿Cómo podía justificar tal comportamiento? Especialmente cuando le había dicho después de su último beso que no habría más.

Ella parpadeó, enfocando la mirada. —Me has besado. Otra vez.

Sus pulgares trazaban pequeños círculos sobre su ropa. Detuvo el movimiento tan pronto como fue consciente de ello. —Esto... esto es un error —las palabras salieron forzadas de su boca.

Su cuerpo se tensó, su tono más frío. —También dijiste eso... otra vez.

—Marie... no lo entiendes. —¿Cómo podía explicarle que esta iba a ser su última misión? Que la vida se había vuelto tan insoportable, su anhelo por reunirse con Kiera tan grande, su corazón tan muerto, que se había prometido que no regresaría a la Starlight?

Sus pequeñas manos agarraron su camisa. —Entonces explícamelo.

La expresión en su rostro casi lo desarmó, pero no quería cargarla con ese peso. ¿Cómo podría ella entender que la única manera de aliviar la culpa de su vida era ofrecer deliberadamente su muerte como tantos de sus familiares y amigos habían hecho?

Fue a apartar un mechón de pelo de su frente, pero se detuvo justo a tiempo. —La misión... debe ser lo primero.

No podía permitir que nada se interpusiera entre la misión y sus planes personales. Solo Marie tenía el poder de descarrilarlos, pero él tenía pecados que expiar y no podía dejar que eso sucediera.

—La misión... sí... por supuesto... —Su mirada cayó, pero no antes de que él viera el dolor y la confusión en su rostro. El maldito músculo de su sien palpitaba con su incesante pulso.

—La misión siempre debe ser lo primero, Marie.

Supo el momento exacto en que sus palabras golpearon más fuerte que cualquier cosa física. Cuando ella reconoció que su beso fue el error que era. Se odió a sí mismo por ser tan duro, pero ¿qué era una mancha negra más en su alma? Ya estaba ennegrecida más que el cielo nocturno. Tuvo que recordarse que le estaba haciendo un favor. Mejor que pensara que era un capullo a que creyera que era un hombre que nunca iba a dar algo que ya no tenía.

Ella merecía mucho más que eso. Habría un hombre digno para ella. Uno que no estuviera marcado por interminables muertes y guerras. Uno que no hubiera renunciado a la vida. Se frotó el repentino dolor en el pecho.

Ella se escabulló de su regazo. El aire frío congeló su piel donde ella había estado extendida en su regazo, desenfrenada y perdida en el deseo... justo como él la quería. Agarró los reposabrazos como si fueran el cuello de un Reptil para evitar extender las manos hacia ella.

Tic, tic, tic. Se negó a rascarse el músculo de la sien. Compuso su rostro en la máscara inexpresiva que había llegado a dominar y endureció su voz. —Lo sabes. Te lo he dicho.

Cuando sus ojos encontraron los suyos, había un atisbo de ira mezclada con la confusión. Eso era bueno. Con la ira, podía trabajar. La ira significaba distancia. Podía pensar con distancia. Trabajar con desapego. Modelar con ira.

—Entonces, ¿por qué me besaste, Alastor?

No solo la había besado una vez. Había cedido a la tentación dos veces. Imperdonable. Quería que lo olvidara una vez que regresara a la Starlight. —¿Por qué mencionaste ese nombre, Lady Lyria?

Ella parpadeó ante el cambio de tema. Él no iba a discutir sus besos, ni a pensar más en la líquida necesidad en su sangre.

—Pluma Negra la trajo. Vino con él. Él... me dijo que estaba aquí por ti.

Se odió aún más por lo que iba a decirle, pero necesitaba distanciarla todavía más. Necesitaba que se mantuviera alejada de él con esa mirada suave en sus ojos, o ese dulce y femenino aroma de consciencia que tanto lo tentaba. Si no podía controlarse cerca de

ella, entonces tendría que alejarla para que nunca estuviera lo suficientemente cerca como para ser tentado de nuevo.

—Trajiste a Seriat de vuelta de ser esclavizada mentalmente. No puedo negarlo, pero tengo que trazar la línea cuando se trata de usar el nombre de alguien de tal importancia en relación conmigo. Eso es un insulto. —Se puso de pie. La cabina era demasiado pequeña para que pudiera erguirse por completo, así que tuvo que inclinar la cabeza para mirarla.

Ella tanteó ciegamente detrás de sí, una mano finalmente agarrando el brazo del asiento, los nudillos blancos. Esta no era una reacción normal. Era demasiado receptiva. Demasiado emocional. Negó su primer impulso de envolverla en sus brazos, atraerla a su pecho y consolarla. —Solo dijo que su nombre era Lyria. Pluma Negra no me contó nada más.

Tic. Tic. Tic. Luchó contra todos sus instintos de consolarla. —Entonces deberías saber que soy la persona más indigna de estar en su presencia. Pregúntale a ella. ¿Por qué vendría a un simple soldado como yo cuando nadie más que los ancianos más íntegros ha llegado a vislumbrarla?

El rubor se había desvanecido de su rostro, que ahora estaba blanco como el papel. Un ceño se formó en su frente, y él se blindó contra ello.

—No puedo... oír a nadie. Se han ido.

Parecía tan pequeña y derrotada. Forzó palabras que sabían a ceniza desde su boca. —Entonces quizás deberías pensar un poco mejor antes de decirle a la gente lo que percibes.

Ella se estremeció físicamente, su expresión llena de tanto dolor que desgarró su corazón, pero él aceptaría gustosamente el golpe a su alma antes que hacerla sufrir a largo plazo.

Hubo un ruido desde la enfermería. La mujer, Seriat, estaba despertando. Antes de que pudiera moverse para atenderla, Marie salió disparada de la pequeña cabina. —Yo iré.

Voló por el pequeño pasillo y desapareció en la habitación, dejándolo con un agujero negro donde una vez había estado su corazón. Se desplomó en el asiento, pasó las palmas por su cara y luego por su pelo. Qué desastre. ¿Por qué las cosas se habían vuelto

tan difíciles desde que Marie había irrumpido sin ser bienvenida en su vida? Había sido feliz, viviendo tras su corazón anestesiado. Quizás feliz no era la palabra. Era más bien insensible. Congelado. Anestesiado.

No importaba la palabra, o el nombre exacto del estado mental. Le había servido bien, permitiéndole funcionar. Permitiéndole planificar y tomar este curso de acción. Si Marie no estuviera aquí, sería perfecto. Podría satisfacer tres cosas a la vez. Acabar con su existencia sin sentido, enmendar sus errores e inutilidad, y acabar con los Reptiles de un solo golpe.

Necesitaba mantener la mente clara, recomponerse, ordenar sus pensamientos y sus emociones dispersas, odiando incluso sentirlas de nuevo. Trabajó para reunir el frío que había construido cuidadosamente alrededor de su corazón, relajándose cuando sus emociones turbulentas se apaciguaron en la nada adormecedora como siempre lo hacían. El frío era bueno. No sentía nada con el frío. Podía trabajar con el frío.

Podía olvidar los dolorosos recuerdos de su pasado y cuántas veces había fallado. Podía planificar su muerte. Aceptaría el castigo que recibiría en la próxima vida.

Con un gruñido, se levantó del asiento y recorrió el pasillo. Necesitaba apartar su mente de sus pensamientos y volver al camino correcto, y no había forma de que una pequeña humana lo descarrilara de nuevo.

Era lo mejor.

Si seguía diciéndoselo, empezaría a creerlo.



Capítulo Diez

Marie entró como una flecha en la pequeña habitación para ver a Seriat luchando con la sábana que había puesto sobre ella. —Eh, vuelve a tumbarte. No te hagas daño.

Seriat emitió un grito de sobresalto y agarró la tela contra su pecho, mirando salvajemente a su alrededor mientras se incorporaba. Parecía medio aterrorizada. —¿Dónde… estoy? —Su voz sonaba seca y oxidada por la falta de uso.

—Estás en nuestra lanzadera. Tuvimos que traerte aquí para atención médica. Estabas… a punto de morir. ¿Quieres beber algo? —Marie habló con voz tranquilizadora, intentando transmitir calma.

Llenó un vaso de agua y se lo ofreció a la mujer. Seriat extendió una mano temblorosa y tomó lentamente el ofrecimiento con cuidado. Bebió un sorbo de agua y su rostro se abrió en alivio, antes de apurar el resto del vaso.

—Seriat, ¿recuerdas lo que pasó?

Seriat se desplomó contra la pared. De hecho, parecía que necesitaba la pared para mantenerse erguida. A Marie se le partió el corazón por la pobre mujer. Ella había probado un poco de lo que los Reptiles eran capaces, pero Seriat había sufrido terriblemente.

—Tú… me salvaste. Estuve atrapada durante tanto tiempo. No podía encontrar la salida. —Los ojos de Seriat se llenaron y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Oh, Seriat. —Marie sostuvo las manos de la mujer. Las imágenes la asaltaron, aterradoras y desconectadas. Rostros a medias entre profundas sombras. Gritos silenciosos. Dolor. Había un sonido quejumbroso que vagamente reconoció como suyo. Era demasiado. Demasiado. Demasiado dolor. Demasiada confusión. Una mano en su hombro la devolvió a la realidad antes de que cruzara un límite al que no quería acercarse.

El aroma de Alastor la envolvió. Un olor picante y masculino que borró las escenas de terror. Jadeó, llevando bocanadas de aire a sus pulmones*. Céntrate. Concéntrate.*

Alzó la mirada hacia su expresión impasible. Cualquiera que lo mirara pensaría que no sentía nada, pero ella sabía dónde mirar. *Cómo* mirar, y había un tsunami de guerra desatándose en su mente. Nadie que besara como él no sentía nada. Simplemente era muy bueno haciendo creer a la gente que no sentía nada en absoluto. También era muy bueno alejando a la gente. Ella ciertamente no había quedado indiferente a su beso. De hecho, nunca había sabido que los besos podían ser así.

—¡Mis bebés! ¿Dónde están?

Seriat se derrumbó en los brazos de Marie. Marie tomó aire para fortalecerse y se protegió, mente, cuerpo y alma, con luz blanca. Afortunadamente, ninguna imagen horrorosa bombardeó su mente, pero los sollozos de Seriat eran igual de desgarradores.

A Marie se le partía el corazón. Era bastante desgarrador cuando un niño fallecía. Marie había visto y sentido tanto dolor a lo largo de su vida, pero no saber qué pasó con tu hijo era aún peor. Cruel.

Había ayudado a numerosas personas a lo largo de los años. Bueno, pensaba que había estado ayudando, hasta aquel día… su estómago se retorció, apretándose y amenazando con expulsar lo poco que había comido.

Tenía que concentrarse. Ayudar a Seriat. Esta situación era muy diferente a *aquel* día. Tomó aire para fortalecerse, ignoró su

estómago revuelto y dijo algo que no había dicho durante meses: —¿Quieres que intente averiguar dónde está tu familia?

Seriat parpadeó a través de ojos llorosos, la esperanza era una luz peligrosa en sus ojos. —¿Puedes hacer eso?

—Puedo intentarlo. —Esperaba que Pluma Negra estuviera escuchando—. Sentémonos para que pueda concentrarme.

Alastor se cernía en la entrada mientras ella se acomodaba junto al cuerpo demasiado delgado de Seriat en el pequeño catre y tomaba una profunda y fortificante respiración. Los recuerdos amenazaban con invadirla y, mediante pura fuerza de voluntad, los apartó. —Seriat, necesito que te concentres. Cierra los ojos y piensa en tu marido. En tus hijos.

Seriat asintió, y una única lágrima se escapó del rincón de su ojo. Marie ignoró la duda que se instaló junto a los nervios, cerró los ojos y bajó sus defensas. Esto no era nada parecido a aquel día que ni siquiera ella podría haber predicho. Ni de lejos. Tenía que recordarlo. Lentamente, dejó caer su protección.

Una oleada de emociones de Seriat la golpeó. Remolinos negros de desesperación, confusión, así como un amor infinito por sus hijos. Marie luchó por mantener la concentración. —Seriat, visualiza a tu bebé. Piensa en su rostro. En cuánto le quieres.

—¿Puedes verlo? —preguntó Seriat con voz queda.

Las manos de Seriat temblaban, pero en la mente de Marie se formó la imagen de un precioso niño pequeño con piel amarillo pálido y cabello color sol. Era extraño cómo recibía las imágenes tan rápida y claramente. No creía que tuviera nada que ver con sus habilidades. Tenía que ser este planeta y la gente especial que vivía aquí. El aura del pequeño bebé brillaba intensamente, pero su estómago se hundió cuando se dio cuenta de que había dejado este mundo.

Tenía una horrible sensación en la boca del estómago. No quería decir nada. No todavía.

—Sí. Es muy hermoso, Seriat. Como un pequeño ángel. Ahora, visualiza a tu marido.

La cara sonriente de un hombre se formó en su mente. Alto, desgarbado, en forma y feliz. Tenía la piel de un amarillo más oscuro

que parecía brillar de salud y vitalidad. Su aura púrpura profundo tenía mechones blancos. Sostenía al bebé contra su pecho. Marie tragó para deshacer el nudo en su garganta. Él también había fallecido. Se adentró en el campo de energía de Marie. —Por favor, dile a Seriat que la queremos, pero que no puede rendirse. No debe hacerlo.

—¿Puedes ver a Tellox? ¿Sabes dónde está?

Había momentos en que odiaba sus habilidades. Momentos en que anhelaba ser dichosamente ignorante. Su vida habría sido mucho más fácil si no hubiera sabido nada en absoluto. Si hubiera sido como todos los demás en el planeta, preocupada por sus vidas, sus carreras y sus familias. A menudo se preguntaba por qué tenía estas habilidades. Por qué había elegido desarrollarlas.

En una etapa, las había cultivado cuidadosamente. Si pudiera retroceder en el tiempo, se habría impedido desarrollar nada en absoluto. Habría sido feliz. Satisfecha.

Sintió el roce de plumas fantasmales en su mejilla. *Hija mía, no lo habrías hecho, y lo sabes. Díselo. Necesita saberlo. Es más fuerte de lo que piensas.*

Marie apretó los dientes, odiando lo que tenía que decir, pero sabiendo que era inevitable. —Lo siento mucho, Seriat. Ellos… han fallecido. —Marie intentó ser lo más suave posible, pero realmente, ¿cuánta suavidad podías tener cuando le decías a alguien que sus seres queridos habían fallecido?

Seriat se derrumbó. —¿Por qué tuvieron que morir?

La tensión emanaba desde la entrada. No realmente desde la entrada. Venía claramente de Alastor. Desprendiéndose de él en oleadas tan fuertes que le resultaba difícil mantener la mente clara. Cruzó los brazos delante de sí mismo más apretado que una pinza.

—Para el Espíritu, la muerte de un cuerpo significa que el alma regresa a su verdadero hogar. Se reúnen con sus amigos, familia, sus guías que los han ayudado a lo largo de la vida. Se alegran, igual que nosotros nos alegramos cuando un bebé nace en este plano de existencia. —Sabía que nunca aliviaría el dolor y el sufrimiento de la muerte, pero también sabía que el alma no moría

con la liberación de su cuerpo. Simplemente se trasladaba a otra dimensión.

—No es justo. Quiero a mi marido. A mi bebé. Quiero mi vida con ellos. —Seriat sollozó con más fuerza.

Marie ofreció el único consuelo que podía. —No entiendo por qué necesitamos sufrir el trauma del duelo y la muerte en esta vida. O por qué tiene que pasar. Solo puedo decirte que Tellox está cuidando de Johan. Conocen tu dolor, pero tienes que entender que tu marido y tu bebé no están muertos. No realmente. Todavía existen. Simplemente no podemos verlos con estos ojos.

Tellox abrazó a Seriat. Si solo la gente pudiera ver en las dimensiones, tendrían algún consuelo. —¿Sientes ese calor, Seriat? Ese es tu marido abrazándote. Me dice que te cuidará desde el otro lado. Nunca estará muy lejos.

Seriat agarró los brazos de Marie. —Los quiero de vuelta. No quiero que se hayan ido.

—Lo sé. —¿Cuántas veces le habían dicho esas palabras? Cientos de personas por todo el país, y ahora parecía que por las galaxias. No podía decir que el aguijón de la muerte desapareciera alguna vez, pero sí sabía que con el tiempo, la gente aprendía a sobrellevarlo mejor.

—Este dolor disminuirá. Te lo prometo. Puede que lleve tiempo, pero si puedes perdonarlos, ayudará a que todos sigan adelante.

—¿Qué quieres decir con perdonarlos? ¿Perdonar a quién y por qué? —La mirada oscura de Alastor se clavó en la suya. La tensión seguía emanando de él. Su cuerpo vibraba con ella.

Marie volvió la mirada hacia Alastor. Su expresión severa ardía, los planos de su rostro duros.

—Es aceptable sentir ira cuando alguien muere. Te han dejado para que sobrevivas como puedas. Su espíritu ha seguido adelante y no conoce más dolor físico, pero sí siente dolor emocional. Te han dejado sin *ellos*, pero también ellos han quedado sin *ti*. —Lo había visto una y otra vez. La gente venía a una lectura, no solo para confirmación, sino también para aliviar la culpa por estar enfadados.

El músculo se tensó en la mandíbula de Alastor. Su rostro adquirió un tono dorado más profundo. —El hecho es que se fueron.

Murieron. Nunca pueden volver.

Le dolía *tanto*. Ella quería quitarle todo ese dolor, pero él era el único que podía hacerlo por sí mismo. Le ofreció lo único que podía. Su comprensión. —Ese es el camino de la existencia en esta dimensión.

—¿Cuál es el sentido de sufrir la muerte?

—Hay una razón por la que hemos elegido esta vida, y hay una razón por la que elegimos retirarnos de ella.

—¡Eso es mentira! Nadie elige nacer. Y la gente ciertamente no elige morir —explotó Alastor.

—Y por eso necesitas perdonar, o pasarás el resto de tu vida dejando que te consuma por dentro. Deja que tu ira sea sobre la muerte, no sobre la persona que murió —dijo Marie.

La tensión emanaba de él como un maremoto y ella vaciló bajo el embate, aferrando las manos de Seriat.

—¿Y mi hija? ¿Qué hay de Deseree?

La imagen de la niña de unos seis años se formó en su mente. Estaba rodeada por un aura magenta brillante. Zarcillos se tejían desde el aura y alcanzaban a Seriat. El corazón de Marie se aceleró. —Está viva.

El agarre de Seriat era casi doloroso, pero a Marie no le importaba. —¿Dónde está?

—Déjame ver. —Siguió un impulso abrumador de rastrear los zarcillos que se tejían como cintas fluyentes sobre la arena, asombrada de lo fuerte que era su visión. Cuán clara. Cuán enfocada. Rápida como un rayo, pasó una pirámide reluciente que tenía una muesca en un lado, y sobre una duna de arena para detenerse justo delante de una niña dolorosamente delgada.

La suciedad cubría sus miembros demacrados. Estaba a gatas, cavando en la arena y sacando algún tipo de vegetal del suelo. Trabajaba mecánicamente, sus movimientos rígidos y lentos. Sus ojos estaban vacíos, como los de Seriat cuando la encontraron. La pobre niña estaba esclavizada mentalmente, y si no la rescataban, pronto estaría muerta como el resto de la familia de Seriat.

—Está en un pequeño pueblo al otro lado de las arenas, pasando una pirámide con un gran surco en uno de sus lados.

—¡Ese es mi pueblo! Enar, uno de los chicos adolescentes, destrozó los lados de la pirámide cuando jugaba un día. Es la única con ese daño. Iba a ser reparada antes de… antes de que ellos vinieran —dijo Seriat.

Marie inhaló, preparándose y agarró la mano de Marie. —Seriat, Deseree está… ella está… —¿Cómo podía decirle a Seriat que su hija solo se aferraba a la vida por un hilo?

—Está como yo…

Marie asintió. —Está muy enferma, Seriat.

—Tengo que ir con ella. Por favor. No puedo perderla a ella también. —Seriat agarró la mano de Marie como un salvavidas, con dedos aferrados y desesperados.

Marie miró a Alastor, forzándose a superar las oleadas de ira tan ásperas que eran casi físicas. No era unilateral. La rabia brotaba desde lo más profundo de su corazón también. Rabia hacia los Reptiles. Rabia por lo que habían hecho. Rabia por lo que aún intentaban hacer. No podía soportar quedarse quieta y dejar que un niño pereciera. —Tenemos que encontrarla, Alastor. Tenemos que ayudarla.

—Están esclavizados mentalmente. Son peligrosos. No te dejaré acercarte a ellos. —La expresión de Alastor permaneció inmóvil como una montaña, pero por dentro, sus emociones se agitaban tanto como las de ella.

—Puedo ayudarlos, Alastor. Ayudé a Seriat, y puedo ayudar a su hija también.

Podría hacerlo de la misma manera y ayudar a la niña a salir de la niebla negra que había atrapado a Seriat. Tenía perfecto sentido. Y si podía hacer eso por una mujer y una niña, era lógico que pudiera hacerlo por más. Podría liberar a todos en el planeta.

El músculo comenzó a palpitar en su mandíbula mientras trabajaba para aplastar emociones que eran demasiado fuertes para ser negadas. Emociones encerradas así eran veneno. Veneno para la mente y para el alma.

—No puedes. —*No te arriesgaré a ti también*. Sintió las palabras que dejó sin decir. Un roce en su mente que la atravesó igual que

sus emociones. No se detuvo a preguntarse por qué era tan receptiva a él, solo sabía que no había tiempo para discutir.

Se levantó del catre, caminó hacia él tan cerca que su calor corporal la envolvió, miró a los ojos insondables, y dijo lo único que sabía que él quería más que cualquier otra cosa. Esto era demasiado importante para no intentar algo. Seguramente tendría que verlo. Entenderlo.

—Sé cómo salvarlos, Alastor. Sé cómo salvarlos a todos.



Capítulo Once

¿Era consciente del peligro? ¿Del riesgo? Con una sola mirada a su rostro desesperado, él comprendió que no. Al menos no en toda su magnitud.

Había visto esa mirada muchas veces. Tantos rostros. Tantos reclutas. Hombres y mujeres que nunca regresaron. Tan ansiosos y decididos a acabar con el reinado de los Reptiles, impulsados por la rabia ante la injusticia, y convencidos de que realmente podían hacer algo al respecto.

Pero ella lo había logrado, ¿no es cierto? A Alastor no le gustaba esa vocecita en el fondo de su mente. La que hablaba de esperanza. La esperanza era frágil. Y peligrosa. La había visto demasiadas veces en rostros que nunca regresaron. Rostros cuya supervivencia era su responsabilidad.

Le agarró los brazos, cerrando los dedos alrededor de sus delicados huesos. Ella podría ayudar, pero era tan frágil. Podría convertirse en una esclava mental antes de poder asistir a nadie más. No permitiría que eso ocurriera. No podía dejar que sucediera. —Es demasiado peligroso que lo intentes. No aquí. No ahora.

Sus labios se tensaron mientras los apretaba. Parecía perdida. Derrotada. —Escucha, sé que no crees que pueda hacer esto... A

veces ni yo misma lo creo —suspiró, con un sonido profundo y cansado que él odiaba escuchar de ella.

Él frunció el ceño mientras la miraba. —Por supuesto que creo en ti. —¿Cómo no iba a hacerlo? Había logrado lo imposible al traer de vuelta a Seriat.

Sus labios se curvaron hacia abajo. —Si me creyeras, al menos me escucharías.

—*Sí* creo en tus habilidades, Marie. —Demasiado, pero ella era ingenua si pensaba que podía enfrentarse a los Reptiles. Él sabía de lo que eran capaces. Lo que hacían. De ninguna manera le permitiría ponerse en ese tipo de peligro.

Ella levantó la mirada hacia él, sus ojos recorriendo su rostro, buscando algo que Alastor no sabía si encontraría. Estaba aquí para protegerla, incluso si era de ella misma.

—Pero te quedarás aquí hasta que yo regrese. Averiguaré qué significa el pico de energía en la pirámide y luego volveremos al Starlight donde podrás decirle al Comandante Striker lo que debe hacerse.

Sus delicadas cejas se juntaron. Aparecieron líneas en su frente que él inmediatamente quiso alisar. Quería atraerla hacia sus brazos, apretarla contra su cuerpo, sentir su piel sedosa sobre la suya, pero no tenía derecho a hacer ninguna de esas cosas. En su lugar, apretó los puños contra sus muslos y permaneció inamovible. Ella era demasiada tentación y él no iba a dejarse disuadir. Debía una deuda de alma a sus soldados. A Keira. Era su momento de pagar.

—Mejor aún, enviaré la lanzadera de vuelta al Starlight en piloto automático con vosotros dos dentro, y continuaré con la misión. Tú y Seriat estaréis a salvo.

Ahora sus ojos se entrecerraron. Casi podía ver sus pensamientos catalogándose dentro de su cabeza. —¿Qué es lo que no me estás contando, Alastor?

Era demasiado perceptiva. No podía saber lo que él planeaba hacer. —Rescatar a una mujer es enormemente diferente a salvar un planeta entero. Estarás segura de vuelta en el Starlight.

Su corazón se alivió cuando se la imaginó segura a bordo de la nave. No perdería una sola alma más por los Reptiles. Especialmente

no a Marie. Era demasiado pura. Demasiado buena. No soportaba la idea de que hubiera sido secuestrada. Alguien como ella sólo debería conocer cosas buenas, y si se quedaba con él mucho más tiempo, conocería el lado oscuro de su alma. Descubriría la verdad de quién era él realmente.

Ella enrolló sus delgados dedos alrededor de su antebrazo, el calor de su piel quemándole a través del traje protector que llevaba. Sus músculos se estremecieron con la necesidad física de tocarla. Logró contenerse de alcanzarla justo a tiempo. —¿No lo entiendes, Alastor? No estaré a salvo hasta que no queden más Reptiles. Hay algo diferente en este planeta. La energía... está tan cerca de la superficie. Puedo sentirla justo al borde de mis dedos, rodeándome. Es muy fuerte. No creo que tengamos mucho tiempo. Y creo que necesitamos toda la ayuda posible.

Cruzó los brazos sobre su pecho, fijándolos allí. Su mano se apartó y él inmediatamente quiso tenerla de vuelta, su piel sobre la suya. —Hay guerreros a bordo del Starlight. Ellos lucharán.

—¿Hay *suficientes* hombres para luchar, Alastor? Estamos perdidos en el espacio sin refuerzos. Es una sola nave estelar contra un planeta entero. ¿Cuánta más gente tiene que morir cuando hay una manera de cambiar las cosas? Podríamos tener un planeta entero de nuestro lado.

El aliento pareció salir de sus pulmones sin que pudiera volver a inspirarlo. *¿Cuántos más tenían que morir?* La pregunta le revolvió el estómago y golpeó dentro de su cráneo, chocando contra los lados, raspando su cerebro con bordes ásperos. ¿Sabía ella cuántos había conducido a la muerte? —Eres demasiado importante para arriesgarte.

Ella negó con la cabeza, su cabello liso escapando del apretado moño que se había hecho en la parte posterior de la cabeza. Esos gloriosos mechones deberían poder colgar libres. —No soy importante.

Su mano se alzó por voluntad propia y apartó suavemente un mechón de cabello de su rostro. —*Sí* eres importante.

Se obligó a devolver el puño a su costado para que no se quedara allí sintiendo su suave piel. Para que no se curvara detrás de su

nuca. Para no atraerla hacia él y poder besarla de nuevo.

En cambio, los ojos de ella se encendieron. —No soy más importante que tus compañeros soldados. No más importante que las otras mujeres capturadas por los Reptiles. No más importante que los esclavos mentales en este planeta y no más importante que la hija de Seriat. Pero he sacado a Seriat de su mente y he sentido a la niña. Si puedo sacar también a su hija, entonces sé que podré hacer lo mismo con los demás en este planeta. No puedes dejar pasar esta oportunidad, Alastor. —Tragó saliva con dificultad—. *Yo* no dejaré pasar esta oportunidad. Si no vienes conmigo, entonces... entonces iré yo sola.

Contuvo el gruñido que estuvo a punto de escapar de su boca, atrapándolo justo a tiempo. —*No* irás sola.

—Puedo y lo haré. No me detendrás. No cuando hay una posibilidad. Lo has visto con Lauren y lo has visto con Vivien. ¿Cuándo puedes decir que has tenido la oportunidad de acabar con esto, Alastor? ¿De verdad acabar con esto?

Él *podría* detenerla. Podría envolverla y atarla al asiento de la cabina y enviar la lanzadera de vuelta al Starlight, pero ella puso la mano sobre su brazo otra vez, y el calor de ese contacto hizo que simplemente parpadeara en lugar de actuar.

El músculo de su sien saltó casi dolorosamente. Su mandíbula le jodidamente *dolía* por la fuerza que estaba ejerciendo sobre ella. Tenía razón y también sabía lo desesperado que estaba por detener a los Reptiles.

Significaría alejarla de la seguridad de la lanzadera, pero ella cuadró los hombros y levantó desafiante su barbilla. —Déjame intentar salvar a la hija de Seriat. Si puedo hacer eso, entonces lo sabré con certeza. Es todo lo que pido. Un intento. Una oportunidad.

Y eso era todo, ¿no? Si había una posibilidad de salvar a miles de millones, tenía que aprovecharla, ¿verdad? Su vida ya estaba perdida. La entregaría gustosamente si hubiera una oportunidad. Era una oportunidad más de las que habían tenido ayer. Se encontró cediendo y odiándose por ello, pero no había otra alternativa. El tiempo era su enemigo tanto como los Reptiles, y esta entidad a la que estaban ayudando a entrar en su universo.

Iba en contra de su mejor juicio y se odiaba por ceder, odiaba la situación aún más porque no había elección. —Una sola oportunidad, Marie, y si no funciona, accederás a volver a la lanzadera y regresar al Starlight. —Él completaría su misión, tanto la oficial como la personal.

—¿Y qué hay de ti, Alastor? ¿Volverás conmigo?

Miró por encima del hombro de ella a la figura acurrucada en el catre para no caer en su mirada y revelarlo todo. —Hay mucha información sobre esta misión que no es relevante que conozcas. Prepararé nuestros suministros. Partimos en una hora.

Le dio la espalda y comenzó a descargar varias cosas que necesitarían, antes de que pudiera flaquear y contarle todo. Porque la tentación de ceder y contarle sus secretos más oscuros era un impulso demasiado difícil de rechazar.

No podía negar su atracción física por ella, pero podía rechazar su inoportuna atracción emocional. Simplemente la ignoraría porque de ninguna manera la sometería al tormento emocional de saber que él no tenía intención de regresar jamás al Starlight.

Tenía más que suficientes razones para morir. Simplemente no necesitaba una razón para vivir.



Capítulo Doce

Marie le dio comida a Seriat y un traje de supervivencia antes de abandonar la lanzadera por segunda vez. Esta ocasión era diferente. Esta vez Marie sabía lo que tenía que hacer.

Sentía la atracción del planeta tirando de todos sus sentidos, tanto física como mentalmente. Sabía que había algo más aquí que arena, palmeras y pirámides intrigantes. El aire prácticamente vibraba a su alrededor. Su cuerpo físico, así como sus cuerpos cognitivo y etérico, zumbaban en total sincronía. Nunca había sentido la energía pulsando a su alrededor con tanta fuerza. Jamás.

Si pudiera contactar con Pluma Negra, le preguntaría, pero no había sentido su presencia desde que llevó a Lyria hasta Alastor. Quizá el planeta también le afectaba a él. Todo era diferente aquí, incluyendo la solidez del espacio intermedio. Normalmente, era solo un lugar mental donde podía reunirse con espíritus y comunicarse con ellos. Pero cuando rescató a Seriat, había sido más que real. Lo había sentido en el suelo bajo sus pies, en el aire que respiraba y en el mordisco de la niebla gélida que la rodeaba. Tan real como este planeta y el hombre que caminaba delante de ellas.

Se movía con una gracia letal y sobrenatural, acechando delante de ellas, con todos sus sentidos sintonizados con cada movimiento y

sonido. Sus anchos hombros estiraban la tela hasta el límite que el material permitía. Su amplia espalda parecía capaz de cargar con el peso del mundo, algo que ella sabía que hacía mentalmente. Era puro músculo letal.

Horas y horas de agresión concentradas en entrenamiento y actividad física. Impulsado por una ira que lo había dirigido y esculpido, construyéndose y agitándose lentamente hasta convertirse en algo vivo y retorcido que dictaba toda su vida.

Odiaba pensar en lo que le había ocurrido. Qué había causado esas emociones tan oscuras. Nadie merecía eso. Nadie. Pero ella lo entendía, más de lo que él podría imaginar. Guardar secretos causaba más daño que bien.

Especialmente ahora, cuando sus entrañas se revolvían cada vez más con cada paso. Deseaba no tener tiempo para pensar. Deseaba que Pluma Negra estuviera aquí, invadiendo su mente. El tiempo y solo ella misma en su cabeza no era una buena combinación.

Casi podía oír las voces del día que cambió su vida para siempre. Los gritos. El pop inocuo de un arma. Nunca antes había oído disparar un arma. No sonaba en nada como en las películas.

La duda se revolvía como un aguardiente barato en su mente. Los "y si" se agolpaban en sus pensamientos como escombros en un huracán. ¿Y si solo fuera su imaginación? ¿Y si lo que creía haber visto estaba equivocado? ¿Y si Deseree estaba muerta, y simplemente había visto un eco de sucesos pasados?

¿Y si? ¿Y si? ¿Y si?

—No es el único de nosotros lleno de dolor.

—¿Eh? —Le costó esfuerzo volver a ser consciente de su entorno.

—Incluso siendo gente que no es de este mundo, puedo ver que sufre —dijo Seriat, dirigiendo su mirada hacia Alastor, que avanzaba delante de ellas.

—Ha sufrido... mucho. —Era un barril de pólvora a punto de explotar—. Le ha ocurrido algo extremadamente malo, pero no sé qué es.

Marie a veces captaba destellos de conocimiento de las personas. Mayormente no deseados, pero cuando ocurría, enviaba un mensaje sanador para ayudar. Con Alastor, era una herida abierta de origen

desconocido. Haría falta mucho más que un mensaje sanador para curar ese daño.

—Nunca he conocido a alguien que se aferre tanto a su dolor como él —dijo Marie.

—Creo que siente tanto por dentro que no puede mostrar nada por fuera —dijo Seriat.

Casi podría pensar que Alastor *no tenía* emociones, pero ahora se daba cuenta de que era muy bueno manteniéndolas a raya. Había engañado a la gente haciéndoles creer que no era más que una cáscara vacía. —Creo que tienes razón. Ignorar los sentimientos nunca los hace desaparecer. Se acumulan y acumulan, hasta que finalmente... —Finalmente, podrían destruirlo.

—Somos gobernados por nuestras emociones. No puedes esconderte si estás lisiado por dentro —dijo Seriat.

—Y él simplemente va cojeando —dijo Marie.

Su corazón se encogió casi dolorosamente. Él *estaba* lisiado por dentro. Podía sentirlo ahora. Negro. Retorcido. Insoportable. Se frotó el pecho para aliviar la punzada, como si su dolor fuera propio.

Alastor la miró por encima del hombro, con un ceño frunciendo la suave pendiente de su frente. —¿Estás bien, Marie?

Ella parpadeó mirándole, mientras el dolor abandonaba su pecho. —Yo... estoy bien.

Su mirada la taladró, leyéndola. Evaluándola con precisión militar. —El pueblo de Seriat está a otra hora de camino. ¿Crees que podrás llegar?

Ella enderezó los hombros y levantó la barbilla. Por el hijo de Seriat. Por el bien de un planeta entero, sí, podría. —Por supuesto que puedo. Por favor, guía el camino.

Su mirada se deslizó hacia Seriat. La pobre mujer parecía a punto de desplomarse. Marie estaba segura de que solo el pensamiento de salvar a su hija la mantenía en pie. —Yo también puedo caminar. Lo que sea por salvar a mi hija. Debes saber cómo se siente eso.

Un músculo saltó en su sien y una sombra parpadeó tras sus ojos. —Descansaremos. Hidrataos, y luego continuaremos.

Alastor se aseguró de que descansaran y bebieran antes de volver a su caminata. Caminaron en silencio, Marie atrapada en sus

pensamientos —principalmente sobre Alastor, y lo que Seriat había dicho sobre él.

—¿Pluma Negra? —Mentalmente se extendió hacia él, manteniendo su mente intuitiva abierta en caso de que viniera a ella. Nada.

No debería ser así en un planeta con tanta energía conectiva. Cuanto más tiempo pasaba, más segura estaba de que algo simplemente no iba bien. —Seriat, ¿puedo preguntarte algo sobre este planeta?

Seriat inclinó la cabeza, su pelo amarillo cayendo sobre su rostro en un gesto que Marie interpretó como afirmativo. —Por supuesto.

—La energía aquí. Es tan diferente. —¿Cómo podía describir la sensación de energía, cuando no estaba segura de si Seriat sabía que todo estaba hecho de energía?

—Nuestras tierras y las personas que las habitan son simbióticas. Nosotros cuidamos la tierra, y ella a su vez nos cuida a nosotros —dijo Seriat.

Lo mismo podría decirse de las culturas antiguas de la Tierra. Los indios americanos y los aborígenes australianos eran dos culturas que ella conocía que entendían la energía antigua de la tierra. Hacían todo lo que podían para mantener la integridad de la tierra sin transformarla en otra cosa. Aparte de las pirámides, Marie no había visto ninguna otra estructura. —Puedo verlo. Pero a lo que me refiero es que... siento... más.

Era una descripción muy pobre, pero no podía empezar a describirlo. Ya era bastante difícil intentar decirle a la gente cómo se conectaba con el reino espiritual, especialmente cuando todos podían hacerlo por sí mismos. Era simplemente cuestión de entender qué buscar.

—¿No es igual de donde vienes? —Seriat frunció el ceño.

—La Tierra. De donde vengo es la Tierra. Y no. No, no es igual.

—¿Cómo comprende tu gente la energía natural de vuestro planeta? —preguntó Seriat.

Esa era una pregunta con trampa. La mayoría de la gente ni siquiera creía en el cambio climático, y mucho menos en conectar

con la energía que daba vida a todo en el planeta. —Vendrían a hablar con personas que pueden sentirla.

Aunque, cualquiera podría conectar con la energía si se concentraba y se esforzaba lo suficiente.

—¿Gente como tú?

—Sí. Gente como yo. —A la gente como ella también la criticaban por eso. La acusaban de ser una charlatana. De estafar a la gente por su dinero. De aprovecharse de personas vulnerables en su dolor.

—Aquí tenemos personas que pueden sentir la energía con más fuerza que otras. Todos sabemos que nos rodea y nos conecta. Es una forma de vida para nosotros —dijo Seriat.

—Lo entiendes, Seriat. Realmente lo entiendes.

En cualquier otro momento, estar aquí sería un verdadero regalo. No se podía decir lo que Marie podría ser capaz de hacer si estuviera aquí en otras circunstancias que no fueran estas. Hasta qué punto podría abrirse más a sí misma. Su boca prácticamente salivaba con la tentación de sentarse en la arena y comenzar a meditar. Pero no era seguro hacer eso aquí. De hecho, sería peligroso con los Reptiles.

—Seriat, ¿cómo esclavizaron mentalmente los Reptiles a todo el mundo? ¿Cómo ocurrió?

—Sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Un momento estaba cuidando a Johan y viendo a Deseree tomar su desayuno, y luego hubo un gran estruendo en el cielo. Fue tan fuerte que hizo temblar todo en nuestra casa, incluyendo las paredes. Agarré a mis hijos y me agaché en un marco de puerta. Oí a Tellox gritando por nosotros, y entonces...

Marie sostuvo la temblorosa mano de Seriat. —Es demasiado duro. No tienes que contármelo.

—Lo haré. Si hay algo que necesitas saber que pueda ayudar, entonces te lo diré. —Seriat se recompuso y tomó una profunda bocanada de aire—. Una nube negra descendió en mi mente. Al principio, pensé que me estaba desmayando. La oscuridad entró en mi visión, y luego todo se volvió negro. Era como si estuviera atrapada en una telaraña pegajosa de la que no podía liberarme. Después, lo siguiente que supe fue que hacía un frío helador y había

niebla negra a mi alrededor. Luché y luché, pero no podía liberarme. Estaba en una prisión donde no había puertas ni ventanas, ni arriba ni abajo. Llamé a mi familia. Llamé a cualquiera, pero no había nada... hasta que llegaste tú.

Los ojos de Seriat brillaron y las lágrimas corrieron por su rostro. Marie la abrazó, el ligero cuerpo de la mujer temblando entre sus brazos. —Oh, Seriat. Eso es horrible.

Abrió su mente, tratando de sentir el fino cordón que unía a madre e hija. Un delgado hilo plateado que se extendía desde el aura de Seriat hasta la niña desaparecía sobre las dunas. Era extremadamente débil. Casi sin vida. No les quedaba mucho tiempo antes de que Deseree dejara de existir en este plano.

Entonces un destello rosa bordeó la visión de Marie —translúcido al principio, pero luego ganando en brillo— finos zarcillos de rosa que la conectaban con Alastor. Parpadeó, pensando —esperando— que estaba viendo cosas. Estaba cansada. Abierta a alucinaciones en el interminable mar de arena, pero no, seguían allí.

Los cordones conectivos rosas significaban solo una cosa. Se estremeció, el horror la atravesó. Este era el momento equivocado. El lugar equivocado. El hombre equivocado.

¿Pero lo era? Una pequeña voz impertinente surgió en el fondo de su mente. Ordenó sus emociones desordenadas, pero se le escapaban entre los dedos antes de que pudiera analizar nada. Sin embargo, si el cordón rosa debía ser creído... Tragó saliva. Con dificultad.

Esta era una conexión profunda. Una conexión del alma. Nunca había tenido esto con nadie excepto con Pluma Negra, por supuesto, pero él era diferente. Su guía espiritual. No un hombre, en lo físico, con el poder de hacer que actuara según sus impulsos en lugar de contenerse. Alguien que realmente entendería lo que ella hacía. Quién era ella. Y, sin embargo, estaban conectados. —Maldito seas, Pluma Negra. Con razón te mantienes alejado. Esto es un desastre a punto de ocurrir —murmuró en voz baja.

Apenas había registrado que habían subido una duna de arena cuando una figura oscura saltó frente a Alastor. Apenas lo vio alcanzar su arma, cuando un destello apagado de luz la cegó. Su

pistola de pulsos había disparado apenas sin sonido y con un simple parpadeo de luz.

El cuerpo del Reptil cayó antes de que Alastor girara y la clavara con ojos oscuros y salvajes. —Reptiles. Volved a la lanzadera. Poneos a salvo. Son demasiados y me han visto. Los contendré mientras corréis. ¡Id. Ahora!



Capítulo Trece

Alastor desapareció por la cima de la duna, dejando a Marie jadeando en respiraciones cortas y agudas, luchando por comprender lo que acababa de suceder. Una mano en su muñeca la hizo caer de rodillas en la arena.

Seriat la miró con ojos abiertos y aterrorizados. —Están aquí —su voz era débil y tan temblorosa como los nervios de Marie.

Los sonidos de carne golpeando carne resonaron por encima de la duna. —¡Alastor!

Marie subió a gatas hasta la cima de la duna, con el corazón palpitando y la mente dando vueltas. Asomó por encima del montículo. Alastor luchaba contra tres Reptiles enormes. Se abalanzaban sobre él con armas que ella no reconocía, gruñendo, con baba volando de sus fauces abiertas llenas de dientes serrados. Sus entrañas se helaron. Se quedó paralizada, atrapada en la trampa de su mente.

Los Reptiles la habían agarrado mientras caminaba hacia su coche. Oscuridad. Luego el caos del despertar. Destellos de luz y entrañas de Reptiles abiertas, sangre oscura y nauseabunda derramándose por el suelo.

Un Reptil atacó, sus garras rasgaron el brazo de Alastor, dejando la piel desgarrada y el material empapado de sangre. Alastor ni siquiera se inmutó. Contraatacó con una patada circular y derribó al Reptil hacia un lado. La criatura apenas se tambaleó y rápidamente recuperó el equilibrio. Alastor peleaba con fiereza, pero había tres Reptiles contra uno. No tenía ninguna posibilidad. Luchaba contra ellos para salvar a Marie. ¡Estaba sacrificando su vida por ella!

Había personas alrededor, inmóviles. Vivas, pero muertas por dentro. Juntos podrían tener alguna posibilidad, pero estaban atrapados en la prisión de sus mentes. Ahogó un sollozo, mientras la impotencia la inundaba.

Seriat agarró el brazo de Marie, con la mano temblorosa. —Este es mi pueblo. Mi gente —su mano se tensó en el brazo de Marie, sus uñas clavándose en su piel—. Tienes que hacer por ellos lo que hiciste por mí. Libéralos.

—¿Qu... qué? —Lo único en lo que podía concentrarse era en Alastor, en los siseos y en los sonidos de carne golpeando carne.

—Ellos ayudarán. Libéralos, Marie. ¡Rápido!

—Yo... —No había tiempo suficiente. Había tantos. Había tardado un minuto en liberar a Seriat, pero ¿cuánto necesitaría para rescatar a todas las personas que había allí abajo?

—Si no lo haces ahora, está muerto —siseó Seriat.

Sus entrañas se helaron, duras y pesadas. Él moriría si no lo intentaba. Podría tener una oportunidad si lo hacía. *Dios, oh Dios, oh Dios*.

Todo su cuerpo temblaba, cerró los ojos y apoyó la frente contra la arena caliente. Podía hacer esto. *Tenía* que hacerlo.

Forzó su mente a alejarse del sonido que le oprimía las entrañas, del calor del sol y de la desesperación en su cabeza. Se lanzó a la oscuridad de su mente con más fuerza y rapidez de lo que jamás había hecho en su vida.

Hilos plateados la rodeaban, pero estaban apagados, moviéndose perezosamente como si no tuvieran energía para hacer mucho más. ¡Los hilos de vida! Agarró uno de los hilos y tiró de él con todas sus fuerzas.

Un muro de niebla negra y mordiente apareció de la nada justo frente a ella. El cordón desaparecía en sus profundidades. Arrancó el cordón y gritó: —¿Puedes oírme?

—¡Sí! ¿Quién está ahí? No puedo salir.

—Alcánzame —metió la mano en la niebla, ignorando el latigazo de hielo frígido que le apuñalaba la piel. Tocó ropa con la punta de los dedos, cerró el puño alrededor y no hizo caso del sonido de sorpresa.

—Voy a sacarte. ¡Ven conmigo!

Apoyó los pies y tiró con todas sus fuerzas. El cuerpo se movió, pero quien fuera que estuviese allí, luchaba por avanzar. Sin pensarlo dos veces, alcanzó con ambas manos, agarró la tela y tiró con todas sus fuerzas.

Un hombre se liberó de la niebla y ambos cayeron al suelo en un enredo de extremidades. Su piel ardía de frío. Intentó ignorar lo mejor que pudo la sensación de un millón de pequeñas esquirlas desgarrándola.

—¿Quién eres? —el hombre parpadeó, ligeramente aturdido.

—No tengo tiempo para explicar mucho. Has sido esclavizado mentalmente por los Reptiles. Estamos aquí para salvarte, pero mi amigo está luchando contra ellos. Necesitamos tu ayuda.

Marie esperaba que sus palabras inconexas tuvieran algún sentido, pero por la forma en que la boca del hombre se tensó y sus ojos se endurecieron, supo que había dado en el blanco. —Sé lo que ocurrió. Ayudaré.

Empujó el hilo plateado en sus manos. —Esto te ayudará a volver a tu cuerpo.

El hombre ofreció su mano, pero ella dudó. —No será agradable... volver a tu cuerpo —tragó saliva—. Te han maltratado. Prepárate.

Para alivio de Marie, el hombre enderezó los hombros y asintió una vez. —Es mejor que estar atrapado aquí. Donde sea que esté.

—El lugar entre lugares, pero ningún sitio donde tengas que estar de nuevo —Marie le entregó el cordón—. Ahora, cuando regreses, tendrás que estar listo para luchar. Mi amigo... tienes que ayudarle lo mejor que puedas.

—Me has salvado. Haré todo lo que pueda —parecía decidido. Eso era bueno. Con suerte, su determinación sería mayor que su frágil cuerpo. La esperanza era todo lo que tenía en ese momento.

—Entonces cierra los ojos y concéntrate. Siente tus extremidades. La pesadez de tu cuerpo. Siéntelo y deja que te lleve.

El hombre se desvaneció ante sus ojos. No tuvo tiempo ni siquiera para expresar la esperanza de que estuviera bien. Tenía que creer que podría manejar el impacto. Lo vería después de la batalla. Cuando estuviera segura de que Alastor estaba a salvo.

Marie se lanzó hacia otro cordón plateado, tirando de él hasta que otro muro de niebla negra apareció ante ella. Apretó los dientes, jadeando a través de la agonía de la niebla para encontrar a la persona atrapada en su interior. Un hombre de mediana edad cayó de las densas y turbias nubes, confundido.

Tan rápido como pudo, Marie le explicó lo que le había sucedido y lo que necesitaba hacer. Conmocionado, logró asentir con la cabeza y Marie le ayudó a desvanecerse de vuelta a su cuerpo.

Su corazón tartamudeó, sabiendo que podría no tener familia a la que regresar, pero no había tiempo que perder. Tiró de otro cordón, gritó a través de la agonía de su piel desollada y liberó a una joven mujer. Temblando ahora, Marie le dijo entrecortadamente qué hacer y ella se desvaneció casi de inmediato.

Arrancó cordón tras cordón, habló con persona tras persona, hasta que no hubo nada más que oscuridad bajo sus pies. Todos los cordones plateados habían desaparecido. Cayó de rodillas, su cuerpo palpitando de agonía. Sus manos, muñecas y brazos eran un montón rojo de piel abrasada, quemada por el frío intenso.

No tenía forma de saber cuánto tiempo había estado allí, liberando personas. Podría haber sido un minuto o una hora. Tenía que volver. Volver con Alastor.

Un muro de oscuridad descendió a su alrededor. Jadeó, se tambaleó, pero fue atrapada en un agarre de hierro. Una sensación de desacierto se filtró en ella. Su estómago se tensó y se revolvió. Luchó contra la pegajosa oscuridad, tropezando contra ella, pero se acercó más y más hasta que no pudo moverse ni un centímetro más y siguió presionándola, aplastándola, asfixiándola.

Gritó, el sonido de su voz apagado, fino y desvaneciéndose. Sus huesos crujieron mientras la niebla descendía, aplastaba y compactaba a su alrededor. —¡Alastor! ¡Pluma Negra!

Manchas bailaron en su visión cada vez más débil. Jadeó buscando aire, pero no podía llenar sus pulmones.

No tenía miedo a la muerte, pero ahora los pensamientos de Alastor fluían como agua por su mente. Alastor besándola. Abrazándola. Sus ojos llenos de dolor. Un exterior feroz que albergaba una pasión ardiente mantenida bajo un estricto control. Los zarcillos rosados que los conectaban. Un vínculo de alma, precioso más allá de lo imaginable.

Se perdería eso. Lo abandonaría. Él no era humano. Ni siquiera sabía si podría encontrarlo en la próxima vida. La siguiente vez que gritó fue por la angustia de un tipo diferente.

Una mano áspera en su hombro. Un agarre de hierro. Fue arrastrada hacia atrás, sumergida en fragmentos gélidos de hielo donde apenas podía pensar. Un pecho cálido la presionó contra él. Brazos fuertes a su alrededor, dedos en su pelo y una voz hablándole.

Lo único que pudo hacer fue temblar y esperar a que la punzante agonía de la niebla desapareciera antes de poder pensar. —¿Pluma Negra? ¡Pluma Negra!

Unos brazos firmes la rodearon, reconfortándola, el abrazo de un abuelo. Se aferró a él, llorando, babeando. Apenas podía creer que realmente abrazaba a su amigo, guía y maestro. Tocó sus hombros, brazos, pecho. —¿Cómo... por qué... estás aquí!

—Estoy aquí, pequeña ave —le sonrió, sus ojos marrones conteniendo toda la calidez y amor que siempre había visto en ellos.

Finalmente le sonrió, agarrando sus hombros. Era sólido. Real. —Has venido por mí.

—Siempre estoy aquí para ti. Esa fue mi promesa antes de que nacieras.

—He querido hacer esto durante tanto tiempo —dijo ella.

Solo había una razón por la que él podía ser sólido y ella finalmente podía abrazarlo. Pensó que estaría más feliz de haber pasado finalmente. De que finalmente se le permitiera ir a casa,

pero había una tristeza persistente que no podía dejar ir. Aún así, plegó su cuerpo contra él, absorbiendo su fuerza silenciosa y su seguridad.

Manos firmes la apartaron con reluctancia. Ella miró fijamente las profundidades líquidas y negras de los ojos de Pluma Negra. —Al igual que yo, hija mía —le acarició la mejilla con su gran palma callosa. Una sonrisa jugó en su rostro. El mismo rostro ahora en carne y hueso, y no solo como una impresión en su mente—. Pero no podemos quedarnos aquí.

Respiró hondo. No echaría tanto de menos la vida como la posibilidad que acababa de tocar. —¿Nos vamos?

—Todavía estamos en el intermedio, pero, hija mía, tienes que volver —dijo Pluma Negra.

Sus dedos se tensaron alrededor de sus brazos. —Pero... yo... ya he cruzado el velo.

La cálida mirada de Pluma Negra recorrió su rostro. —Este no es tu momento, Marie. Todavía estamos en el intermedio, pero es peligroso aquí. Siento mucho haber estado ausente, pero la entidad que busca traspasar dimensiones se está haciendo más fuerte. Hemos estado intentando detenerla, pero es poderosa —la expresión de Pluma Negra se volvió seria—. Si traspasa los mundos físicos, significará la destrucción de todo.

La oscuridad pulsaba a su alrededor. Oscuridad que absorbía la luz mientras una ráfaga de aire gélido les golpeaba como una bofetada sólida. La sensación de desacierto palpitaba a su alrededor. Sus dedos se curvaron alrededor de los bíceps de Pluma Negra. —¿Pluma Negra?

La mirada de Pluma Negra se agudizó. —Tienes que irte, pequeña ave. Ahora.

Se aferró a sus brazos. —Por favor, yo... No me dejes.

La mirada de Pluma Negra se suavizó. —Tengo que hacerlo. No es seguro para ti aquí y si la entidad se hace más fuerte, no estarás segura en ninguna parte. Estamos luchando contra ella en esta dimensión. Necesito que sigas luchando contra ella en la tuya.

Una sensación enfermiza creció en la boca de su estómago, creciendo, tambaleándose y agitándose. —Pluma Negra...

Antes de que pudiera preguntarle nada más, fue propulsada hacia atrás y chocó contra su cuerpo. La luz del sol la cegó mientras arrastraba aire seco hacia sus pulmones. No sabía dónde estaba, qué había pasado. El mundo giraba y seguía girando. —¡Pluma Negra!

Unas manos sacudieron sus hombros, agitando todo su cuerpo. —Marie. ¡Marie!

El rostro de Seriat apareció a través de su visión borrosa. El sonido de gritos y los nauseabundos sonidos de batalla llenaron sus oídos.

—¡Alastor! —Se sacudió del agarre de Seriat y trepó por la cresta de la duna para ver una batalla desatada abajo. Las personas que había despertado luchaban contra los Reptiles con manos y pies y cualquier cosa que pudieran encontrar. La sangre se derramaba en extremidades, ropa, suelo. Manchas rojas tiñendo la arena pálida. Cuerpos esparcidos por el suelo. Reptiles. Lugareños.

Sus dedos arañaron granos de arena hasta que finalmente lo vio. Los únicos dos Reptiles que quedaban en pie eran el que Alastor combatía y el otro detrás de él. Él atacó, golpeando la cabeza de un Reptil. La criatura se tambaleó, pero de alguna manera permaneció en pie. Detrás de Alastor, un Reptil derribó a un hombre local y luego giró hacia Alastor desde atrás. La gente le perseguía, pero estaba demasiado adelantado. Demasiado cerca de Alastor.

Alastor no lo vio venir. Marie gritó, su voz débil y fina, y aún así su mirada se fijó en la suya. Señaló detrás de él, pero el Reptil atacó, arrastrando sus garras por la espalda de Alastor antes de que una horda de personas atacara a los dos últimos Reptiles con duros pinchos.

Un grito se desgarró de sus pulmones mientras Alastor se tambaleaba sobre piernas inestables, la espalda arqueada de agonía, el rostro contraído en un rictus de dolor. La sangre brotaba de heridas abiertas manchando su traje de supervivencia marrón con bordes carmesí y verde. ¡El veneno del Reptil!



Capítulo Catorce

Una agonía abrasadora le desgarró la espalda. Se giró para ver cómo uno de los esclavos mentales derribaba al Reptil. Su visión se tambaleó mientras el esclavo mental llevaba a la criatura al suelo, atacándola ferozmente con cualquier cosa que tuviera a mano. Le clavaron una rama en el ojo, y un joven le atravesó el corazón con una estaca. La sangre azul brotó de la herida mortal, y el Reptil quedó tendido en el suelo, muerto.

Puntos negros invadían su visión. *¿Esclavos mentales?* Su propia mente le estaba jugando malas pasadas.

Un grito captó inmediatamente su atención. Marie bajaba tambaleándose por la duna, corriendo directamente hacia él. Ignorando la agonía de su espalda, obligó a sus miembros a moverse hacia ella. Le había dicho que huyera. Era demasiado peligroso. Dio un paso tambaleante. Dos. Y entonces Marie estaba en sus brazos y él la estrechó contra su pecho, con el corazón palpitante.

—Sal de aquí.

Pero sus piernas se negaban a moverse y sus brazos la mantenían apretada contra él. Su sangre era fuego en sus venas y su pecho se contraía y se contraía hasta que apenas podía respirar.

—...ha terminado. Alastor. Todo ha terminado.

¿Terminado? Nunca terminaría. Ella no sabía de qué hablaba. Una nueva agonía lo atravesó. Sus piernas se tambalearon y cayó sobre una rodilla, sin poder sostenerse más. Se obligó a mantener los párpados abiertos. Ella tenía que permanecer a salvo. La dulce y pura Marie. No podía caer presa de los Reptiles otra vez, pero sus labios estaban entumecidos y su lengua era tres veces su tamaño normal. El veneno recorría su sistema, torturando cada célula de su cuerpo desde dentro hacia fuera. Contra su voluntad, se desplomó en el suelo.

—No ha terminado. Huye.

Marie se arrodilló con él. Lo sujetó para evitar que se desplomara por completo.

—¡Ayuda! ¿Puede alguien ayudar?

Pero no había nadie allí para ayudar. El Starlight estaba demasiado lejos y el veneno del Reptil actuaba demasiado rápido. No había ayuda. Marie estaría sola en un planeta ocupado por Reptiles.

Su cuerpo temblaba con el esfuerzo de mantenerse consciente. Quería morir, por los siete infiernos que quería morir y expiar todos sus errores, pero Marie seguía allí y el veneno ardía a través de su sistema, matándolo lentamente. Ella no había huido. Tenía que protegerla.

—Coge lanzadera. Ayuda.

—Los saqué a todos. Ha terminado, Alastor. Te han ayudado —dijo Marie.

¿Ellos? ¿Quiénes? Miró a su alrededor con la visión oscurecida. Figuras harapientas se movían alrededor de las formas inmóviles de los Reptiles muertos. Se oyó un leve grito y una persona corrió hacia otra, abrazándola con fuerza.

Ya no estaban esclavizados mentalmente. Luchó contra el borde de oscuridad que lo hundía.

—¿Cómo...? ¿Por qué?

—Los hice volver, como hice con Seriat. Para ayudarte —dijo Marie, con lágrimas corriendo por sus mejillas. Sus hermosos ojos. Eso era lo último que quería ver. Pero no llorando. Riendo. Quería ver alegría en ellos.

Luchó contra el letargo de sus miembros y colocó la palma de su mano en su rostro.

—Milagro.

Ella cogió su otra mano, manteniéndolas en su hermoso rostro. En lugar del alivio que pensó que sentiría en sus últimos momentos, lo único que podía pensar era que quería más de ellos. Con ella. Qué estúpido había sido al negarse a sí mismo. Intentó hablar. Decírselo, pero sus labios estaban demasiado entumecidos. Su lengua demasiado grande incluso para respirar adecuadamente.

—Aguanta, Alastor. Voy a conseguirte ayuda. —Las lágrimas calientes surcaban su rostro, haciendo que sus ojos violeta brillaran.

Reunió sus últimas energías. Ella tenía que saber lo que era. Hermosa. Fuerte. Pura. Tenía que decírselo, pero no salió ninguna palabra. Su respiración se detuvo en su pecho mientras la oscuridad descendía.

* * *

No había arriba ni abajo ni costados ni nada a lo que aferrarse. Solo un dolor abrasador que le atormentaba la espalda y...

* * *

Sonidos. Demasiado débiles para ser escuchados correctamente. La oscuridad se volvió gris. Fuego en su sangre. En su piel. Su espalda estalló en llamas. Un toque en su brazo. Sus pulmones se contrajeron, los huesos crujieron y...

* * *

Confusión. Agotamiento. Y dolor. Intenso y abrasador, robando pensamientos, palabras, conciencia. Nunca pensó que dolería tanto morir.

Una voz insistente se abrió paso por encima del torrente de sangre en sus oídos. Se aferró a ella, emergiendo a través del cálido confort de la oscuridad, subiendo demasiado fuerte, demasiado rápido.

La agonía de su espalda se mezclaba con el fuego en su sangre. Un gemido demasiado débil para ser suyo, pero entonces se dio cuenta de que lo era. Unas manos levantaron su cabeza, demasiado pesada para sostenerla por sí mismo. El agua fresca tocó sus labios, goteando por su garganta, ayudando a calmar el fuego que ardía dentro de él.

Una mano suave acarició su rostro. Se esforzó por abrir sus pesados párpados. Cabello platino y un violeta impactante. Preocupación. Tristeza. Consuelo. *¡Huye, Marie. Vete!* Pero la oscuridad era demasiado poderosa y lo succionó de nuevo bajo sus tumultuosas olas.

* * *

Un revoloteo de color nadaba frente a sus ojos, desplegándose y ondeando como si flotara en el agua. Un tono púrpura que pasaba del amatista intenso al lila más suave. El color iba y venía entre las sombras antes de aclararse en una luz blanca cegadora. Había una forma sombreada con un halo de luz.

A medida que la forma se acercaba, las sombras se aclararon lo suficiente para que viera a una mujer. Una mujer muy hermosa con ojos azules vibrantes, cabello rubio ondulado que le llegaba hasta la cintura, labios rosa pálido curvados en una sonrisa sutil. La luz resplandecía desde su piel y su cabello brillaba con un millón de estrellas. Un suave poder femenino irradiaba a través de él, tan cálido como la luz del sol en un día de primavera, reconfortándolo como su madre lo hacía cuando era niño.

—Alastor. Qué bueno verte. —Su voz era como una melodía que cantaba a través de él.

—¿Me conoces? —Habría recordado a una mujer tan hermosa como ella.

Ella se rio, con un sonido como campanillas.

—Por supuesto que sí. He estado observando desde los márgenes toda tu vida, pero esta es la primera vez que has podido verme. —Su sonrisa era radiante.

—Eso no tiene sentido.

—Marie te habló de mi existencia. Sin embargo, seguías sin creerle —dijo la mujer.

Frunció el ceño, estudiando a la mujer. Era tan hermosa que casi dolía mirarla. Perfecta. Divina...

Humedeció sus labios secos.

—¿Lady... Lyria?

Incluso mientras pronunciaba las palabras, su mente se rebelaba. Su alma estaba manchada. Nada tan brillante y puro querría estar

cerca de él. No era digno de su perfección.

Ella le acarició la mejilla y el calor penetró en sus huesos fríos. Su piel era la seda más suave, cálida y hormigueante de energía.

—Tú *eres* digno, pero tú, en particular, no lo ves.

—Las cosas que he hecho... —Ella, entre todas las personas, sabría las profundidades a las que había caído. Las batallas sucias. El sufrimiento. Los amigos y colegas que no había podido proteger. Los planetas esclavizados mentalmente que no había podido salvar. Que él había vuelto a casa, y ellos no.

—No faltes al respeto a su sacrificio, soldado. Ellos sabían lo que hacían. Lucharon por las mismas razones que tú. No honras las vidas que dieron para luchar en la misma guerra que tú sigues librando —dijo Lady Lyria.

—Pero fallé... —Se le hizo un nudo en la garganta, incapaz de hablar. Apenas podía soportar mirar su belleza, pero aceptaría todo con lo que ella considerara apropiado castigarlo. Fuera lo que fuera, estaba listo. Lo aceptaría.

—No mereces ninguna sanción, pero necesitarás encontrar la fuerza para volver a la lucha, hijo mío. Necesito enviarte de vuelta.

Su cabeza se alzó de golpe.

—¿No estoy siendo castigado?

Su suave risa era angelical.

—No parezcas tan sorprendido. Aún tienes trabajo por hacer, pero no será fácil. Necesitas dejar entrar a Marie, Alastor. Ella es la clave. Necesitamos vuestra ayuda. A los dos. Estamos trabajando en nuestra dimensión, pero la entidad que está intentando cruzar dimensiones es muy fuerte. Y peligrosa.

—No... entiendo. —El ceño fruncido de Alastor era profundo. Nada de lo que decía tenía sentido. Un escalofrío le erizó la piel. ¿Cómo podía algo ser más fuerte que una diosa?

Lyria comenzó a desvanecerse.

—No hay más tiempo. Todo se aclarará. Todo en tu vida te ha llevado a este punto, pero no dejes que tus dudas dominen tu corazón. Has llegado demasiado lejos, has pasado por demasiado dolor, como para no tener tu recompensa.

—¿Recompensa? —La única recompensa que quería era encontrar la paz y dejar descansar su alma. Detener la interminable matanza, las muertes sin sentido y la lucha contra una fuerza abrumadora.

—Una gran oscuridad se acerca. Juntos luchamos, pero necesitamos tu ayuda. Acepta a Marie. Juntos, seréis la respuesta a nuestras plegarias. —Su forma no era más que una sombra.

¿Ellos serían la respuesta? Toda su vida había rezado a Lady Lyria y ella nunca había respondido. Se tensó esperando la habitual ira ardiente y el resentimiento que sentía, pero no llegaron. En cambio, una energía pura y cálida lo recorrió, borrando la oscuridad, dejando solo luz a su paso.

—Respondí a cada una de tus oraciones, hijo mío. Simplemente no estabas listo para escucharme. No estás solo, Alastor. Nunca has estado solo.

Sus palabras lo envolvieron como el indicio de un susurro. La oscuridad lo venció y la corriente lo arrastró hacia abajo.



Capítulo Quince

Buscó la paz absoluta que creía que solo encontraría muriendo, pero se le escurrió entre los dedos, elusiva e insustancial. El agotamiento lo arrastraba de un lado a otro, desgarrándolo en dos para luego devolverlo a su sitio, fundiendo músculo, sangre y hueso.

Los rostros de sus soldados y camaradas pasaron ante sus ojos. Tantas caras, pero en lugar del horror y la sangre que normalmente las llenaban cuando pensaba en ellos, sus rostros mostraban resolución. Sabían lo que hacían y, como él, habían arriesgado sus vidas para luchar contra la opresión de los Reptiles.

Lyria le había dicho que honrara su sacrificio. Habían entregado sus vidas por un propósito mayor, igual que él estaba haciendo, y sin embargo, desear su propia muerte como penitencia *era* deshonroso. Nunca lo había visto así. Nunca pensó que fuera algo incorrecto, pero ahora, saliendo de sus labios, sabía que era verdad. No había respetado su elección. No había respetado su sacrificio final.

Una luz creció en la oscuridad, elevándolo. Una luz cálida, tierna, protectora, que lo llenaba de un propósito que colmaba en vez de tomar, que daba en vez de robar. Era una luz que enderezaba su mundo y todo lo que había en él.

Nadó hacia ella, cansado de la constante oscuridad, esa fuerza fría e incesante que esculpía sus días con una culpa interminable. Alcanzó la luz con toda su voluntad.

—¿Lyria? —graznó, esperando ver el rostro que le ofrecería redención.

Un aroma delicioso se entretejió en sus sentidos. El aroma que pertenecía a la luz era indescriptiblemente tentador. Un rostro aureolado con cabello platino despeinado. Un ángel. Tentación. Deseo. No era Lyria. Era Marie. Era Marie.

Enredó sus dedos en el cabello sedoso. La atrajo hacia abajo y unió sus labios con los suyos. No sabía si esto era el más allá o una alucinación, pero no le importaba.

Deslizó su lengua por la comisura de su boca, y luego se sumergió en su húmedo calor. Su sabor explotó mientras deslizaba su lengua contra la de ella. Masajeó y saqueó, saboreó y festejó.

Pequeños puños se abrieron sobre su pecho y el calor de las palmas abiertas abrasó su piel. Estaba desnudo, sin su uniforme, pero si esto era el más allá, no lo necesitaba. No lo quería. Lo que quería estaba justo aquí en sus brazos, bebiendo de sus labios, rodeándolo con ese aroma delicioso que vibraba por su cuerpo, iluminando su mente.

Rodeó su cintura con el otro brazo, colocándola encima de él. Su ligero peso era un consuelo antes de que su deseo aumentara. La mantuvo sobre él con una palma abierta en la parte baja de su espalda, la otra sujetando su nuca, asegurándola contra él.

Su miembro se volvió pesado. Se hinchó. Las caderas de ella rozaron la unión de sus muslos, enviando chispas sensibles hacia arriba a través de su vientre. Profundizó el beso, usando su lengua como quería usar su polla, empujando, retirándose. Devorándola.

Sus pechos estaban aplastados contra su pecho, sus pezones como pequeños capullos duros. El material entre ellos era demasiado grueso, un obstáculo. Quería sentirla —toda ella— desnuda contra su piel.

Deslizó sus dedos bajo el dobladillo de su camisa, su piel quemando sus yemas mientras se sumergía bajo la tela. Trazó hacia arriba, a través de su espalda. Su pecho vibró con un gemido que

encendió su deseo. Deslizó el pulgar entre ellos y lo pasó sobre su tenso pezón.

Ella se sacudió, pero no tenía a dónde ir dentro de la trampa de sus brazos. Sus manos viajaron hacia arriba, enroscándose alrededor de su cuello, sus dedos hundiéndose en su cabello. Su piel se tensó, su sentido del tacto se intensificó.

Su pulgar encontró su pezón de nuevo. Lo rodeó, luego presionó suavemente, esta vez preparado para la sacudida de su cuerpo provocada por el toque íntimo. Alastor inclinó sus caderas para aplastar su polla palpitante entre ellos, glorificado mientras la sensación chispeaba en su abdomen.

Tensando los brazos, elevó su torso y giró. Gimió en voz alta cuando sus músculos se contrajeron con una agonía ardiente. Ella se bajó apresuradamente y lo guió hasta dejarlo boca abajo con movimientos firmes y diestros.

—...una estupidez hacer eso...

Extendió la mano hacia ella, tanteando hasta que agarró una piel suave, cálida y tersa. Los dedos de ella se afirmaron en su agarre. Un suspiro se extendió por su cuerpo. Su espalda todavía podía estar en llamas, pero la tensión se alivió lo suficiente como para respirar un poco más fácilmente.

—...no sé ni por qué te besé cuando obviamente estás sufriendo. De todas las tonterías...

Marie se cernía sobre él. Una frescura húmeda recorrió sus costados, llevándose el fuego y dejando solo un latido insistente. Ahora que no sufría con esa agonía, su mente se aclaró para poder pensar. ¿Podía sentir tanto dolor en el más allá? Seguramente no tendría un cuerpo capaz de sentir de esa manera. Si sentía tal agonía, debía tener todavía un cuerpo. Si tenía un cuerpo, debía seguir vivo.

Lady Lyria no se lo había llevado.

—¿Estoy... vivo?

Marie hizo una pausa, con un paño agarrado en la mano que mantenía suspendido sobre su espalda. Su deliciosa boca estaba de un rosa oscuro, hinchada y húmeda por su beso.

—Por poco no lo estás.

Sombras azules manchaban bajo sus ojos. Líneas tensas bordeaban su boca. Su cabello estaba más despeinado de lo habitual. Parecía cansada y agotada. Ella lo había cuidado.

—El veneno. Debería haberme matado.

—Por suerte, una de las personas que liberé es médico. Limpió tus heridas y extrajo el veneno de tu sistema —Marie se recostó, con la columna curvada, y parecía más perdida que nunca. Sus ojos brillaban luminosos en su rostro pálido—. Por poco no funciona.

Hubo un tiempo, hasta hace muy poco, en que se habría enfadado por ser salvado. Pero ahora... ahora no podía sentir nada más que gratitud.

—¿Cuánto tiempo he...?

—Tres días.

La pelea, los Reptiles, los esclavizados mentalmente. —Los Reptiles...

—Están todos muertos. Alastor, ¿me has entendido? Yo... ¡liberé a los esclavizados mentalmente y pudimos luchar contra los Reptiles!

La miró, mudo y aturdido mientras ella sonreía radiante. —¿Cómo...?

—De la misma forma que salvé a Seriat. Fui al intermedio y los saqué de la niebla.

Su mente daba vueltas. Ella había hecho lo imposible. Otra vez. Esto no debería ser posible. Planetas enteros habían luchado durante años, y esta mujer... esta frágil mujer humana había logrado lo que miles no habían podido conseguir. ¿Se daba cuenta de lo especial que era?

—¿Cuántos?

—Todos ellos. Yo... los saqué. Lo hice mientras tú luchaba. Era... era la única forma en que podía ayudarte. Estaba tan asustada por ti, Alastor —Una lágrima recorrió su mejilla. Ella no tenía por qué ayudarlo. No ella. Él debería ser quien la protegiera.

—Eso es imposible.

Ella se tensó, con la espalda rígida. —Independientemente de si crees que es imposible o no, yo lo *hice*.

El simple hecho de que él siguiera vivo y siendo atendido en una cama le decía que ella había hecho lo imposible. Mientras él había

estado centrado en la destrucción, ella no solo lo había salvado, sino también a muchas otras personas.

Su rostro se contrajo con emoción, sus hombros rígidos y tensos. Ella pensaba que él no la creía cuando sentía justo lo contrario. Estaba dividido entre querer llevarla a la cama y hundirse profundamente en su cuerpo dispuesto, e informar a la Starlight. Tal vez pudiera hacer ambas cosas. Informar primero y hundirse en ella después.

Intentó darse la vuelta solo para descubrir que su espalda estallaba en ráfagas de fuego y sus extremidades estaban tan débiles que apenas podía moverse. —*¡Frek!*

Marie lo empujó hacia abajo. —Para, Alastor. No estás lo suficientemente bien para moverte.

—Estaba lo suficientemente bien para besarte —gruñó, sin que le gustara el hecho de estar tan débil como un recién nacido, y casi tan ágil como uno.

Finalmente, algo de color floreció en sus mejillas demasiado pálidas. Bajó la mirada, obviamente nerviosa. —Pensé que podrías estar delirando.

—No lo suficientemente delirante como para no saber lo que estaba haciendo —Todavía la estaría besando si tuviera la mitad de la fuerza para sentarse. Estaba ávido de más. Mucho más. Era bueno ver que el veneno no le había quitado la libido.

Marie alzó la barbilla con ese pequeño gesto desafiante que había aprendido a reconocer y que hacía principalmente cuando no le gustaba lo que él había dicho. Lo cual ocurría bastante a menudo, ahora que lo pensaba. —Bueno, si estás en tu sano juicio, no tendrás que rechazarme otra vez. Sé lo que sientes sobre besarme.

La había rechazado. Por Kiera. Porque quería vengar su muerte. La muerte de su familia. Sus amigos. Compañeros soldados. Planetas llenos de almas condenadas. Todos los que los Reptiles habían matado. Y ahora...

Ahora...

Ahora no parecía tan urgente. La crudeza en su corazón al pensar en Kiera simplemente no estaba allí. No había dolor. Más bien un hueco que recientemente había sido llenado con granos sueltos de

arena. No existía la intensa urgencia de actuar. De matar. De ejecutar la venganza.

Se concentró en la belleza que tenía delante, en lugar de en la imagen de Keira en su mente. Su preciosa Keira. Su esposa. La había destruido cuando ella murió. Una parte de él había muerto con ella. La agonía de perder a la mujer que amaba había sido más de lo que su cordura podía soportar.

Esta guerra había separado a tantas parejas. Esto no le había sucedido solo a él. Había destrozado a amigos y familias, y cambiado el tejido del universo. Demonios, todavía estaban en un planeta ocupado. Los Reptiles podrían atacarlos y matarlos en cualquier momento.

A menos que fueran detenidos, continuarían invadiendo más planetas y esclavizando mentalmente a sus poblaciones. Matando a más personas. Sometiendo a los que quedaban a enfrentar el dolor solos.

A menos que esta entidad que los guiaba pudiera ser detenida. Detenerla parecía una tarea más difícil que lidiar con los Reptiles. ¿Cómo se podía derrotar a un enemigo invisible? Las probabilidades eran imposibles. Lo más probable era que habría muchas más muertes por venir.

Marie formaba parte de todo esto sin saberlo. Dulce, pura, llena de fuerza interior. Era tan opuesta a su propia alma endurecida por la batalla que estaba más allá de la razón.

Una mujer no devolvía besos como ella lo había hecho si no correspondía algún tipo de sentimientos. Era obvio en la forma en que su mirada se enganchaba y se enredaba con la suya. La forma en que reaccionaba con la misma intensidad ardiente que él sentía por ella. La forma en que lo miraba con tanto cariño y anhelo, que tenía que apretar los puños para no tirar de ella hacia sus brazos y besarla, y tocarla, y follarla hasta que ambos vieran estrellas durante una semana.

¿Y si perdían sus corazones el uno por el otro y él moría en acción? ¿Cómo podría exponer a Marie a ese tipo de dolor que él conocía tan íntimamente?

No podía hacerle eso. No iba a hacerle eso. Tenía que mantener el control de sí mismo. Le estaría haciendo un favor manteniéndose a distancia.

Aflojó su agarre en la muñeca de Marie y luchó contra cada instinto de su cuerpo para retirar su mano. Cerró los ojos y dejó que su frente se desplomara sobre el jergón.

¿Qué clase de hombre sería si la condenara a una vida de devastación y soledad si realmente acababa muerto a manos de los Reptiles? Lo único que pensaba que quería, cambiado en un instante. La ironía no pasó desapercibida.

Acababa de encontrarlo todo —y estaba fuera de su alcance.

—Sí. Y nunca puede volver a ocurrir.

Qué extraño que las palabras pudieran saber a ácido.



Capítulo Dieciséis

El corazón de Marie tartamudeó como un colibrí atrapado en una jaula demasiado pequeña. También le dolía. No era un dolor físico, como las desgarradas heridas de Alastor, pero seguía siendo doloroso. El rechazo escocía, sin importar en qué mundo se encontrara.

Durante un momento, abrazó su muñeca contra su pecho, conmocionada porque lo que había resultado ser el mejor beso que había compartido en toda su vida se había transformado en otra cosa. No estaba totalmente segura de cómo habían llegado a este punto.

Y vaya, el hombre sabía besar, a pesar de que acababa de despertar de un coma y había estado a punto de perder la vida. Solo gracias a la destreza del médico había sobrevivido.

—¡Está despierto!

Marie nunca había estado tan contenta de que apareciera otra persona. Seriat entró en la habitación en la que había pasado los últimos tres días cuidando de Alastor. Deseree asomó la cabeza por detrás de la pierna de Seriat. Desde que se habían reunido, no se habían separado ni un palmo. Marie no podía culparlas. Los delgados miembros de la niña partían el corazón. Ella misma casi había

muerto. Marie esperaba que con cuidados tiernos y comidas regulares, la pequeña recuperara la salud y no estuviera tan asustada.

Su aparición también le dio la oportunidad de alejarse del alcance de Alastor... y de su beso. Si él se sentía así respecto a ella, ¿por qué besarla de nuevo? Quizás estaba confundido, la buscó para obtener consuelo, y ella era la persona afortunada que estaba en la habitación. No es que hubiera oído hablar alguna vez de personas que despiertan y besan, pero él no era un hombre, ni siquiera humano. Quién sabía cómo eran los hexonianos, aparte de una frustrante mezcla de testosterona, músculo y fastidio.

—Acaba de despertar—dijo Marie, omitiendo el beso y el dolor en su corazón.

—Gracias al Bendito que despertó. Iré a buscar al médico y luego le traeré algo de comer —posó su mano en el hombro de Marie—. Tú también deberías comer.

La fatiga se asentó en sus huesos. Ahora que Alastor estaba despierto, el agotamiento de los últimos tres días la alcanzó. Lo que realmente le gustaría era una ducha, comida y una cama. Preferiblemente la suya propia.

En la Tierra.

Sin embargo, esas cosas no iban a llegar pronto, así que sonrió y dijo:

—Gracias, Seriat. Creo que eso es exactamente lo que necesita.

—Iré a buscarle algo de comer —salió de la habitación después de lanzar una mirada significativa a Marie.

—¿Dónde está mi uniforme? Necesito la tecnología que lleva —Alastor intentó, sin éxito, incorporarse.

—Tuvimos que cortártelo para tratar tus heridas. Está destruido. Nunca más podrás volver a usarlo —ella no había descartado que él intentara ponerse de pie y vestirse. Hizo una mueca cuando lo recuperó de la esquina. Era una mezcla espantosa de material rígido, tierra, vísceras y sangre seca.

—¿Puedes traérmelo, por favor?

Se lo entregó. Él rebuscó en un bolsillo interior y sacó un trozo de tecnología elegante, metal brillante y cristal roto. Se desmoronó en

sus manos.

—Frek —gruñó, dejando caer su frente contra el colchón.

—¿Qué era eso? —preguntó ella.

—Un comunicador.

—Mi uniforme está intacto. Usa el mío —su traje se veía como nuevo, gracias a la tecnología del material autolimpiante.

Él negó con la cabeza.

—Tu uniforme es de supervivencia básica. Yo puse un comunicador en el mío para emergencias absolutas.

—Cogimos el Buscador de tu muñeca. No estaba dañado —dijo Marie.

—El Buscador es para localización. No tiene función de comunicación. Al menos no lo suficientemente fuerte como para atravesar la órbita.

—Oh.

Seriat apareció con un cuenco de sopa humeante y fragante, con Deseree aún aferrada a su pierna. Por suerte, las reservas de alimentos secos y suministros médicos no habían sido saqueadas. La comida y las hierbas medicinales seguían en buen estado. El médico las seguía, tan delgado y desnutrido como Seriat. Se había dedicado a cuidar de los demás tan pronto como fue liberado mentalmente, lo que incluía tratar heridas abiertas, colocar huesos y hacer que todos comieran su primera comida verdaderamente nutritiva en quién sabe cuánto tiempo.

—El paciente está despierto —dijo el médico. Su mirada aguda recorrió a Alastor antes de dirigirse a ella—. Hola, Marie.

Marie sonrió.

—Hola, Alias —le caía bien el médico. Era amable y gentil, y tenía un don para los pacientes, con un talento especial para aquellos que sufrían dolor. Lo había visto de primera mano mientras le ayudaba a atenderles.

—Me alegra verte recuperándote, pero necesito ver tus heridas. ¿Me permites?

Alastor asintió.

—Gracias.

Alias quitó los vendajes de la espalda de Alastor. Marie se esforzó por ocultar su mueca. Las heridas estaban cicatrizando bien. Estaban mucho mejor que los cortes crudos y llenos de veneno que habían sido, pero aún parecían dolorosas. Gracias al médico, había mucha mejoría respecto a tres días atrás.

Esta gente era una población muy pacífica. Llevaban un estilo de vida sencillo que ocultaba sus conocimientos técnicos y futuristas. Para asombro de Marie, el médico había cultivado en cuestión de horas una pequeña cosecha de hierbas y plantas medicinales, ya que no había quedado nada después de que los Reptiles lo destrozaran todo.

Alias aplicó más ungüento a las heridas de Alastor y volvió a vendarle la espalda.

—Tiene mucho mejor aspecto, pero aún queda camino. Necesitas comer y descansar.

—Lo que necesito es levantarme —Alastor intentó incorporarse, sus bíceps se flexionaron y Marie quedó momentáneamente hipnotizada por el juego de músculos bajo la sedosa piel dorada. Era aterrador lo débil que estaba en realidad. Había llegado a pensar en él como indestructible. Casi una máquina que podía continuar y continuar.

Y, sin embargo, había visto cómo su alma comenzaba a separarse de su cuerpo. El pánico se había apoderado de ella. Había rezado con todas sus fuerzas, le había suplicado que no se fuera. Una vez que las personas veían lo que les esperaba, rara vez regresaban.

No sabía por qué él lo había hecho. Parecía tan empeñado en la destrucción. Había visto un aura blanca brillante que lo rodeaba y luego él había despertado. Quienquiera que fuese se había ocultado de ella.

Alias empujó a Alastor hacia abajo, tal como ella había hecho.

—Tengo otros pacientes que atender, en lugar de perder el tiempo aquí con alguien demasiado terco para escuchar a un médico. Supongo que tienes la inteligencia para reconocer cuándo necesitas dormir y descansar, joven. Todos nos esforzamos mucho para salvar tu vida. Ten la buena educación de mostrar algo de gratitud y descansar cuando se te indica.

El cuerpo de Alastor se tensó mientras miraba a Alias. Un músculo palpitaba en su sien, antes de que asintiera secamente.

Alias dio una palmadita en el hombro de Alastor.

—Buen chico. Sabía que entrarías en razón. Volveré después de mis rondas —le dirigió a Marie una sonrisa cansada antes de desaparecer por la puerta.

Marie tomó el cuenco de Seriat.

—Toma, te ayudaré.

—No necesito ayuda —dijo Alastor.

—Bueno, a menos que quieras acabar con la cara en un cuenco de sopa, te sugiero que aceptes algo de ayuda por una vez en tu vida —dijo Marie, después de haberle dado unos segundos para debatirse.

—Está bien —su boca se tensó en una línea apretada, que ella hizo todo lo posible por ignorar.

Le dio una pequeña cucharada de sopa. Su gemido la atravesó directamente en el plexo solar. Su estómago se tensó, lo cual ignoró resueltamente. Él se las arregló para tomar aproximadamente la mitad del cuenco antes de que sus ojos se vidriaran y se cerraran. Pronto estaba profundamente dormido.

—Sedamos la comida y añadimos las proteínas que necesitará para recuperarse completamente. No es un hombre que acepte un no por respuesta, y necesita descansar para que las proteínas funcionen. Fueron órdenes del médico —dijo Seriat.

—Agradécele al buen doctor de mi parte —estaba agradecida de que la comida tuviera un sedante. No habría descartado que Alastor intentara levantarse de nuevo. Alias conocía a sus pacientes.

En sueños, el rostro de Alastor perdió la tensión que siempre parecía vibrar a través de él. La barba dorada cubría su barbilla, haciendo su mandíbula más definida y sus pómulos más afilados. Era tan guapo dormido como despierto.

Incluso en coma, había estado tenso, su cuerpo rígido por el dolor y luchando contra el veneno, pero ahora que estaba dormido, parecía más joven. Aunque no tan joven como para no tener impresiones de la vida en su rostro. Finas líneas se abrían en abanico desde las comisuras de sus ojos, y líneas enmarcaban su

boca, sin hacerlo menos apuesto, pero no parecía torturado. El dolor que normalmente irradiaba de él estaba extrañamente ausente.

Detectó fuerza, fortaleza y... tristeza. No la tristeza que desgarra el alma que él llevaba como una identidad. Algo más fresco. Más cerca de la superficie. Reciente. Aunque, tal vez solo estaba cansada e imaginando cosas.

Se crujió el cuello, haciendo una mueca cuando sus músculos protestaron. No se había dado cuenta de lo tensa que había estado mientras lo vigilaba, pero ahora el agotamiento de los últimos días se hacía notar.

—Tú también deberías descansar —dijo Seriat.

—Me gustaría salir fuera primero —llevaba tres días dentro. La luz del sol y el aire fresco entraban a raudales por la ventana. Sería agradable, ahora que podía relajarse, tomar un poco de aire fresco —. Me gustaría ver cómo se está recuperando todo el mundo.

—Muy bien, gracias a ti —dijo Seriat.

Marie siguió a Seriat hacia la luz del sol, parpadeando un momento y esperando a que sus ojos se adaptaran. La gente deambulaba, haciendo lo que tenía que hacer para retomar sus vidas. Cuando la vieron, dejaron lo que estaban haciendo. Marie se removió, avergonzada de ser el centro de atención.

Una mujer demacrada se acercó a Marie. Su piel estaba pálida, pero su sonrisa era grande y brillante. Tomó las manos de Marie entre las suyas.

—Gracias por salvarnos.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Marie.

—No fue nada. Me alegro de haber podido ayudar —había sido algo muy arriesgado. Las probabilidades estaban en su contra. Todavía estaba aturdida por todo, completamente sorprendida de haber logrado hacer algo.

—Fue más que nada. Mucho más. Seguiríamos esclavizados si no fuera por ti —la mujer frunció el ceño—. ¿Cómo nos ayudaste? No recuerdo mucho, solo que estaba perdida y no podía encontrar la salida.

—Utilicé una técnica de meditación... Es difícil de explicar hasta que lo haces. Solo tienes que concentrarte —sus entrañas se

retorcieron. Aunque estas personas habían sido esclavizadas mentalmente, todavía no podía superar el ridículo que a veces recibía incluso de personas que habían experimentado lo inexplicable.

Aun así, la mujer parecía intrigada, más que perturbada. Una multitud se reunió a su alrededor.

—¿Eres una Sacerdotisa, entonces? —preguntó la mujer.

Marie negó con la cabeza.

—No más que tú. Esto es algo que cualquiera puede hacer con un poco de entrenamiento.

Los hombros de la mujer cayeron, y parecía tan triste que trajo lágrimas a los ojos de Marie.

—Si solo fuera así. Podría rescatar a mi Tannon.

—¿Tu Tannon? —preguntó Marie.

—Sí. Mi amado. No sé si está vivo o... o... —las lágrimas llenaron los ojos de la joven—. ¡Si pudiera salvarlo como tú me salvaste a mí!

Marie abrazó a la mujer afligida, su corazón rompiéndose mientras sollozaba. Solo había liberado a un pequeño pueblo, y apenas. El resto de la población seguía esclavizada mentalmente. Torturada y muriendo.

—¿Te gustaría aprender esta técnica? —al menos podría enseñarle a ayudarse con su dolor.

La mujer sorbió, con nueva esperanza brillando en sus ojos.

—¿Nos enseñarías? Liberaría a mi Tannon en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Liberar a Tannon? —dijo Marie.

—Sí. Si me enseñas, lo liberaré yo misma.

Marie miró alternativamente a la mujer y a Seriat. Una cosa era el dolor, pero enseñar a la gente a entrar en el intermedio y salvar a otros de la niebla, eso era algo completamente distinto.

—Podrías hacerlo, Marie. Me salvaste a mí. Salvaste a toda esta gente. Enséñanos y podremos salvar a otros —dijo Seriat.

—No lo sé.

—Dijiste que este planeta era diferente. Que hay una energía aquí que no tienes en tu mundo. Que somos diferentes como pueblo —dijo Seriat.

Era cierto. El planeta vibraba con ella, la energía prácticamente crepitando a través de su cuerpo, pero el miedo convirtió su estómago en líquido. Negó mentalmente con la cabeza. Esto no era como *antes*. *Eso* no podía volver a ocurrir. Sin embargo, su estómago continuaba rebelándose y agitándose como siempre lo hacía cuando se le pedía hacer algo de esta magnitud.

—Si pudieras enseñarme, daría cualquier cosa por salvar a mi Tannon —dijo la mujer.

—Todos intentaríamos salvar a nuestros seres queridos —dijo un hombre.

—Incluso a aquellos que no conocemos —dijo una chica no mucho mayor que una niña.

Hubo un murmullo de consentimiento entre los que la rodeaban. Pronto todos estuvieron de acuerdo, rostros decididos asintiendo. El dolor era palpable, y ahora también lo era su esperanza.

Tenía que recordar que esta gente no era como la gente de casa. La habían aceptado. Entendían la energía que conecta a todos los seres, solo les faltaba la técnica para poder acceder a ella.

Su corazón latió más rápido, su sangre pulsando a través de sus venas. Tal vez podría hacerse. Tal vez si todos trabajaban juntos, *podrían* liberar un planeta. Tener este don significaba que estaba al servicio de la gente. Era su deber ayudar a aquellos que no podían.

Volvió su mente hacia dentro.

—Pluma Negra, ¿qué piensas? —No hubo respuesta. No había tenido noticias de él desde hacía mucho tiempo y la preocupación le apretaba el estómago. Sin su ayuda, apoyo y guía, esto podría salir mal. Sabía lo mal que podían ir las cosas. Pero nunca sería posible si no lo intentaban al menos. Era mejor que no hacer nada.

Si solo Pluma Negra le respondiera. Si solo *aquello* no le hubiera pasado. Si solo no estuviera sofocada por el miedo a que lo mismo pudiera suceder de nuevo. Pero esta gente era diferente. Circunstancias diferentes. Un *planeta* diferente, por el amor de Dios.

Sin embargo, el miedo persistente seguía ahí. La gente a su alrededor esperaba una respuesta, sus rostros determinados y esperanzados.

Tan esperanzados.

Marie tragó con dificultad.

—Podría ser posible. Diez pueden liberar a cincuenta y cincuenta pueden liberar a doscientos y doscientos pueden salvar al resto del planeta. Sí, os ayudaré. Haré todo lo posible por ayudaros a todos.

La multitud vitoreó, pero ella no los escuchó. Estaba perdida en la esperanza. Una esperanza que no enmascaraba realmente el miedo. Esperanza de que las cosas no acabaran en el desastre de la última vez que había intentado "ayudar" a la gente. Buscó de nuevo a Pluma Negra, necesitando su presencia. Su calma. Su control. Sus palabras de sabiduría y consejo.

Seguía sin haber nada.



Capítulo Diecisiete

La antigua agonía no era más que un ardor intenso. Al menos su mente estaba despejada y podía pensar, en lugar de simplemente reaccionar al dolor. La habitación fue entrando lentamente en foco a medida que su visión se aclaraba. Había dormido boca abajo, con la mejilla apoyada sobre el colchón. Había dormido como un muerto.

Marie le había dado de comer y después se había desmayado. Él nunca se desmayaba. La leve pesadez en sus extremidades le indicaba que había algo más en aquella comida que carne y verduras. Probablemente un sedante, aunque Marie no habría sido quien lo añadió. Sin duda, obra de la buena doctora. Había visto esa treta muchas veces por parte de médicos que querían que los soldados se recuperaran. Tenía que admitir que era eficaz, dada la reducción de sus niveles de dolor y el aumento de su movilidad.

Estaba solo. La luz de la luna se filtraba por una ventana abierta. Una brisa fresca y cálida acariciaba su piel. Si no estuviera en un planeta hostil y ocupado, esto casi podría ser agradable.

Pero no lo estaba. Y la persona que se suponía debía proteger no estaba a la vista. Balanceó las piernas hasta el suelo, flexionando la espalda. La pesadez en sus extremidades desapareció rápidamente.

Se puso de pie lentamente y, aparte de una ligera punzada, no había dolor residual.

Su espalda estaba envuelta en vendas, por lo que no podía ver el daño que el Reptil le había causado. Fuera lo que fuese, agradecía estar vivo y poder seguir con esta misión.

Un día antes habría recibido con los brazos abiertos el olvido que le habría proporcionado el veneno del Reptil, lo había suplicado, pero ahora... ahora había encontrado una razón para vivir y no podía tenerla.

Se dio cuenta de que estaba desnudo y recordó su traje hecho jirones. Habían dejado algo de ropa en una silla y rápidamente se puso los pantalones y la camisa. El material era ligero y fresco, perfecto para la temperatura templada.

Todavía un poco aturdido, recorrió la puerta y entró en un pasillo corto. El cielo nocturno era visible a través de otra puerta abierta. Siguió el pasillo y salió a la noche para encontrarse en un pueblo.

Sencillas chozas de arenisca estaban diseminadas aquí y allá, sin un orden aparente. El suelo entre las chozas estaba muy desgastado. Una luz cálida se filtraba por pequeñas ventanas rectangulares abiertas. Los murmullos desde el interior de las chozas le indicaban que algunas estaban ocupadas.

Por las personas que habían despertado de su esclavitud mental.

Gracias a Marie.

Recordaba vagamente a Seriat entrando en la habitación con un niño. ¿Su hija? Y la doctora que había hecho lo imposible y le había tratado hasta devolverle la salud del veneno del Reptil. Parecía que este planeta estaba lleno de sorpresas. Todavía tenía el pico de energía para rastrear información sobre las mujeres humanas dondequiera que estuvieran. Lo que Marie había hecho —al igual que las mujeres humanas, Lauren y Vivien— era nada menos que un milagro. Que existiera una técnica telepática para acabar con la esclavitud mental era algo que había que informar inmediatamente a la Starlight y al Consejo Interespecies.

Había tres personas con las que necesitaba hablar. Las dos lunas brillaban en un camino plateado, haciendo fácil su recorrido entre las chozas. Se dirigió hacia el murmullo de voces por un sendero corto

para ver a Seriat y Marie. El cabello platino de Marie brillaba bajo la luz de la luna. Destacaba su perfil, su delicada nariz, sus labios llenos, su esbelto cuello. Su sangre se calentó y sus manos se crisparon con la necesidad de tocarla. Besarla. Saborearla. Apenas logró contenerse.

—¿Crees que todos están preparados? —preguntó Seriat.

—Fue una buena práctica hoy, pero lo que estoy pidiendo requiere mucha concentración. Se necesita tiempo para desarrollar estas habilidades —dijo Marie. Él se preguntó de qué habilidades estaba hablando.

—Tenemos que intentarlo. Debemos hacerlo —la voz urgente de Seriat se quebró, dejando a Alastor preguntándose qué habían hecho mientras él estaba incapacitado.

—Lo haréis. Le pediré ayuda a Pluma Negra. Él me ha ayudado toda la vida y nos ayudará ahora —el tono tranquilizador de Marie pareció relajar a Seriat.

—Espero que este Pluma Negra nos ayude —dijo Seriat.

—Lo hará... si puedo hablar con él.

—¿Dónde está este Pluma Negra? —preguntó Seriat.

—Suele estar cerca, pero la mayoría de la gente no puede verlo. Me encuentro con él en el intermedio. Quizás cuando medites lo suficientemente profundo, también puedas verlo —dijo Marie.

—Cuando medité esta tarde... vi colores —dijo Seriat.

Marie tomó la mano de Seriat. —¿De verdad? —La emoción era evidente en su voz.

—Sí. Hilos rosados. Se tejían a tu alrededor, y también alrededor de Alastor —dijo Seriat—. Pero me sentí muy triste.

Los hombros de Marie se hundieron. Alastor se fundió con las sombras, con su atención clavada en las mujeres. Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras un hormigueo de calor le recorría la piel y se concentraba en lo que Marie iba a decir.

—A veces captas los sentimientos de otros cuando meditas, pero se está haciendo tarde y debes estar cansada. Te veré por la mañana para algunas lecciones más.

—Pero ¿por qué vi ese color? ¿Qué significa? —preguntó Seriat.

Marie hizo una pausa por un momento, pero él la conocía lo suficiente como para saber que dudaba. Inmediatamente se intrigó. Marie se aclaró la garganta. —El rosa es el color del... afecto. Verlo normalmente es algo bueno, pero con Alastor —Marie suspiró, y el sonido le atravesó como una fría lluvia de invierno—. Con Alastor, creo que significa que su aura está hambrienta de amor, pero él es incapaz de permitirse sentirlo.

Un dolor agudo atravesó su corazón. Se pasó la mano por el pecho, pero no había herida.

—Eso es... triste —dijo Seriat.

Marie asintió. —Es muy triste, Seriat. La gente se siente así por muchas razones. La tristeza es una de las emociones más difíciles de superar por muchos motivos, pero hablaremos más mañana. Intentaré algo diferente y trabajaremos más duro para liberar a tus amigos —dijo Marie.

—A veces creo que la gente nunca deja de estar triste por una razón u otra —dijo Seriat.

—Está bien estar triste, pero también tienes que dejar entrar las otras emociones. No es bueno estar siempre de una sola manera. He visto a personas tan tristes que piensan que es una penitencia por un error. Tienen que darse cuenta de que la vida nos hace sentir de todo y si te cierras, solo te haces daño a ti mismo —dijo Marie.

—Es cierto. Gracias, Marie. Te veré mañana —Seriat cogió al niño, lo abrazó con fuerza y desapareció en una de las chozas. Marie deambuló entre algunas chozas.

Alastor salió a la luz de la luna, obligado a ver adónde iba Marie. ¿Hambriento de amor? ¿Algo dentro que lo impedía? Su pecho dolía aún más mientras reflexionaba sobre sus palabras.

Si solo fuera tan fácil. Había dejado entrar otras emociones, pero no le servían para nada, solo le hacían darse cuenta de lo que nunca podría tener. Estaban en guerra. Si algo le ocurría a Marie, no podría soportar perder a alguien más cercano a él. Ni tampoco se lo desearía a otra persona si algo se desarrollase entre ellos. El dolor era simplemente demasiado. Seguramente ella tendría que ver eso.

Se abrió camino a través de árboles en sombra. Hubo un chapoteo, y los mechones del cabello platino de Marie

desaparecieron bajo la oscura superficie de un oasis.

Corrió hacia el agua y se zambulló, con las manos extendidas frente a él. Encontró su forma suave y cálida no muy lejos bajo el agua. Sus dedos se afianzaron en la carne caliente mientras pateaba hacia la superficie. Emergió, tragando una bocanada de aire. Deslizó un brazo alrededor de su cintura, presionó su cuerpo contra el suyo y apartó el pelo de su cara. Su cuerpo suave y flexible se aplastó contra el suyo.

Desnuda.

Ojos luminosos lo miraron, bien abiertos. Gruesas gotas de agua adornaban sus pestañas. Su piel se veía azulada bajo la luz de la luna, profundizando sombras y resaltando la línea de su mandíbula y sus delicados pómulos. Sus exuberantes labios se entreabrieron. Pidiendo. Suplicando.

«Te desea. No pierdas tu oportunidad». El susurro de una voz femenina atravesó el tumulto de su mente antes de deslizarse más allá de su capacidad para detenerse. Una sensación de corrección lo atravesó. No podía negar su atracción por más tiempo. Los argumentos habituales sobre por qué no debería besar a Marie ni siquiera resonaban en su mente. Todo lo que percibía era el impulso de abrazarla, besarla, tomarla. Era abrumador. Su mente se dispersó, dejando solo la necesidad aplastante de actuar según su deseo. Se encendió, al rojo vivo e irreprimible. La tentación era innegable.

—¿Alastor? ¿Qué estás haciendo? —Su voz era entrecortada.

¿Qué estaba haciendo, en efecto? No lo sabía y no quería pensar en ello. Inclinó la cabeza y reclamó su boca. Su lengua se introdujo, penetrando su dulce y cálida cavidad antes de retirarse y zambullirse de nuevo. Devoró su boca, marcándola, reclamándola mientras bebía de ella con una sed que nunca terminaría.

Su brazo se deslizó alrededor de su cintura, sus dedos se extendieron en la parte posterior de su cabeza, encerrándola contra él. La piel sedosa se aplastó contra los duros planos de su cuerpo, pero aún así no era suficiente.

La posicionó de modo que su pecho quedara expuesto ante él antes de acariciar un tierno seno con su mano. El duro botón de su

pezón se centró en su palma. Masajeó su carne, pasando la base de la palma sobre su pezón antes de rodear la areola con su dedo. Fue recompensado cuando el cuerpo de ella se derritió y un suave gemido vibró desde su pecho.

Sostenerla así no era suficiente.

Quería más. Mucho más.

Deslizando su mano sobre su piel húmeda, ahuecó su redondeado trasero. Apretó uno de los regordetes globos, sus dedos deslizándose entre sus nalgas para descansar en su hendidura. Ella se sacudió cuando la punta de su dedo más largo pasó sobre su sensible orificio trasero, antes de pasar sobre él. Usó su cuerpo para mantenerla quieta, la potencia de sus músculos sin rival para su cuerpo mucho más pequeño y suave, sujetando su muslo para mantenerla donde la quería.

—Alastor...

Un gemido le recorrió cuando sus pequeñas manos se enroscaron alrededor de su cuello. Ella presionó sus senos contra su pecho, frotando sus duros pezones sobre su piel.

—No puedo mantener mis manos lejos de ti —Su miembro se endureció, tensándose en sus pantalones y golpeando contra su cadera. Se sacudió cuando una sacudida desgarró su cuerpo, y pura energía recorrió desde la cabeza de su miembro hasta cada célula de su piel.

La levantó, inclinándose y aferrándose a su pecho. Se dio un festín, chupando el tierno tejido, lamiéndola alrededor y sobre su pezón. Atrapó el duro botón entre sus dientes, mordiendo suavemente antes de succionarlo.

—Tan perfecta. Tan hermosa.

Su espalda se arqueó mientras un suspiro sin aliento caía de sus labios. Ella empujó sus senos contra su rostro. Su cabeza se inclinó hacia atrás, exponiendo la elegante curva de su cuello. Él besó su camino de regreso, alternando entre chupar y lamer su piel expuesta para reclamar su boca nuevamente.

Movió la mano que ahuecaba sus nalgas, deslizando su pulgar por los pliegues húmedos de su hendidura. La cálida humedad cubrió su pulgar mientras lo deslizaba arriba y abajo, a través de sus pliegues.

Apoyó la yema del pulgar contra el manojo de nervios en la parte superior de su hendidura y presionó.

Ella gritó en su boca. Él tragó el sonido, devorándolo junto con su calor húmedo, su sabor, su piel sedosa. Deslizó los dedos a lo largo de su hendidura húmeda y acogedora, deteniéndose en su entrada.

Sus dedos se tensaron en su cabello, tirando de los mechones hasta que le escoció. Solo sirvió para intensificar cada sensación que recorría su cuerpo. Deslizó un dedo dentro de ella. Sus músculos se apretaron a su alrededor. Su cuerpo se sacudió. Su cabeza cayó hacia atrás, y sus labios se abrieron mientras un largo gemido salía de su boca.

Su ceño se arrugó, la tensión recorría su rostro. Tan expresiva. Tan hermosa. Ella movió las caderas, cabalgando su mano.

—Eso es, preciosa. Coge lo que necesitas —Presionó sus labios contra su cuello. Su corazón latía bajo su toque mientras la trabajaba.

Sus caderas se sacudieron. Empujó su rígido miembro contra su cadera, gimiendo con la sensación mientras el material húmedo se frotaba contra su verga turgente. La presionó fuertemente contra él, aumentando la fricción. La intensidad.

Metió un segundo dedo, estirándola y presionando sobre su clítoris con la base de su mano. Ella jadeó y su cuerpo se tensó. Él curvó sus dedos, deslizando las yemas romas contra el manojo de tiernos nervios dentro de ella.

Ella se sacudió. Jadeó. Echó la cabeza hacia atrás. —¡Dios mío!

Su cuerpo se tensó, los músculos internos apretando mientras los temblores la sacudían. Él movió sus caderas, embistiendo entre ellos. Una gloriosa explosión de sensación desgarró su miembro. La tensión se liberó con fuerza de supernova. Un rugoso gemido que apenas reconoció como propio salió de lo profundo de su pecho cuando alcanzó el orgasmo con suficiente fuerza como para ver estrellas detrás de los párpados cerrados.

Su semilla irrumpió, cubriendo el interior de sus pantalones. Se tensó mientras otra línea brotaba de él. Y otra. Jadeó, su cuerpo tensándose mientras la tensión disminuía y volvía a sus sentidos nadantes.

Marie le miraba con ojos vidriosos, sus pesados párpados caídos. Su mano cayó de detrás de su cuello para aplanarse sobre su pecho, sobre su corazón palpitante. Parecía etérea, su piel bañada en la luz plateada de la luna, el agua lamiendo suavemente su piel impecable. Su pecho se expandía con cada respiración, haciendo temblar sus senos. Sus pezones se erizaron en el aire fresco, su color rosado natural teñido de un tono más azulado bajo la luz de la luna. Sus piernas estaban ligeramente separadas, sus dedos aún enterrados dentro de ella.

Había una cualidad celestial en ella. Algo surrealista. No solo por su forma física, sino porque su alma brillaba desde dentro. Tenía habilidades que nadie que él conociera poseía. La capacidad de vincular mundos visibles con mundos invisibles. Dimensiones con el más allá.

Era preciosa. Sobrenatural. Única. La sensación de corrección no podía ser negada.

El sentimiento de pura posesión casi le hizo tambalearse. Estaba expuesta y desnuda solo para sus ojos, un festín para él. Solo para él.

Ella parpadeó, sus pupilas tan dilatadas que casi sangraban el violeta. Su mirada se enfocó. Se agudizó. La mano en su pecho se tensó, al igual que todo su cuerpo. Aspiró rápidamente, se sacudió y pateó. Él se vio obligado a sacar los dedos de su calidez y aflojar su agarre.

—Dijiste que no me querías.

Pero su mente estaba en guerra con sus instintos y no podía darle sentido. —Marie, yo...

—No puedes seguir haciéndome esto.

Se alejó de él empujando, dejándolo desamparado. Se puso de pie, se deslizó fuera de su alcance, respirando con dificultad. El agua lamía sus hombros mientras un fino temblor recorría su cuerpo. Cruzó los brazos sobre sus senos, su mirada saltando salvajemente antes de volver su rostro sonrojado hacia él.

Luchó contra un impulso instintivo de encerrarla en sus brazos de nuevo, sabiendo que allí estaría a salvo. En cambio, mantuvo su distancia, sabiendo que podría sobresaltarse si intentaba alcanzarla.

Su boca se abrió, se cerró. Se abrió de nuevo mientras recogía sus pensamientos, su expresión afligida y salvaje. Él había actuado por puro instinto, pero a pesar de decirle que nada podría pasar entre ellos, había sido incapaz de combatir el impulso. No se había tomado el tiempo para detenerse, y la verdad del asunto era que no quería hacerlo.

La razón, los autoargumentos que lo habían definido todos estos años pasados parecían... irrelevantes.

Marie lo deseaba a cambio. Ninguna mujer respondía como ella, a menos que compartieran una atracción. Ella rechazaba su beso tanto como él lo había hecho. Pero todo eso quedaba atrás ahora.

Su tristeza ya no la llamaría de nuevo. —Lo siento... mucho. ¿Me perdonarás?

Esperó, posado al borde por sus siguientes palabras. Las palabras que la devolverían a sus brazos. Donde pertenecía. Su lengua salió a lamer sus labios. Su cuerpo se tensó en respuesta justo antes de que ella se pusiera rígida, sus ojos se pusieron en blanco y cayó hacia atrás en el agua.



Capítulo Dieciocho

La oscuridad la envolvió. Un olor húmedo y putrefacto invadió sus sentidos y le irritó las fosas nasales. Una sensación omnipresente de maldad y fatalidad descendió sobre ella, debilitándole las rodillas.

—¿Alastor? ¿Hola? —Su voz quedó amortiguada, como si el aire la hubiera absorbido.

Había estado a punto de darle un pedazo de su mente —es decir, cuando volvió en sí después del orgasmo alucinante que le había proporcionado con el toque de sus hábiles dedos—, pero de repente estaba aquí.

Dondequiera que fuese aquí.

Parecía el espacio intermedio, pero algo iba mal. Más bien como un pozo negro e impenetrable. Completamente vacío y absolutamente aterrador.

—¿Hay alguien aquí? ¡Ayuda!

Una brisa ártica la azotó, lanzándole el pelo a la cara. El negro dio paso a un gris oscuro. Parches de nubes más claras se mostraban en la penumbra. Algo se le acercaba con la fuerza de una bomba nuclear. Se quedó clavada en el sitio, nunca había estado tan aterrorizada en su vida.

—¡Marie!

Dos picos gemelos de luz dividieron la oscuridad. Dos figuras avanzaron mientras una multitud de pequeños puntos de luz se dibujaban detrás de ellos, manteniendo la distancia.

—¡Pluma Negra! —Marie corrió hacia su querido amigo, aferrándose a él con miembros temblorosos. Unos fuertes brazos la envolvieron, sujetándola con firmeza contra la brisa que arreciaba—. ¿Dónde has estado? He estado llamando y llamando, y no has respondido.

—Necesitamos tu ayuda, pajarito. La entidad se está haciendo más fuerte. Necesitamos recurrir a tu ayuda para proteger tu dimensión —dijo Pluma Negra.

Ella levantó la mirada hacia sus cálidos ojos marrones. Unas arrugas que nunca había visto antes estaban grabadas alrededor de su boca y sus ojos. Si esto era demasiado fuerte para Pluma Negra, ¿cómo demonios iba ella a poder ayudar?

—Eres más fuerte de lo que crees, Marie —habló la mujer que estaba junto a Pluma Negra. Su cabello rubio se agitaba en una brisa imperceptible, los gruesos mechones le llegaban a la cintura. Ya había conocido a Lyria antes, y Alastor la había llamado Lady Lyria.

—¿Lo soy? —dijo Marie.

Lyria sonrió con dulzura antes de volver su atención a la oscuridad omnipresente. Extendió sus manos y una ráfaga de aire brotó de sus palmas.

—En efecto, pero necesitamos que te prepares para la batalla. No te lo pediríamos si no fuera nuestro último recurso.

Marie tomó una respiración profunda para calmarse. Pluma Negra y Lyria mantenían la oscuridad a raya, pero ella seguía sintiendo el frío presionando. Era como la niebla, cuando había metido las manos en ella, solo que ahora estaba en todas partes. Malvada. Una fuerza totalmente destructiva. Si atravesaba la barrera, no había forma de saber qué sería desatado. Los Reptiles ya eran bastante malos, pero no eran nada comparados con el amo al que servían.

—Hay más, Marie. La entidad está utilizando las almas de cien mujeres en este planeta para crear un portal —dijo Pluma Negra.

—Dios mío. Las mujeres —Marie se llevó una mano temblorosa a la boca—. ¿Dónde están? ¿Qué podemos hacer?

—Hemos hecho todo lo que podíamos desde el espacio intermedio, pero necesitamos que tú las liberes, Marie. Nosotros y los demás podemos contenerlo un poco más, pero se está volviendo más fuerte. El portal tiene que ser detenido desde tu lado del velo —dijo Lyria.

—Pero... ¿y si no puedo? ¿Y si no soy lo suficientemente fuerte? —Había cometido errores antes. Aquel día estaba imborrablemente grabado en su mente. De hecho, le había marcado el alma. Pluma Negra, más que nadie, sabía de eso.

—No estás sola. Estamos luchando desde este lado —dijo Pluma Negra—. Pero tienes que darte prisa. Sabes lo que hay que hacer, pero el tiempo es esencial. Tendrás que ir con las mujeres inmediatamente.

—No sé dónde están —dijo Marie.

—Están en la pirámide donde Starlight detectó el pico de energía. Las encontrarás dentro. Recuerda, siempre estoy aquí para ti, hija mía —Pluma Negra presionó su palma contra la frente de ella, y cayó hacia atrás a través de la oscuridad. Su mundo se inclinó y regresó bruscamente a su cuerpo. Abrió los ojos ligeramente para ver a Alastor sobre ella, con una expresión de alivio en su rostro.

—¡Marie! —La estrechó contra su pecho. Su aliento caliente y pesado le hizo cosquillas en la mejilla. Ella lo empujó, incluso cuando todo lo que quería hacer era hundirse en él y olvidarse de lo que acababa de ocurrir—. Estoy bien, Alastor.

—¿Qué te ha pasado? No podía despertarte.

—Tenemos que ir con las mujeres. Ahora.

Una arruga se formó en su frente.

—¿Qué quieres decir? ¿Sabes dónde están?

Marie se aferró a sus bíceps, acero bajo seda.

—Pluma Negra acaba de decírmelo. La entidad que controla a los Reptiles las está utilizando para atravesar la barrera. Pluma Negra dice que está llegando. Necesitan nuestra ayuda... si no llegamos pronto. Alastor... está usando sus almas... —Se estremeció,

recordando el mal opresivo en el fondo. Apenas podía comprender la devastación de la que era capaz.

Su mirada se endureció mientras pasaba de hombre a soldado.

—Cuéntame más.

—Dijeron que es más fuerte. Mucho más fuerte. Solo pueden contenerlo durante un tiempo en la siguiente dimensión. Si no rescatamos a las mujeres, no tenemos posibilidad de detenerlo. Las está utilizando para crear una especie de portal. Si lo consigue, ninguno de nosotros tiene la más mínima oportunidad —Su agarre se tensó en su brazo y el horror se apoderó de ella—. Y será pronto. Muy pronto.

—¿Dónde están las mujeres humanas? —preguntó Alastor.

—Pluma Negra dijo que están en la pirámide donde Starlight detectó el pico de energía —dijo Marie.

—Entonces iremos ahora —Alastor la levantó sin decir una palabra más. La colocó en la arena y ella corrió a recoger su ropa.

Su piel se erizó de conciencia y miró por encima de su hombro. Ella era el único foco de Alastor. No solo la miraba, su mirada la atravesaba. Su pelo estaba húmedo por el agua y las gotas caían de los mechones sobre su pecho desnudo.

Siguió un hilillo mientras goteaba sobre los bultos de su abdomen hasta la cintura de sus pantalones mojados. Hasta el muy obvio bulto que tensaba el frente. Sus puños se apretaban y se abrían mientras la miraba directamente, con hambre abierta en sus ojos.

Tragó saliva, metiéndose en su ropa lo mejor que pudo a pesar de tener la piel húmeda. Su ropa se le pegaba, ralentizando su progreso. Unas manos grandes rozaron las suyas y él la ayudó a vestirse. Manos que le habían dado el mayor orgasmo de su vida.

Debería haberlo detenido cuando la había recogido y la había sostenido contra él, pero su tacto era adictivo, al igual que la forma en que la había tocado y acariciado hasta el olvido. Como si fuera lo más preciado del mundo. Era una tentación a la que era demasiado débil para resistirse, pero resistir debía. Se negaba a ser manipulada de esa manera.

Además, él era un soldado y estaban en guerra. Ella era una humana que regresaría a la Tierra y él continuaría viajando a través

de las estrellas. Incluso si hubiera algo especial entre ellos, no había futuro.

No tenía fuerzas en su corazón para sobrevivir a eso, porque si había algo que sabía, era que Alastor tenía la capacidad de llevarse su corazón y no sabía cómo sobreviviría si se lo entregaba.

Tenía que mantener la cabeza en el juego. Si no lo hacía, el futuro del universo, por no hablar de las vidas de muchas más personas inocentes, estaría realmente en juego.



Capítulo Diecinueve

Volvió corriendo a la aldea, con Alastor pisándole los talones. Era tarde y estaba oscuro, los aldeanos se habían ido a dormir hace tiempo. Teniendo en cuenta que aún se estaban recuperando del abuso de los Reptiles, no le sorprendía. Necesitaban semanas para recuperarse completamente. Sus mentes eran otra cosa, si es que alguna vez sanaban del todo.

Si el mal que había sentido lograra atravesar este mundo, nadie tendría la más mínima oportunidad. Los Reptiles habían esclavizado planetas... esta entidad los aniquilaría. Se preguntó qué podría motivar a una entidad a llegar tan lejos para atravesar dimensiones, para mutilar, torturar y matar a tanta gente inocente que ni siquiera estaba en un universo similar. Tan fuerte que Pluma Negra y Lyria estaban más que preocupados —y ellos eran fuertes—, maestros por derecho propio. Esto era grave.

Entraron en la pequeña habitación donde Alastor había estado tan enfermo. Todavía se estaba curando y probablemente sentía dolor, aunque no diera ninguna señal de ello.

—¿Se salvaron nuestras mochilas? —preguntó Alastor.

Ella las sacó de un armario, junto con el Buscador. Él lo encendió inmediatamente. El holograma cobró vida sobre la pantalla en su

muñeca. La enorme pirámide apareció, elevándose desde las arenas planas. Los números se desplazaban por un lateral. Líneas azules y púrpuras que antes no estaban allí se entrelazaban y caían sobre la pirámide.

—¿Por qué está haciendo eso? —preguntó Marie.

—La energía. Es increíblemente alta —Mientras observaban, una de las líneas saltó y desapareció por la parte superior. Alastor maldijo—. Eso no es bueno.

Seriat apareció en la puerta.

—He oído ruido. ¿Va todo bien?

—No, Seriat. Tenemos que irnos —Marie le hizo un rápido resumen de lo que acababa de ocurrir, omitiendo el alucinante orgasmo que había experimentado.

La conmoción cruzó el rostro de Seriat mientras su mirada saltaba entre Alastor y ella.

—¿Qué podemos hacer?

Alastor sacó sistemáticamente el equipo de las mochilas y comenzó a reempacar una de ellas. El rojo se filtraba a través de los vendajes de su espalda.

Marie jadeó.

—¡Alastor, tu espalda!

—Voy a buscar al médico y vendajes limpios —Seriat salió disparada de la habitación.

—¿Qué son esos? —preguntó ella. Había algunos objetos de aspecto siniestro que no había visto antes.

—Armas. Agua —Se enderezó con una expresión en su rostro para la que ella no encontraba nombre—. Marie, no tienes por qué venir. No quiero ponerte en peligro. Si algo ocurriera...

—No tengo miedo —Ella sabía lo que le esperaba después de morir. Una vida hablando con los muertos había eliminado ese temor.

—Sé que no tienes miedo, pero esto podría ser violento —dijo Alastor.

—Y esta es también mi elección. Tienes que respetarla —contestó Marie.

Sus ojos se oscurecieron y él le acarició la mejilla. El calor brotó desde su vientre mientras ella colocaba su mano sobre la de él. Su

pulgar le acarició suavemente la mejilla.

—Eres valiente, Marie. He estado tan equivocado, y ahora parece que se me ha acabado el tiempo para agradecer la vida que se me ha dado. Mi pesar es no haber abierto los ojos antes.

La sorpresa la invadió cuando Seriat regresó con el médico. Este echó un vistazo a las heridas de Alastor y no perdió tiempo.

—Por favor, siéntese. Seriat me ha contado lo que ha ocurrido. Tengo un gel anestésico que puedo aplicarle. Debería hacerle sentir más cómodo.

Alastor asintió.

—Lo agradezco —Se sentó en el extremo del catre mientras el médico le trataba.

Marie hizo un gesto de dolor al ver cómo se amontonaban en el suelo los vendajes húmedos y ensangrentados. Las heridas debajo estaban rojas y en carne viva, y debían de doler como el infierno.

—Tengo una bebida energética. Os dará los nutrientes que necesitáis —dijo Seriat.

—Aceptaré toda la ayuda que pueda conseguir —dijo Marie.

Seriat vertió un líquido verde incandescente en dos simples tazas de madera. Marie no dudó antes de tragar el líquido. Quemó un camino ardiente por su garganta. Un calor acogedor se formó en su estómago y se extendió por su cuerpo, haciendo que su sangre chispeara y hormigueara. La energía pulsaba a través de ella.

—Vaya. Eso tiene fuerza —comentó Marie.

—Se la damos a los guerreros que atraviesan las arenas durante semanas. Da a sus cuerpos las reservas extra que necesitan para llevar a cabo semejante tarea —explicó Seriat.

Marie podía imaginarlo perfectamente. Sentía que podría correr una maratón, a pesar de no haberse entrenado en su vida. Seriat le entregó su taza a Alastor y él tragó rápidamente el líquido.

—Mi gente y yo queremos ir con vosotros —dijo Seriat.

—No es necesario. Todavía se están recuperando y hay cierta distancia que recorrer —dijo Alastor.

—Pero podemos ayudar. Meditaremos, tal como nos enseñaste, Marie —insistió Seriat.

Era una posibilidad remota. Solo habían intentado una sesión de meditación. Marie envió una silenciosa plegaria a Pluma Negra para que les ayudara.

—Debemos irnos, Marie —Alastor se colgó la mochila al hombro como si su espalda no estuviera completamente destrozada. Su expresión permaneció estoica. A veces parecía más máquina que hombre, o quizás era su entrenamiento militar. No mostrar debilidad. No mostrar emoción.

—Intentadlo. Por favor —Le dio un abrazo a Seriat—. Deséanos suerte.

—Os ayudaremos en todo lo que podamos. Iré ahora mismo a reunir a todos y empezaremos a meditar. Espero que nos hayas enseñado lo suficiente para poder hacer lo que se necesita —dijo Seriat.

—Gracias, Seriat. Adiós, amiga mía —Ni siquiera podía decir que la volvería a ver, o si sobreviviría. Parpadeando para contener las lágrimas, siguió a Alastor fuera, el luminoso holograma cubriendo su rostro con luz azul.

—Es por aquí.

Ella asintió, poniéndose a su lado. Lo que fuera que tuviera la bebida recorría su sistema y agradeció silenciosamente a Seriat. Pronto dejaron atrás el refugio de la aldea y caminaron a través de una enorme extensión de arena.

—Marie. Sobre esta noche —Aunque habló en voz baja, sus palabras tuvieron un impacto mucho mayor.

Ella tomó aire para fortalecerse, mientras su estómago se revolvía como plomo.

—Realmente no sé qué me poseyó en el... agua, pero solo quiero que sepas que no volveré a ser así. Entiendo que este no es el momento ni el lugar para lo que sea que hay entre nosotros y no quiero desviar tu atención de la misión.

—¿Y qué pasa *después* de la misión? —Sus ojos eran plata fundida.

¿Después de la misión? No había un "después de la misión", ni tampoco habría un "durante la misión".

—Alastor, los dos sabemos que no es una buena idea. Todo es tan incierto. Estamos en una galaxia desconocida. Incluso si logramos salvar a estas mujeres, ¿qué pasará después? Tú irás a otra misión. Yo intentaré volver a la Tierra. De alguna manera. Ese es mi hogar. Siempre lo será. Necesito volver allí —Esas palabras eran la verdad. Tenía gente que la necesitaba. Seres queridos que habían fallecido y necesitaban hacer llegar mensajes a sus familias.

Entonces, ¿por qué se agarraba el estómago cuando sus entrañas se revolvían y su corazón latía con una sacudida enfermiza? Quería recurrir a Pluma Negra, pero se contuvo. Estaban en una situación desesperada y no podía molestarle por su vida amorosa —o la ausencia de la misma.

Para ser sincera, lo había utilizado a él —y a sus habilidades— como muleta cada vez más desde *aquel* día. Tenía que empezar a tomar decisiones por sí misma. Pero, ¿por qué tenían que ser tan dolorosas?

—Marie... —Alastor se acercó a ella, su poderoso aroma envolviéndola, haciéndole querer echarse en sus brazos y suplicarle que la besara. Su piel hormigueaba en anticipación, sus labios se separaron, pero su cerebro intervino.

Levantó la mano, retrocediendo.

—Además, Alastor. Puede que no volvamos de esta misión. Pareces empeñado en arriesgar tu vida por esta guerra. ¿Qué crees que va a pasar? Nos besamos. Quizás hacemos el amor. Y luego vas y sacrificas tu vida por el bien común. Esto no son unas vacaciones y no es un romance. No sé cómo llamarlo más allá de una fatalidad segura. Es una mala idea y los dos deberíamos reconocerlo y seguir adelante. Será mejor para ambos a largo plazo. Créeme.



Capítulo Veinte

Ella no dijo nada que él no hubiera pensado antes, pero ahora había una diferencia. Quería más. La quería a *ella*. Ella había pronunciado unas palabras cuando todo su cuerpo comunicaba otras muy diferentes.

Y sin embargo, tenía razón.

No era el momento para hacer el amor.

Y sin embargo, se equivocaba.

Él ya no quería sacrificar su vida. Quería verla cobrar vida bajo su tacto de nuevo. Quería contemplar cómo respondía a su boca. Hundir su miembro en ella, no solo sus dedos. Por primera vez en mucho tiempo, deseaba algo más que sangre de Reptiles y venganza.

Quería redención. Perdón. Quería sentirse vivo de nuevo.

—Te equivocas, Marie. Superaremos esta misión y luego exploraremos lo que hay entre nosotros. Me has dado más motivos para querer vivir. Algo más grande. Algo mejor.

La tomó en sus brazos y bajó su boca hacia la de ella. Esperaba resistencia, pero no hubo ninguna. Su cuerpo estaba rígido antes de derretirse en sus brazos y responder a su beso, igual que las otras veces que la había besado. Eso le decía más que simples palabras.

Deslizó su lengua en su boca, tomando lo que ella estaba dispuesta a darle. No era un beso tentativo. La estaba reclamando como suya. Marcándola con su lengua. Seduciéndola con sus labios. Doblegándola a su voluntad con su sabor.

Este beso no era una petición. Era una exigencia para que dejara de pensar. Dejara de racionalizar.

Él ya había hecho suficiente de eso por los dos.

Sostuvo su cabeza en la palma de su mano, su pelo cayendo como la seda más suave sobre su piel mientras terminaba el beso. Sus labios brillaban bajo la luz de la luna, sombreados y de un rosa oscuro. Los ojos cerrados se abrieron lentamente, su mirada aturdida encontrándose con la suya. Le gustaba verla así. Haría todo lo posible para que lo mirara así todo el tiempo.

—Tu respuesta dice algo diferente a tus palabras, Marie —apenas reconoció su propia voz, tan profunda y ronca.

Su cuerpo le gritaba que la besara de nuevo. Que encontrara un oasis y se enterrara en el paraíso. En lugar de eso, la puso de nuevo sobre sus pies y se aseguró de que estaba estable antes de soltarla a regañadientes. Habría tiempo para explorar más tarde, ahora que *tenía* un más tarde.

—Alastor, yo...

—Tenemos una misión, Marie. Que vamos a cumplir y en la que vamos a tener éxito. Y los aniquilaremos a todos. Después hablaremos de todas las razones que tienes para no explorar lo que hay entre nosotros. ¿Puedes caminar, Marie? Todavía nos queda bastante distancia por recorrer. Puedo llevarte si lo necesitas.

—Pero... tu espalda.

El muro alrededor de su corazón se resquebrajó un poco más ante su consideración. —Está bien. Recibiré tratamiento médico a bordo del Starlight y será como si nunca hubiera ocurrido. Lo que sea que me dio el médico está funcionando bien. ¿Estás lista para continuar?

Ella frunció el ceño, su frente arrugándose confundida. —Estoy lista para seguir caminando. Pero... hablaba en serio, Alastor.

No importaba lo que dijera. Las suyas eran palabras vacías, protestando por algo que ella deseaba tanto como él. La deseaba. Desesperadamente. Ya no podía negarlo, y había llegado a un punto

en el que no quería hacerlo. Había sido así con Keira, y cuando ella murió, no poder tocarla le había afectado.

La soledad física había sido abrumadora. Su cuerpo había anhelado el tacto de Keira, el dolor como síntomas de abstinencia. Había reemplazado ese tipo de consuelo con otro más crudo. Reemplazó la ternura con ira. La felicidad con resentimiento. El amor con la necesidad de matar, mutilar y destruir todo lo que le había arrebatado su mundo.

Había vivido en un pozo profundo, frío e interminable de rabia y furia. Había olvidado la bondad que la vida podía ofrecer. Había culpado a Keira por abandonarlo, incluso cuando sabía que era ilógico.

Había alejado a los demás, demasiado asustado para dejar entrar a nadie. Se había sumergido en la oscuridad y la ira —y se había deleitado en ella con su propia rectitud—, mientras que al mismo tiempo, olvidando lo que Keira había aportado a su vida. La luz. La alegría. Había olvidado todo eso en su búsqueda de venganza. Ahora, esa venganza no parecía tan importante.

Había olvidado aquel tiempo de su vida cuando se conocieron en su primera misión de entrenamiento, que había quedado cautivado por su risa. Era contagiosa. Había luchado por mantenerse serio, mientras que al mismo tiempo, le envolvía el impulso de reír a carcajadas. Eso era lo que Keira había aportado a su vida mientras estaba viva. Debería estar agradecido por ello.

—¿Quién es Keira? —Ella aspiró rápidamente—. Oh, lo siento. El nombre simplemente apareció en mi cabeza. Olvida que dije algo. Tengo que dejar de soltar las cosas así —agachó la cabeza y su sedoso pelo platino le cubrió la cara como si estuviera avergonzada de sí misma.

Él le colocó el mechón detrás de la oreja. Ella nunca debería avergonzarse de sí misma o de su don. Él había impedido que la gente hablara de Keira, pero Keira era más que su muerte. Su vida debía ser celebrada y recordada, y no podía pensar en una mejor persona para contárselo.

No hay aceptación sin absolución. Quería más que una atracción física con Marie. Mucho más. Nada grande se logra sin sacrificio.

Tomó un respiro fortalecedor. Todavía era difícil. Había pasado mucho tiempo desde que habló de Keira y justo ahora se daba cuenta de lo equivocado que había estado. —Ella era... mi esposa.

—¿Era?

—Ella... murió. Luchando contra los Reptiles.

Marie tomó aire rápidamente. —Lo siento mucho, Alastor. Debiste... haberla querido muchísimo.

La mirada de Marie se apartó de su rostro. Él quería que lo mirara. Quería que supiera que era importante que compartiera a Keira con ella. Colocó su nudillo bajo su barbilla y le levantó la cabeza hasta que sus miradas se encontraron.

—Era mi esposa. La amaba profundamente.

Los ojos de Marie se llenaron de lágrimas contenidas. —Por supuesto que sí.

Tomó otro respiro profundo. Esto era difícil, pero si quería algún tipo de futuro con Marie, tenía que decírselo. —Su muerte fue culpa mía.

—Pero, ¿no dijiste que murió luchando contra los Reptiles?

Asintió. Necesitaba que ella viera su verdadero yo, y para eso necesitaba revivir el peor día de su vida. —Le dije que estaría ahí para ella, pero nos separamos —había sido una de las batallas más brutales que jamás había librado. Habían sufrido graves pérdidas sin ningún beneficio—. Luchó bien. Con valentía. Pero fue acorralada por cuatro Reptiles. Lo vi suceder, Marie. Lo vi suceder y no pude hacer nada para detenerlo —temblaba con rabia impotente. Con dolor. Solo gracias a años de práctica de autocontrol no se derrumbaba justo frente a ella—. ¿Qué clase de hombre soy que no protegí a mi esposa? Era mi deber protegerla y dejé que muriera.

Las cálidas manos de Marie envolvieron las suyas y apretaron suavemente. —¿Qué te dio la idea de que la dejaste hacer algo?

Su mirada se clavó en la de ella. —La muerte no es una elección —había visto a demasiadas especies gritando sus últimos alientos para saber que la muerte ciertamente no era una elección.

—La muerte es parte de la vida, y las almas eligen lo que quieren en la vida. Hay un plan. A menudo un plan duro, pero hecho con el mejor resultado posible. Lo único que he llegado a aprender es que

no hay muerte verdadera. Solo el cuerpo muere. El alma, que es nuestro verdadero ser, vive. No hubo nada en su muerte que fuera culpa tuya. *Ella* eligió su muerte predestinada. *Todos* lo hacen.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar tan segura? —Sabía con certeza que no había absolución para ese tipo de pecado, y sin embargo, lo que Marie decía tocaba una fibra profunda dentro de él, algo tan hondo, tan inherente, que conocía la verdad de sus palabras—. ¿Estás diciendo que ella sigue viva?

Sonrió, pero fue un triste giro de sus labios. —Sé que lo está. No estoy diciendo que la muerte sea fácil. Demasiadas personas han venido a mí para decirme que lo es. Es el mayor dolor de la vida, perder a alguien que amas. Pero veo las almas de los que han partido. Siempre regresan para consolar a los que quedan atrás. Nadie es olvidado. Y llegará un momento en que todos moriremos y nos reuniremos con nuestros seres queridos. Ese es el verdadero ciclo de la vida. Nacemos. Morimos. Nos reunimos y luego elegimos vivir de nuevo.

Vio el peso del conocimiento en sus ojos, la certeza de que lo que decía era verdad. Acunó su mejilla en la palma de su mano. —Eres preciosa, Marie. Tus dones... son... tú eres... —Increíble. Inconcebible. Extraordinaria.

—Una rareza.

—¿Qué? ¡*No*! Eso nunca. *Jamás*. Marie, esto es una bendición. ¿Por qué dirías eso?

—Cuando eres alguien que puede sentir y ver a los muertos, la gente tiende a asustarse. Rechazan lo que no entienden.

—Yo no me «asusto». No sé qué significa eso, pero no suena a nada bueno. Encuentro tu don fascinante —dijo.

Ella se rio, pero no había humor en el sonido. —Es una pena que mis padres no pensaran igual.

El músculo de su mandíbula se tensó. —Entonces eran despreciables.

—Estaban asustados. Cuando tu hija de dos años empieza a hablar de amigos invisibles y no deja de verlos *nunca*, empiezas a preocuparte. Me llevaron a todo tipo de psicoterapeutas. Ninguno logró que dejara de verlos. Me llevaron a médicos. Ningún

medicamento podía alejar a los muertos. Eran mis amigos. Especialmente Pluma Negra.

—Él es especial para ti.

Asintió. —Es mi mejor amigo. Mi padre. Mi abuelo. Mi mentor. Mi guía. Mi maestro. Siempre ha estado ahí. Siempre estará ahí —Una verdadera preocupación cruzó su rostro—. Estoy tan preocupada, Alastor. ¿Y si... y si no llegamos a tiempo?

Enderezó los hombros, ignorando el destello de dolor de su espalda. Era hora de irse. —Les ayudaremos. Ganaremos.

—¿Cómo lo sabes? Esta entidad... nunca he sentido nada igual. Si es demasiado fuerte para Pluma Negra, simplemente no sé qué podemos hacer aquí.

—Encontraremos una manera, Marie. He perdido todo. A todos. Pero lucharé con todo lo que soy, porque ahora... ahora tengo todo por lo que luchar.



Capítulo veintiuno

Marie se quedó muda ante las palabras de Alastor y el hecho de que no saliera corriendo. Con solo un atisbo de lo que ella podía ver, sentir y hacer, la mayoría de los hombres no sabían qué pensar de ella y la clasificaban inmediatamente como demasiado extraña para relacionarse. Solo había hecho falta un alienígena para ver más allá de su don y percibir quién era realmente. Lástima que no hubiera futuro para ellos.

Unos zarcillos rosados se extendían desde él para hundirse en ella, pulsando con sus emociones, sus intenciones y la esencia de su alma, conectándolos a un nivel que la mayoría no entendería o ni siquiera conocería. La comprensión de quién era él florecía dentro de ella, tan cercano a lo humano, pero no exactamente igual. No había hecho concesiones por eso y debía recordar que no estaba en la Tierra y que estas no eran circunstancias normales.

Le gustaba Alastor.

De hecho, más que gustarle.

Lo deseaba.

Sentía lujuria.

Y lo que es más, él había bajado sus barreras y se había abierto a ella. *Realmente* se había abierto a ella. La había escuchado. Parecía

entenderla. Estaba interesado. En ella.

Los hombres no sabían realmente qué pensar de ella. Había intentado ocultar esa parte de sí misma, pero inevitablemente salía a la luz. No podía evitar que a veces conociera secretos íntimos de las personas, pero parecían reprochárselo. Como mínimo, hacía que los hombres se sintieran incómodos. Les gustaba guardar sus secretos.

Así que había vivido con ese vacío dentro, llenándolo con Black Feather. El que mejor la entendía y conocía. Hasta que Alastor había despertado esos impulsos latentes a los que había renunciado hacía tiempo.

Su deseo era algo físico y tangible, y ahora que él se había abierto, todo estaba fluyendo. Había probado su alma, sus emociones más profundas, y ahora lo sabía.

La suya era una profunda conexión de almas. Nunca saldría ilesa. Todos los "si tan solo" se agolpaban en su mente. Si tan solo no estuvieran en esta misión. Si tan solo estuviera en la Tierra. Si tan solo Alastor no fuera un alienígena. "Si tan solo" demasiado grandes. Demasiado difíciles y demasiado importantes como para ignorarlos y fingir que no estaban ahí.

—Se nos acaba el tiempo. Deberíamos irnos —su voz sonaba espesa, las palabras aún más densas. Se sentía como una idiota, rechazándolo después de lo que le había contado, pero nunca podría ser. Él tendría que ver que no podía haber futuro entre ellos.

El arrepentimiento pulsaba a través de ella como una necesidad retorcida, que descartó despiadadamente. Si tan solo pudiera hablar con Black Feather, pero él no estaba allí. Estaba sola.

Aunque, en realidad no lo estaba, ¿verdad? Tenía a Alastor. Real y sólido, y sexy como el infierno. Pero ¿por qué su corazón tartamudeaba y sentía como si tuviera alfileres y agujas bajo la piel? Un rubor caliente le subió por el cuello.

Se frotó el centro del pecho, tratando de borrar el dolor. Pero crecía hasta que las llamas le lamieron por dentro. Oh Dios, estaba sucediendo de nuevo. Jadeó, con la boca abierta, arrastrando aire a sus pulmones, arañándose la piel para detener el fuego.

—¡Marie! ¿Qué te pasa?

Ella lo miró entrecerrado los ojos a través de las lágrimas.

—Me... duele.

Alastor le rasgó el traje, extendiendo la palma sobre su piel. Una bendita insensibilidad alivió el picor. Su respiración se entrecortó.

—Ya... ha pasado. ¿Qué has hecho?

—Solo te estoy tocando —pasó ligeramente la mano por su hombro y bajó por su brazo. Ella se estremeció, pero por una razón completamente diferente.

—Eso... eso lo está haciendo sentir mejor —admitió.

—En serio —no era tanto una pregunta como un pensamiento meditado—. ¿Te importa si pruebo algo? Será muy rápido.

Ella asintió, preguntándose por qué y qué le pedía, pero antes de que pudiera pensar más, él levantó su mano y ella fue asaltada por llamas bajo su piel antes de que él la tocara de nuevo. La agonía desapareció.

—¿Por qué está pasando esto?

—Creo que estamos cerca de la fuente. Estás captando la energía de la misma manera que captaste a Seriat. Aquí, tócame. Parece difundir la energía —colocó la mano de ella en su antebrazo antes de activar el Buscador y leer la pantalla.

—Estamos solo a medio kilómetro —dijo Alastor.

Ella miró por encima de la arena plana y las lunas gemelas que estaban casi en el horizonte. El gris teñía el cielo con los primeros toques del amanecer, pero no había ninguna pirámide a la vista.

—¿Qué voy a hacer?

—Quieres decir, ¿qué vamos a hacer *nosotros*?

Ella frunció el ceño sin entender. Él le enganchó un nudillo bajo la barbilla.

—Estamos juntos en esto, Marie. Ya no eres solo tú contra el mundo. Ya no —dijo.

Ella se burló.

—¿El burro hablando de orejas?

Su ceño fruncido reflejaba el de ella.

—Olvida la referencia. Significa que eres la persona más solitaria que he conocido. Nunca dices "*nosotros*". Eso no está en tu vocabulario.

—Ahora lo está —buscó el músculo que solía contraerse en su sien, sorprendida de ver la piel lisa. Su mirada, sin embargo, no era menos intensa. Esta vez las emociones que sentía emanando de él eran una mezcla de determinación, protección y puro deseo.

—No es lo que dijiste antes.

—Eso fue antes de conocer la diferencia —pasó la yema del pulgar por su mejilla y ella se estremeció ante el toque íntimo—. Te cogeré la mano. Te seguiré tocando, y cuando lleguemos allí, decidiremos qué hacer.

Su agarre era firme. Constante. Tranquilizador y estable. Tampoco era un sacrificio dejar que la sostuviera. Su esencia fluía a través de ella. Intentó amurallarla, tratando de protegerse de sentirlo, pero su energía se filtraba a través de sus mejores defensas. Justo como debería ser una conexión de almas.

¿Cómo habían cambiado las cosas de manera tan dramática, tan rápido? Su mente daba vueltas con las imposibilidades hasta que la punta de una pirámide más grande que la gran pirámide de Giza apareció en el horizonte.

No había reflejos, ni sombras, absorbiendo la luz de las estrellas y las lunas. A diferencia de las otras pirámides que había visto en este planeta, donde los colores pastel se arremolinaban y reflejaban los colores del arcoíris como una mancha de aceite en constante movimiento, el negro mate de esta pirámide era inquietante. Ciertamente no era natural. Una sensación de mal presagio se filtraba en cada célula.

Alastor le apretó la mano.

—¿Estás bien?

Ella se armó de valor.

—Solo estoy captando la energía de este lugar. Es como si estuviera... muerto.

Pulsaba con la misma distorsión del intermedio, y apenas podía soportarlo. El mal era opresivo, oscuro y pesado. Apretó su agarre en la mano de Alastor, su corazón latiendo con fuerza, respirando en cortos jadeos. Black Feather llegaba demasiado tarde. Ellos llegaban demasiado tarde.

—Creo... creo que la entidad ya está empezando a atravesar.



Capítulo Veintidós

El aire estaba denso y viciado. Incluso él podía sentir el cambio mientras se acercaban a la estructura. Parecía estar cubierta por un lodo aceitoso, y cuando se aproximaron a la pirámide, los colores nacarados daban la impresión de haber muerto. Los rosas se habían desvanecido a grises oscuros, la plata opalescente a negro. Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo dentro y fuera, no era bueno, y se sentía completamente desprevenido.

La sensación de rabia y urgencia que normalmente sentía cuando entraba en batalla, la necesidad de colocarse en primera línea, estaba ausente, reemplazada por una calma. Esta situación era peligrosa. Se enfrentaba a un enemigo completamente desconocido. Había mujeres humanas en riesgo. No sabía dónde se estaba metiendo, no tenía respaldo y tenía que proteger lo más preciado del mundo en caso de que las cosas se volvieran peligrosas. Recopilar esta información era de suma importancia.

Quizás era porque había hecho las paces consigo mismo, o quizás era por la presencia tranquilizadora de Marie, no estaba seguro. Lo único que sabía era que tenía mucho que agradecer, y todavía más por lo que vivir. No podía dejar las cosas sin decir. No cuando la

situación era tan peligrosa. Haría cualquier cosa para protegerla, incluso sacrificarse para que ella pudiera vivir.

Le susurró al oído: —Recuerda, sea lo que sea que veamos, estamos aquí para obtener información para planear el mejor ataque posible. Entramos, vemos lo que está pasando y luego salimos. Sin importar lo difícil que sea. Sin importar lo que podamos ver. ¿Vale?

—Entiendo. ¿Cómo entramos? —Su voz tembló.

Activó el Buscador para monitorizar el interior de la estructura. El lector tridimensional comenzó a formarse sobre el panel de datos en su muñeca. Solo le tomó un momento ver los pasillos sinuosos y las diversas salas que salían de los numerosos corredores, pero el centro estaba completamente ausente. Fuera lo que fuese lo que había allí, era capaz de ocultarse del escáner. Entrarían a ciegas.

Giró la imagen, buscando un punto de entrada no muy lejos de donde estaban. Con cuidado de no soltar la mano de Marie, siguió el mapa holográfico hasta que encontró una puerta que apenas era más que una hendidura rectangular en la pared lisa de la pirámide. Presionó en el centro de la forma y el panel retrocedió para revelar la profundidad oscura del interior. El aire tenía un olor ligeramente mohoso—frío, húmedo y dulzón enfermizo. El Buscador parpadeó. Un sonido pulsátil y profundo los envolvió, como una interferencia eléctrica, pero a mayor escala.

Sacó su láser y entraron. La oscuridad cayó sobre sus cuerpos, densa y ácida. Marie se estremeció, con un movimiento que le llegaba hasta los huesos. Su piel estaba húmeda y fría. Sus labios se entreabrieron, jadeando con los inicios de un ataque de pánico.

Él deslizó las yemas de sus dedos por su barbilla y esperó hasta que su mirada encontró la suya. Presionó sus labios contra los de ella, demorándose hasta que la sintió ablandarse. Esperó a que su tensión disminuyera antes de retirarse y susurrarle al oído: —Puedes hacer esto, Marie.

Sus ojos se enfocaron y su mandíbula se tensó, y después de un breve momento, asintió. Él la protegería con su vida, y también sabía que ella tenía protección del intermedio. Deseaba que no formara parte de esto, pero sin importar lo que pensara, sabía que ella tenía que estar aquí. Por mucho que lo odiara, ella era la única

que podría tener alguna posibilidad de derrotar a esta *cosa* que estaba atacando mundos.

—¿Estás lista para continuar?

Ella asintió y él la condujo más por el pasillo, donde el aire se volvió más nocivo y opresivo. Lo único que lo mantuvo avanzando fue saber que muchas vidas estaban en juego.

La luz del Buscador bañó las paredes, que eran tan negras como el exterior. Parecía que la esencia de la estructura había cambiado. Una débil luz azul apareció adelante y él apagó el Buscador, sumergiéndolos en la oscuridad total. Los dedos de Marie se tensaron y se acercó tanto que él sintió cada curva de su cuerpo.

La luz pulsaba y el zumbido de baja intensidad se hizo más pronunciado a medida que avanzaban. Sus entrañas protestaron, rechazando la sensación de "error" con cada paso que daban.

Se acercaron sigilosamente a la puerta rectangular abierta. Él aplastó su espalda contra la pared. Colocó a Marie a su lado, se preparó y miró dentro. Un sudor frío brotó por su cuerpo.

Dentro había una gran cámara de varios pisos de altura. Filas y filas de cientos de celdas se extendían hacia arriba desde el suelo. Una luz azul iluminaba cada celda que contenía siluetas sombrías e inmóviles.

Nubes negras ondulaban sobre ellos. La masa se arremolinaba y pulsaba como si tuviera una fuerza vital propia. El aire era gélido, los remolinos llevaban destellos de hielo que captaban la luz azul como estrellas centelleantes. Mientras observaba, las nubes descendieron, devorando filas de celdas a medida que avanzaban.

Su mente titubeó, al borde de rechazar lo que veía. Era repugnante. Horroroso. Mujeres humanas, cientos de ellas. ¡Y las nubes las estaban... consumiendo!

Hubo un sonido estrangulado a su lado. La mirada horrorizada en el rostro de Marie reflejaba su estómago revuelto. Su boca se abrió, escapándosele un sonido inarticulado y confuso. Él la agarró por los hombros, empujándola hacia atrás por el pasillo, alejándola de la cámara. Ella se aferró a sus antebrazos, como si se estuviese anclando, sus dedos clavándose en su ropa. —Alastor... la... oscuridad...!

—Tengo que sacarte de aquí. —Quería que estuviera lo más lejos posible de lo que *demonios* fuera aquello que había dentro.

Sus dedos se tensaron alrededor de sus brazos. —¡No! Esa es la niebla negra que mantiene a la gente esclavizada mentalmente. Está... aquí. Eso es contra lo que luchaba Black Feather. Dios mío. Ya ha entrado en este mundo.

La sangre le palpitaba en los oídos. —Tenemos que volver a la lanzadera. Llegar al Starlight. Esto es demasiado grande para ti y para mí. —No había forma de que ellos dos pudieran detenerlo. Ni siquiera sabía exactamente qué era. Necesitaba refuerzos. Apoyo. Y sacar a Marie de aquí de inmediato.

—¡No hay tiempo! Alastor, no se puede saber el daño que algo como esto podría hacer a este mundo. ¡Tenemos que hacer algo! —dijo Marie.

Él recorrió la línea de su mandíbula con la yema del pulgar. —¿Qué podemos hacer posiblemente? Hay cientos, quizás miles de mujeres que necesitan ayuda. ¿De verdad crees que nosotros dos podemos liberarlas a todas? ¿Y qué pasa con esas nubes? ¿Qué ocurre si intentamos algo y fracasamos? ¿Si acabamos esclavizados mentalmente nosotros mismos? —Serían una estadística más en un universo que perecería. El Starlight nunca sabría lo que estaba sucediendo aquí. Serían los primeros en ser destruidos.

—Voy a meditar. Intentar entender lo que está pasando. Por qué esas mujeres están atrapadas en esas *cosas*. Al menos así podremos entender completamente a lo que nos enfrentamos. Podría... minimizar las pérdidas. No puedo... no puedo dejarlas ahí sin intentar *algo*. No tenemos más tiempo —dijo Marie.

Maldición, tenía razón. Pero Marie estaría poniéndose en peligro. Esta *cosa* era lo suficientemente poderosa como para atravesar dimensiones. Incluso alguien tan talentoso como Marie podría no tener ninguna posibilidad. No sacrificaría a Marie. —No, Marie. No podría soportarlo si... —tomó aire profundamente—. ...si te perdiera a ti también.

Miró fijamente sus grandes ojos violetas que siempre parecían ver mucho más. —Has pasado por tanto, Alastor. Lo entiendo. A veces hay que arriesgar la vida para honrar la vida.

Él lo sabía. *Dioses*, lo sabía, pero incluso sabiéndolo no lo hacía más fácil. Aun así tenía que respetarlo. Cerró los ojos, sintiendo el pulso del músculo en su mandíbula de nuevo. No respetar esa decisión sería no respetar a Marie y su valentía. Haría cualquier cosa por ella, incluso ayudarla a ponerse en peligro. Simplemente estaría listo para ayudarla a salir de él.

—¿Qué quieres que haga?

Ella asintió a pesar de que su pequeño cuerpo temblaba de miedo. Valiente, hermosa Marie. —Sujeta mi mano. Confío en que me traerás de vuelta.

—Siempre te traeré de vuelta. Cueste lo que cueste. —La presionó fuertemente contra su pecho, sus labios chocando con los de ella. Ella se aferró a él con fiereza, devolviéndole el beso con su propia urgencia creciente. Se separaron, jadeando, con sus labios hinchados y húmedos, y cuando sus ojos se enfocaron en los suyos, contenían el peso del mundo.

Dioses, haría *cualquier cosa* para que esto no estuviera pasando. Pero eso era solo un pensamiento ilusorio. No había opciones. No se enfrentaba a un enemigo que pudiera entender, mucho menos intentar derrotar solo. Esta única oportunidad podría marcar la diferencia en esta larga y agotadora guerra.

—Te daré cinco minutos. Si no vuelves en ese tiempo, voy a sacudirte hasta que vea esos hermosos ojos mirándome de nuevo, entidad o no. ¿Entiendes?



Capítulo veintitrés

—No puedes hacer esto en medio del pasillo —dijo Alastor.

Comprobó al Buscador y la arrastró hasta un pequeño nicho no muy lejos de donde estaban, lo justo para que cupieran los dos y donde aún podían ver el interior de la cámara. Ella se acomodó en el suelo arenoso y apoyó la espalda contra la pared.

Había suficiente luz para ver la tensión en el rostro de Alastor. Se correspondía con la forma en que su estómago se encogía y retorcía. No quería tomarse más de cinco minutos, pero no sabía cuánto tiempo necesitaría —o realmente, qué haría una vez que mentalmente entrara en un estado meditativo. Esto estaba tan fuera de su ámbito de experiencia que no tenía gracia.

Tenía que descubrir cómo salvar a esas mujeres. Dios sabía cuánto tiempo llevaban atrapadas así. Y Dios sabía qué tortura estaban sufriendo actualmente, o si ella podría ayudarlas en absoluto. Tenía que intentarlo.

—Cinco minutos, Marie.

—Cinco minutos.

Echó un último vistazo a Alastor antes de cerrar los ojos y concentrarse, estabilizándose y ralentizando su respiración. Descendió a través de capas grises hasta llegar a un lugar donde ya

no sentía su cuerpo, sorprendida de haber podido sumergirse tan profundamente tan rápido. El espacio intermedio era más sólido de lo que jamás había sido.

—¿Pluma Negra? —se concentró en la energía de Pluma Negra. La oscuridad no le devolvió nada. Normalmente Pluma Negra se le aparecía casi inmediatamente. Si no era él, alguien más la estaría esperando.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —Su voz sonaba apagada, como si la oscuridad absorbiera todo.

Destellos azules parpadearon en la negrura y un inexplicable sentimiento de urgencia aterrada la invadió. Marie corrió hacia la luz. Apareció un rostro. Una mujer joven. Sus ojos se abrieron de golpe. Se fijaron en Marie, llenos de confusión y horror. Su boca se abrió en un grito silencioso. Nubes negras descendieron sobre su rostro, irradiando malevolencia y pura maldad, absorbiendo la luz y cubriendo su cara hasta que no quedó nada. Ni rastro de ella.

Marie tragó aire, con la mente dando vueltas. No había rastro del alma de la mujer. Nada de su esencia. Simplemente había dejado de existir. Las nubes se habían alimentado de ella y simplemente la habían eliminado de la existencia.

Esto no era seguro. Tenía que salir de allí.

La temperatura descendió a gélida, y su aliento formaba vaho. Zarcillos negros surgieron de la nada, aferrándose a su cuerpo. Luchó, pero se hicieron más apretados. Más látigos surgieron de la oscuridad, enroscándose alrededor de sus piernas, caderas, estómago y pecho. Gimió mientras un frío agonizante le mordía la piel.

—¡Pluma Negra! ¡Ayuda! —Su voz amortiguada sonaba muerta en sus oídos.

Nubes negras descendieron a su alrededor. Su respiración era áspera, jadeando sonoramente en sus oídos. Las nubes se hicieron más espesas, más profundas, el aire más gélido hasta que perdió la sensación en los dedos, los pies, la cara en el frío absoluto.

—¡Pluma Negra! ¡Alastor! ¡Ayuda! —Gritó y gritó hasta que su garganta quedó ronca. Estaba demasiado asustada para elevarse fuera del espacio intermedio.

Seguramente Alastor la sacaría. Pero él no podía meditar. No conocía la técnica, y mucho menos cómo liberarla de las nubes. Su corazón latía con fuerza mientras las nubes presionaban sobre ella y las inhalaba, y el hielo estaba en su boca, su garganta, y sus pulmones palpitaban mientras fragmentos de hielo se clavaban en sus venas. Puntos negros cruzaron su visión.

Emociones oscuras surgieron. Desesperación. Miseria. Autodesprecio. Cosas mejor olvidadas emergieron. Ese día. *Ese día* estaba sucediendo ahora mismo, de la misma manera que había ocurrido todos esos meses atrás. Estaba indefensa ante la inundación de recuerdos que surgían como si realmente estuvieran sucediendo.

A su alrededor, las sombras se fusionaron y tomaron forma y color, y fue arrojada a un escenario, rodeada de cientos de personas que habían venido a verla con la esperanza de que pudiera contactar con sus seres queridos. Todos esperanzados. Todos nerviosos.

Conocía este escenario. Conocía este día. El día en que les había dado la espalda a tantos. —No. ¡No puede ser!

Intentó bloquear todo, pero los acontecimientos se desarrollaron con despiadada certeza. Jack Newson se levantó en la parte trasera de la multitud. Sollozó. Las nubes se introdujeron en cada célula de su cuerpo, alimentándose de su absoluto horror, y estaba indefensa, impotente para evitar que escrutaran su mente y su cuerpo.

Y el día se desarrolló.

* * *

—¿Marie? ¡Marie! —Le dio palmaditas en las mejillas. Cinco minutos habían pasado. Y luego cinco más. Primero le había tocado el hombro, luego la había sacudido hasta que su cabeza se balanceó hacia delante. Su cabello cayó como una nube de seda platino alrededor de su rostro. Él lo apartó. Su piel estaba helada al tacto. Demasiado fría.

—¡Despierta! ¡Prometiste que volverías!

Sus ojos se abrieron y su corazón dio un brinco, pero estaban desenfocados. Una sensación de malestar creció en su estómago. Ella no respondía, su mente ausente.

Oh dioses, no. *No. No. No*.

¡Esclavizada mentalmente!

Estaba esclavizada mentalmente.

—No, Marie. *Por favor*. Regresa a mí. —Su piel estaba fría. Demasiado fría. Envolvió su cuerpo con sus extremidades, frotándola desesperadamente en un intento de calentarla. La desesperación y la rabia llenaron su ser. Sus extremidades temblaban con fuerza. No iba a perderla. No cuando acababa de encontrarla.

Tenía que hacer algo. Piensa, maldita sea. ¡Piensa! Apartó el pánico a un lado, lográndolo solo gracias a la práctica de largo plazo. Formuló un plan vago. La llevaría de vuelta al pueblo. El médico ayudaría a estabilizarla y luego decidiría qué hacer. Malditas sean las mujeres humanas. Maldita sea la entidad y maldito sea todo.

Pisadas resonaron en el pasillo fuera de su pequeño escondite. Echó un vistazo al pasillo para ver una luz y un grupo de Reptiles caminando hacia ellos. Sus silbidos y chasquidos se hicieron más fuertes a medida que se acercaban. Con cuidado, los acurrucó a ambos en el nicho, presionando el cuerpo de Marie contra el suyo para hacerlos lo más pequeños posible. Estaban atrapados. Su plan se desvaneció como ceniza. ¿Qué demonios iba a hacer ahora?

* * *

Como de costumbre cuando se concentraba, las personas que habían fallecido se agolpaban para susurrarle al oído. A veces era más fácil que otras distinguir una sola voz. Se concentró hasta captar una por encima de las demás.

—¿Alguien conoce a una mujer mayor con un nombre que empieza por E? ¿Como Ellie? ¿Elsie? —Marie examinó al público, pasando la mirada por los rostros expectantes y esperanzados de la gente.

En momentos como este, deseaba tener un mensaje para todos ellos, pero sabía que solo los mensajes más urgentes llegarían. Confiaba en que el Universo acertaría con esos mensajes.

Si tan solo no hubiera sido tan ingenua.

Una mano se alzó en la parte trasera del público. Un hombre se puso de pie. Cabello rubio sucio y desgreñado le cubría la frente. Su jersey estaba manchado, sus vaqueros sin lavar. Parecía extremadamente inseguro de sí mismo, casi como si no quisiera

estar allí. Si alguna vez un hombre necesitaba un mensaje del otro lado del velo, era él.

Marie le sonrió. —¿Este nombre significa algo para ti?

Él asintió. —Mi madre se llamaba Elvie.

Ese nombre encajaba. Marie se concentró en esa energía. Llegaba con más fuerza que la mayoría, y con bastante ira. Eso era un poco extraño. Normalmente las energías que llegaban estaban llenas de amor, los mensajes eran edificantes y destinados a aliviar la pérdida y el dolor.

—Dile que necesita enmendar sus errores. —Esas palabras llegaron muy claras a su mente.

Marie repitió las palabras. —Dice que debes enmendar tus errores. ¿Eso significa algo para ti?

Los ojos del hombre se endurecieron y una delgada mueca de desprecio apareció en sus labios. No era la reacción normal que había visto una y otra vez. —Sí. Suena como algo que diría mi madre.

—Necesita compensar por los errores del pasado. Es la única forma en que será perdonado. La única forma —dijo la voz.

La inquietud comenzó a deslizarse en su estómago, pero Marie sabía lo que estaba haciendo. Había conversado con aquellos que habían fallecido desde que era niña. Sabía que tenía un don y que la gente tenía suerte de recibir este tipo de mensajes.

Transmitió el mensaje. La mandíbula de él se tensó y algo destelló en sus ojos cuando finalmente la miró. —¿Qué más dice?

Marie se concentró una vez más. —Elvie dice que tienes el poder de ayudar a la gente. De usar tus habilidades y ayudar a la gente en su camino.

—¿Ella dijo eso?

Marie frunció el ceño mientras crecía la inquietud. —Parecía bastante firme.

—¿Y cuán preciso es esto... —hizo un gesto circular con la mano frente a él—... esta cosa que haces? Lo que oyes.

Marie se crispó. No había nada peor que alguien que dudara de ella. Ella, que había dedicado su vida a escuchar a aquellos que habían fallecido. Vivía su vida al servicio. Se había formado durante

años. Su habilidad estaba perfeccionada hasta convertirse en un arte refinado. —Bastante segura.

—Y dijo que necesito ayudar a la gente en su camino. Que es la única forma en que puedo ser libre. Me lo ha dicho antes —dijo el hombre.

Marie frunció el ceño. —No dije exactamente eso...

—Que a menos que la gente venga conmigo ahora, no habrá camino para mí. Que no volveré a ver a mi Elvie. Que todo estará perdido.

Marie miró a su representante, sentada al lado del escenario. Verónica parecía tan confundida como ella.

Marie aclaró su garganta. —Me alegro de que ese mensaje signifique algo para ti. Si quieres una lectura más larga, por favor habla con mi representante después de este evento.

—Ella siempre supo lo que era bueno para mí. Siempre. Nunca la cuestioné, y luego me abandonó. ¡No puedo seguir! ¡No sin ella! —el hombre se volvía cada vez más ruidoso y agitado.

Marie no tenía idea de cómo manejar una reacción como esta. El dolor afectaba a las personas de muchas maneras. —Si necesitas algo de espacio, pediré a alguien que te acompañe a una sala tranquila, si lo deseas.

—No más salas tranquilas para mí. Necesito a mi Elvie. Ella vino aquí por mí. ¡Elvie! Espérame. ¡Haré lo que sea necesario! —Las lágrimas corrían por su rostro. La angustia retorció sus facciones mientras alcanzaba detrás de él la cintura de sus vaqueros.



Capítulo Veinticuatro

Los Reptiles entraron en la cámara y la luz azul se intensificó. Comenzó un zumbido de bajo nivel y una energía vibrante recorrió su cuerpo. Las pupilas de Marie estaban tan dilatadas que casi no se veía color. Su respiración salía entrecortada, pero permanecía inmóvil como una piedra. Fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, la afectaba.

Sonidos crepitantes surgían del interior de la cámara. Alastor salió con cuidado de su pequeño escondite, asegurándose de mantener a Marie bien oculta, se aplastó contra la pared del pasillo y echó un vistazo al interior de la cámara.

Las celdas que contenían a las mujeres brillaban con más intensidad, tanto que podía distinguir sus rostros. Estaban tan inmóviles que probablemente también estaban esclavizadas mentalmente. Una de las celdas se iluminó aún más y su pared frontal se volvió transparente. La luz infundió a la mujer. Arqueó la espalda y su cuerpo se sacudió como si la electricidad estuviera recorriendo su cuerpo. La luz se volvió tan cegadora que no se podía ver nada dentro de la celda antes de que se desvaneciera y la mujer se desplomara de rodillas y luego al suelo. Inmóvil. Muerta.

La celda contigua a la suya se iluminó más. La mujer en su interior se sacudió, su espalda se arqueó hasta que la luz impregnó su cuerpo antes de desvanecerse. La mujer cayó hacia delante en un montón de miembros sin vida.

La nube negra en la parte superior de la cámara pulsaba, palpitaba y se hacía más grande. La temperatura bajó y el aire a su alrededor se volvió denso, incorrecto. ¿Era así como la entidad buscaba entrar en este mundo? ¿Matando sistemáticamente a mujeres humanas indefensas?

Alastor corrió de vuelta a su pequeño escondite y acogió a Marie entre sus brazos con todo el cuidado posible, hundiendo su rostro en su cabello. Las mujeres del interior estaban siendo utilizadas para alimentar a esta entidad. No todas las mujeres humanas tenían el poder de Marie. Ella era una trabajadora de la energía, una mujer que podía ver en otras dimensiones. Era más poderosa que las mujeres dentro de la cámara. Si los Reptiles supieran que estaba aquí, sin duda la utilizarían. Incluso podría proporcionar suficiente energía para que la entidad se manifestara por completo.

Piensa, Alastor. Piensa. No hacer nada no iba a salvarla. No había tiempo para llevarla a la aldea o de vuelta al Starlight. Necesitaba ayuda y la necesitaba ahora. Odiaba la desesperación que arañaba sus entrañas, debilitaba sus extremidades y le secaba la boca.

Tenía que haber una respuesta. Tenía que haber algo que pudiera hacer... entonces lo supo. Atrajo a Marie con más seguridad entre sus brazos, apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos.

* * *

El hombre —Jack, un nombre que nunca olvidaría— sacó una pistola. La apuntó directamente hacia ella. —¡Voy por ti, Elvie!

Las piernas de Marie se bloquearon mientras su mente se negaba a creer lo que veía. «¿Qué...?»

Movimiento a su derecha y algo se estrelló contra su costado. Sonó un estruendo, como un petardo navideño, y fue empujada al suelo. Un cuerpo la cubrió, flácido y pesado. Una calidez húmeda cubrió su pecho.

Hubo una serie de detonaciones. Gritos. Sonido de sillas chocando contra el suelo. Alaridos. Gritos sin palabras. Un último estruendo.

Manos bajo sus brazos. El peso del cuerpo se levantó y alguien la deslizó hacia fuera. Se puso una mano en el pecho y la retiró cubierta de sangre. Su respiración se volvió áspera mientras se aferraba al pecho, buscando una herida. No había nada. Ni dolor. Ni agujero de bala.

Su respiración salía en bocanadas irregulares. Caos mientras la gente trepaba sobre sillas caídas, personas caídas, dispersándose hacia todas las salidas. Sus pies resbalaban y se deslizaban bajo ella. ¿Qué le impedía ponerse de pie? Miró hacia abajo.

Rojo. Sangre. Cubriendo el suelo.

Y la mujer que yacía tan inmóvil a los pies de Marie.

* * *

No estaba funcionando. Era demasiado consciente de los clics y silbidos de los Reptiles en segundo plano. Demasiado consciente de la palpitante luz azul que arrebataba vida tras vida. Demasiado consciente de la energía vibrante que retumbaba en su pecho.

Sus ojos se abrían de golpe para ver la mirada vacía y desenfocada de Marie. ¿Cómo conseguía ella hacerlo con tanta facilidad? El músculo de su mandíbula se tensó al apretar los dientes. Cerró los ojos e intentó de nuevo.

* * *

¿Veronica? ¡Veronica!

Marie luchó contra las manos que la retenían.

—Déjala, Marie. Es... demasiado tarde. Se ha ido.

No podía apartar los ojos del cuerpo a sus pies. Su gerente. Su mejor amiga. No podía estar muerta. No podía haberse ido. Esto no sucedía. No podía suceder. Su cerebro tropezaba con cada pensamiento intentando definir lo que veía.

¿Dónde estaba Black Feather? ¿Por qué no le había dicho que esto podría pasar?

Las manos la empujaban hacia atrás. Ni siquiera sabía quién la sostenía. Todo lo que veía era el cuerpo de Veronica. Su cuerpo sin vida.

Luchaba por respirar. Puntos negros bailaban en su visión. El dolor era interminable. Esto no podía estar sucediendo. *¡No! No, no, no, no, no*.

La oscuridad falló a su alrededor. Las formas se fusionaban y solidificaban, volviéndose nítidas.

Estaba de pie en un escenario frente a un público expectante. No había gritos. Ni terror. Miró a sus pies. No había sangre. Veronica le sonreía desde un lado del escenario. Marie escudriñó rostros abiertos, esperando escuchar mensajes de sus seres queridos fallecidos.

Una voz le susurró al oído. Una ligeramente más alta y clara que el resto, y habló: —¿Alguien conoce a una mujer mayor con un nombre que empieza por E? ¿Como Ellie? ¿Elsie?

Una mano se alzó desde el fondo del público. Un hombre con pelo largo y rubio sucio se puso en pie. —Mi madre se llamaba Elvie.

¿Estaba sucediendo otra vez? Pero, ¿cómo podía ser? ¡Para! ¿Por qué no se detenía y por qué no podía apartarse? Sus pies permanecían clavados en el sitio, su boca formaba palabras que no quería pronunciar.

Sabía lo que venía. Su corazón destrozado se desgarraba en dolorosas tiras. Una mano invisible se introdujo en su estómago y agarró esos fragmentos. Se dobló mientras el dolor atormentaba su cuerpo. Las lágrimas inundaron sus ojos, distorsionando la pesadilla que seguía desarrollándose a su alrededor.

—¡Black Feather!

* * *

No estaba funcionando. Todo en lo que podía concentrarse era en la pulsante luz azul que se volvía más brillante con cada vida que robaba y en los siseos y chasquidos de los Reptiles que lo hacían posible. Todo lo que percibía era que el tiempo se acababa y el cuerpo demasiado inmóvil en sus brazos y las mujeres humanas que estaban siendo sistemáticamente asesinadas.

¿Cómo lo hacía ella? ¡Piensa! Un amigo. Este Black Feather. Había estado con Marie desde que era niña. Era posiblemente lo único que podría ayudar.

Alastor relajó el músculo que se tensaba en su mandíbula. Cerró los ojos, dejó que su mente se aquietara tanto como pudo, y pidió ayuda.

—¿Black Feather?

No recibió más que oscuridad vacía. Inspiró profundamente, estabilizándose, y se concentró en su cuerpo, sintiendo el peso en el suelo, su sangre bombeando, el aire llenando sus pulmones.

Quizás era porque no tenía conexión con Black Feather. Había un nombre con el que sí estaba conectado. Uno de los dioses de Hexonia. La venerada dama sobre la que pensó que Marie le había mentido. Y ahora, conociendo un poco más a Marie, sabía que ella nunca mentiría sobre algo así. Inclinó la cabeza. —Lady Lyria. Black Feather. Nosotros... yo... necesito vuestra ayuda.

No pedía ayuda a nadie. No estaba acostumbrado, pero se arrastraría por el suelo si ellos vinieran a ayudar a Marie. Haría cualquier cosa por ella.

La ira tiñó su desesperación. —Vendréis, y ayudaréis a Marie. No puedo... no quiero... vivir sin ella. ¿Me oís? Venid aquí y ayudadla. Ella os necesita... yo os necesito.

Se expuso por completo, diciendo palabras que nunca había admitido a nadie, ni siquiera a sí mismo. Pero no dolía tanto como pensaba. Solo se sentía... agotado. En carne viva. Admitir su deseo más profundo lo había dejado en su estado emocionalmente más desnudo. Pero si eso era lo que hacía falta, se quedaría así. Con gusto.

Un destello de luz parpadeó en la oscuridad y creció con cada respiración. —¿Lady Lyria? —susurró, apenas creyendo lo que veía.

La luz tomó forma de dos figuras. Una era un hombre. Alto, con un pecho poderoso, torso grueso y piernas musculosas. Vestía piel de animal color canela con flecos en la mitad inferior de su cuerpo, mientras que su musculoso pecho estaba desnudo. Su largo cabello oscuro estaba recogido hacia atrás de su rostro regio y tres grandes plumas negras y brillantes colgaban sobre su hombro.

La otra... Lady Lyria. Conocía su imagen como la palma de su mano. Su rostro estaba en los templos. Le había rezado lo suficiente en las profundidades de su desesperación. La diosa de la compasión. La Dama que guiaba a las almas hacia su otra vida. La Dama en cuya existencia había dejado de creer hace mucho.

Fijó en Alastor una mirada llena de compasión. —Alastor. Nos has llamado.

—¿Lady Lyria? ¿Black Feather? —Lyria sonrió. Su piel se calentó como infundida con luz solar, mientras Black Feather lo atravesaba con una mirada láser llena de conocimiento antiguo.

—Somos nosotros. ¿Para qué nos llamas, Alastor? —preguntó Black Feather.

Alastor se quedó sin palabras, pero la vida de Marie estaba en juego. Se sacudió mentalmente. —Es Marie. Está en peligro.

Se formaron líneas entre las cejas de Black Feather. —No puedo sentirla. ¿Dónde está?

—Está... esclavizada mentalmente. No puedo... ayudarla.

—¡No! —La furia, así como la más profunda preocupación, inundó el rostro de Black Feather.

El cabello que formaba un halo alrededor del rostro de Lyria onduló mientras el horror cruzaba su hermoso rostro. —No puede ser.

—Intentó ayudar a las mujeres humanas. Están siendo utilizadas de alguna manera para alimentar a la entidad. Entró en un estado meditativo, pero no ha despertado. Yo... no sé qué hacer. —Nunca se había sentido tan inútil. Tan impotente. Estaba luchando contra un enemigo con tal falta de respeto por la vida que apenas podía contemplarlo. Tantas vidas perdidas. Keira y ahora Marie—. ¿Por qué está haciendo esto? ¿Qué posible razón podría haber?

Black Feather puso su mano en el hombro de Alastor. Una sensación de calma, paz y profunda comprensión fluyó a través de él con el contacto. —Ha destruido toda la vida en su propia dimensión. No hay nada allí más que una ausencia de todo. Ni siquiera un grano de energía. Ha estado muriendo de hambre. Viviendo de sí misma hasta que encontró la manera de atravesar dimensiones.

—Hemos estado luchando, pero la energía proveniente de tu dimensión es demasiado poderosa. Si tiene éxito, lo consumirá todo hasta que no quede nada —dijo Lady Lyria.

Sus entrañas se vaciaron. Si esto ocurría, todo por lo que había luchado, todo lo que pensaba que había protegido, aquellos que ya habían muerto... todo sería en vano. Tal pérdida. Tal devastación. Todo para nada.

Un trueno entró rodando, junto con una ráfaga de viento gélido. Las plumas en el cabello de Black Feather giraban alrededor de su rostro mientras nubes ondulantes se precipitaban hacia ellos.

—Se está acercando —dijo Alastor.

Un viento helado soplaba alrededor de Alastor, arañando sus extremidades. Un aura de desesperación irradiaba a su alrededor. Fuera lo que fuese, rebosaba de tal angustia que quería gritar de dolor.

La cabeza de Black Feather se hundió, sus facciones se arrugaron. Sus hombros se hundieron y el tiempo se detuvo. —Es más fuerte. Está usando a Marie.



Capítulo Veinticinco

No había nada más que dolor. Emocional. Físico. Se mezclaban en una agonía inimaginable. La escena se había reproducido tantas veces ya que se difuminaba. Cada vez que Veronica moría era como si ocurriera de nuevo por primera vez, trayendo consigo una nueva oleada de dolor y horror.

—El nombre de mi madre era Elvie.

Esto no iba a suceder otra vez. ¡No lo permitiría! Intentó aclarar su mente. El dolor de cabeza era tan agudo que sus rodillas cedieron y cayó al escenario, solo que era esponjoso y gélido. En lugar de tablones pulidos, nubes negras rodeaban sus manos. El frío se filtraba a través de su piel hasta sus huesos. Ignoró la punzante agonía. Una entidad llena de malevolencia y destrucción se vertía en su mente. —¿Quién eres?

—Soy tu muerte —las palabras atravesaron su mente.

Una poderosa imagen de oscuridad tan finita y densa que ninguna vida podría existir allí se formó en su mente. Jadeó al darse cuenta de que eso era lo que esta cosa quería para ella. No, no solo para ella, lo quería para este planeta, y el siguiente y el siguiente. Su codicia nunca se detendría hasta devorar todo el universo. Era la entidad contra la que luchaba Black Feather.

—¿Quién eres?

—Tengo hambre. Necesito. Tú eres mi terreno de alimentación.

—¡Tú... no puedes hacer esto! —jadeó Marie.

—Mi hambre no puede ser saciada. Necesito más.

La vida era sagrada. Cualquier vida donde existiera, como fuera que existiera. Este ser era la pura ausencia de *todo*. Destruía y no dejaba nada tras de sí. —Pero... ¿por qué?

Una energía oscura pulsó en su mente. La escena continuaba desarrollándose a su alrededor. Disparos. Veronica se desplomaba en el suelo. Manchas de un rojo intenso teñían el escenario y salpicaban a Marie. Jadeó cuando una pura agonía la atravesó.

—Me alimento.

* * *

—Marie salvó las almas alcanzando las nubes —dijo Alastor. Eran exactamente como las nubes de la cámara, creciendo más grandes y fuertes con cada muerte femenina.

—¿Ella dijo eso? —preguntó Lady Lyria.

—Dijo que metió la mano y liberó a la persona —hasta donde él podía entender lo que había hecho.

—Entonces tenemos que acercarnos más a la entidad. Se está manifestando a través de esas nubes. Te guiaré de vuelta a tu cuerpo para intentar liberarla —dijo Black Feather.

—¡No lo harás!

Black Feather le miró con una mirada que hubiera aterrorizado a cualquier otro, pero él se irguió en toda su impresionante altura y le devolvió la versión hexoniana de la misma mirada. —No me importa lo que me suceda, pero sea lo que sea esa cosa, es fuerte. Nos necesitará a ambos. No voy a irme a ninguna parte. No hasta que Marie esté a salvo.

—No habrás visto nada como esto. No sabes a qué te enfrentas —dijo Lady Lyria.

—He perdido demasiados soldados como para no entender a qué me enfrento. Si es lo último que hago, *no* se llevará a Marie. No voy a irme a ninguna parte y se nos está acabando el tiempo, así que llevadnos a esas nubes para que pueda salvar a la mujer que amo —dijo Alastor.

Algo destelló en las profundidades de los ojos de Black Feather. Por un momento pensó que podría ser triunfo antes de que se volvieran serios y sombríos. —Eres un buen varón.

—Hemos elegido bien —dijo Lady Lyria.

Alastor se balanceó sobre sus talones. Eso era... no lo que esperaba. —¿Elegido?

—La siento. Estad preparados —dijo Lady Lyria.

El viento aulló a su alrededor, obligándole a cerrar los ojos. Cuando los abrió de nuevo, estaba cara a cara con una pared ilimitada de nubes retorciéndose. Avanzaba centímetro a centímetro, obligándoles a retroceder.

—¿Dónde está? —preguntó Alastor.

—Está aquí dentro. En alguna parte.

No había nada más que una pared sólida. Una brisa helada azotaba su ropa, enfriándole hasta los huesos. —Pero, ¿dónde exactamente?

Era como intentar ver a través del costado del Starlight, un barco construido para resistir la radiación nuclear y el calor de soles enormes.

—Ella... está perdida.

—Harán falta tres de nosotros para encontrarla. Somos los únicos tres seres con una conexión lo suficientemente fuerte con ella. Nos concentraremos contigo y juntos la alcanzaremos mentalmente. Concéntrate, Alastor. Concéntrate. —Lady Lyria habló con un tono que solo había escuchado de generales a cargo de galaxias enteras. Las palabras tenían poder, y las usó para alcanzar a Marie.

La forma en que sonreía. La forma en que sus ojos chispeaban cuando él decía algo que no le gustaba. La forma en que había llegado a significar más que la vida misma para él. Ella le había salvado, y él ni siquiera lo había sabido. Ella lograba más con palabras y acciones gentiles que sus años de lucha.

—Ahí. ¿Lo ves? —dijo Black Feather.

Los ojos de Alastor se abrieron de golpe para ver un destello plateado. Se lanzó sobre él y sus manos y brazos desaparecieron en las nubes. El frío mordió sus manos como piquetas de hielo. Apretó los dientes y se aferró.

Iba a encontrar a Marie y la salvaría, sin importar lo doloroso que fuera. El cordón se sacudió y fue absorbido por las nubes.

—¡Marie!

Ella estaba en un escenario, hablando con un público de humanos. Dio un paso hacia ella, pero estaba anclado al sitio, incapaz de moverse. Podía ver la escena, pero no formaba parte de ella.

Un hombre del fondo del público se puso de pie. Los sentidos de Alastor estaban alerta. Había algo mal en ese hombre. Su cara estaba contraída. Parecía descuidado. Miraba a su alrededor como si culpara al mundo por su aspecto destartalado.

—El nombre de mi madre era Elvie.

¿Por qué no podía moverse? ¿Por qué ella no podía verle?

El hombre apuntó un arma de proyectiles a Marie. El pánico estalló. Alastor se estiró hacia Marie, tensándose. —¡No!

Una mujer corrió hacia Marie desde el lateral del escenario. Se desplomó en una explosión de sangre a los pies de Marie. La cara de Marie estaba flácida por el shock, inmóvil como una estatua.

El cuerpo sin vida de la mujer cayó encima de Marie. Alguien la deslizó hacia fuera. La sangre cubría a Marie. Gritó e intentó reanimar a la mujer. Las nubes la devoraron, un depredador abalanzándose sobre su presa. Todo quedó en silencio, excepto por su respiración entrecortada.

Las nubes se dispersaron y vio a Marie en el escenario de nuevo. La audiencia observándola.

—¡Marie!

El hombre se puso de pie otra vez. La mujer corrió hacia Marie. Se disparó el proyectil y el cuerpo de la mujer llevó a Marie al suelo. Ella gritó, un sonido lleno de desesperación desgarradora. La nube descendió una vez más, pulsando y volviéndose imposiblemente fría y negra.

La nube se dispersó, liberando a Marie en el escenario. Estaba en una especie de bucle, reviviendo la aterradora escena una y otra vez, y las nubes se alimentaban de su terror.

Tenía que parar. De alguna manera, tenía que hacer que parara.

* * *

—No. No, no, no, no, no. —La escena pulsaba a su alrededor, reproduciéndose una y otra vez. No podía enfrentarse a ello. No podía vivir otra vez la muerte de Veronica. Otros en la audiencia también habían muerto. Una mujer con la que había hablado sobre su difunto marido. Un anciano cuya madre había compartido un mensaje conmovedor y amoroso.

Durante todo este tiempo, esta entidad pulsaba y latía alrededor, como si se deleitara con su dolor. Como si... *se alimentara de su dolor*.

¡Dios mío! ¡Esto era lo que quería! Quería que reviviera el momento más doloroso de su vida. Se alimentaba de ello.

No iba a hacer esto. ¡Ni una vez más! Apretó los dientes, forzando una palabra. —No.

Fue tan temblorosa. Tan débil que apenas se oyó a sí misma, pero la entidad sí la había oído. Un escalofrío gélido la presionaba por todas partes, exprimiendo el aliento de ella. —¡Hazlo otra vez!

—¡No lo haré!

—Tú me alimentas. ¡Yo crezco!

—¡NO lo haré!

Fue golpeada por un viento brutal tan gélido que le abrasó la piel. La escena cambió. Se dispararon tiros. Sangre caliente salpicó sobre ella. Cerró los ojos con fuerza. La escena se desarrolló, pero ahora destacando las partes más dolorosas. Fuera lo que fuese, quería que ella *sufriera*. Que reviviera la agonía y la tortura de ese día. Lo había revivido tantas veces en la privacidad de su mente y esta *cosa* lo estaba explotando.

Veronica había muerto. Nunca se recuperaría de ello, pero nadie pasaba por la vida ileso. Era la razón misma de la existencia. Sentir. Crecer, pero en última instancia, amar.

El amor era la emoción más fuerte del universo. Su luz podía borrar cualquier oscuridad que jamás hubiera existido. Sabía esto como una verdad universal. Entonces, ¿por qué estaba atrapada en esta oscuridad? ¿Por qué lo permitía?

No iba a soportarlo ni un momento más.

Era un alma. Una soberanía por derecho propio. La oscuridad era más débil porque se aprovechaba de la negatividad, pero el amor

era el poder más brillante y elevado del universo. Iba a luchar en un lenguaje que entendería.

Se centró y se concentró en todas las veces que el amor había arrojado su luz en su vida. Sus amigos. Black Feather.

Alastor.

El único hombre —encarnado— que había visto más allá de sus dones para verla a *ella*. La había aceptado sin dudarlo, y le había dado lo único que había buscado toda su vida. Eso era algo por lo que valía la pena luchar.

Se imaginó a Alastor en su mente. Su fuerza. Su aceptación. Su amor. Una imagen de su rostro se formó en su mente, iluminándose y solidificándose. Vertió cada gota de amor que sentía por él. Sin más barreras. Sin más dolor. Solo luz. Amor. —Alastor.

Si moría con la imagen de él, sería feliz. Había reconocido el verdadero deseo de su corazón y lo había aceptado.

—¡Marie!

Levantó la cabeza de golpe. Nubes ondulantes rodeaban una mano desgarrada. —¿Alastor?

—Estoy aquí. ¡Voy a sacarte! —Su voz estaba amortiguada detrás de las nubes.

Se puso de pie rápidamente, ignorando los disparos que resonaban a su alrededor. Veronica se derrumbó encima de ella, pero esta vez Marie no cayó al suelo ni sintió las salpicaduras de sangre caliente. Los gritos a su alrededor eran distantes y apagados.

Se aferró a la mano de Alastor. Era real y sólida y cálida. Sus dedos se entrelazaron con los de ella. —Te tengo. Nunca te soltaré.

Le creyó. Había venido por ella. Cómo, no tenía ni idea. Pero estaba aquí. Era real. Y lo quería como nunca había querido nada antes. —Yo tampoco voy a soltarte nunca.

La escena a su alrededor perdió color y se desvaneció. El viento rugía a su alrededor, azotando su pelo y su ropa, pero se concentró en sujetar la mano de Alastor. Los rostros desaparecieron. Sombras y nubes gritantes la rodearon, llevándose el escenario y a la gente, y a Jack y a Veronica.

—Te tengo, Marie. ¡Te tengo!

Y ella lo tenía a él. Los antebrazos de Alastor aparecieron desde la niebla arremolinada. Ella se aferró a ellos. —¡Estoy aquí. Justo aquí!

Las nubes se dispersaron y Alastor estaba justo allí. Unos brazos fuertes la rodearon. Escondió la cara en su cuello, perdiéndose en su fuerza, su olor… todo lo que era Alastor.

—¡Pensé que te había perdido! —Su voz era un profundo retumbo en su oído.

—Yo también lo pensé. —Se echó hacia atrás para poder ver su cara—. Te quiero, Alastor. Nunca quiero perderte. He sido tan estúpida, manteniéndome alejada. ¿Para qué? No solo me he torturado a mí misma, te he torturado a ti. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

Su rostro pasó del miedo grave a la confusión, y luego se relajó con alegría. —No hay nada que perdonar. Yo también te quiero, Marie. Te quiero tanto.

Su boca se estrelló contra la suya, su lengua barriendo dentro de su boca. Ella le devolvió el beso con la misma intensidad, trepando por su cuerpo, envolviendo sus brazos y piernas a su alrededor y aferrándose a él como una lapa en una tormenta.

Alguien se aclaró la garganta. —¡Black Feather!

Finos mechones de cabello flotaban frente a su serio rostro mientras la miraba, con la compasión familiar en sus ojos, mezclada con preocupación y fatiga. Siempre era serio, pero no así.

—Lady Lyria.

Lady Lyria estaba junto a él, su largo cabello rubio ondulando en la brisa, una expresión seria en su rostro etéreo.

Marie se dio cuenta de la oscuridad que se extendía para siempre en todas direcciones. No estaba en las sombras de la pirámide. No había cámara. No había mujeres. Solo había una razón por la que podía ver a Black Feather y a Lady Lyria tan sólidos así. Una razón por la que había tanta oscuridad antinatural rodeándolos.

Su corazón latió con fuerza cuando la comprensión la atravesó. No estaba realmente libre. —No estamos en el plano físico. No estamos en nuestros cuerpos físicos. Seguimos aquí en el intermedio, ¿verdad?



Capítulo Veintiséis

Marie se lanzó hacia su amigo y lo envolvió en un abrazo. Unos fuertes brazos la rodearon, pero se apartaron demasiado rápido. —Me alegro de verte a salvo, Marie.

—No sé cómo acabé en esa... cosa. Dijo que iba a devorar todo el universo —se esforzó por comprender una entidad tan destructiva que buscaba un nuevo universo dimensional porque había destruido el suyo propio.

—Eso es contra lo que hemos estado luchando, Marie. Pero ha conseguido empezar a manifestarse en tu dimensión —dijo Lady Lyria.

—Y está creciendo, matando a las mujeres que hizo secuestrar a los Reptiles mientras se expande —dijo Alastor.

El pavor se asentó como un lodo negro en su estómago. Esto no era bueno. Sabía de lo que era capaz. Cuáles eran sus intenciones. Si se manifestaba por completo, nada podría interponerse en su camino.

—¿Cómo podemos detenerlo? —preguntó Marie.

Como si supiera dónde estaban, un trueno retumbó sobre sus cabezas. Nubes negras y ondulantes descendieron, rodeándolos por todos lados. Marie se aferró a Alastor. —¡Nos ha encontrado!

Pluma Negra y Lady Lyria se acercaron a ellos mientras Alastor la rodeaba con sus brazos. Una brisa helada los golpeó, calándole hasta los huesos. La mirada preocupada de Pluma Negra le dijo todo. Las nubes se arremolinaron, rodeándolos al instante.

Los brazos de Alastor se estrecharon a su alrededor. Cerró los ojos, luchando contra la desesperación que fluía a través de ella. No iba a sobrevivir a esto. Ni siquiera sabía si su alma sobreviviría.

—Pluma Negra, te quiero muchísimo. Gracias por todo lo que has hecho por mí. Las horas que has dedicado a ayudarme. A guiarme. No podría haber hecho nada de lo que hice sin ti.

Él rozó sus dedos por su mejilla, su tacto ligero y cálido, pero lleno de un amor que se extendía hasta los límites del universo. —Soy yo quien se siente honrado de servir a alguien tan llena de luz y potencial. Tú también me has ayudado en mi camino. Eres más fuerte de lo que puedes imaginar.

Un zarcillo de nube se enroscó alrededor de su tobillo. Ella se sobresaltó cuando perforó su piel con hielo.

Alastor lo desgarró con sus propias manos. —¡Ahhh! —Su rostro se retorció de agonía, sus manos blancas por el frío. Más zarcillos se enroscaron alrededor de sus muñecas, apartándole los brazos del cuerpo.

—¡Alastor!

Los zarcillos se ataron alrededor de sus brazos, cintura y piernas. Gritó de agonía cuando un dolor blanco y ardiente atravesó sus extremidades. Más se lanzaron alrededor de Pluma Negra mientras él se esforzaba por ayudarla.

Pluma Negra fue propulsado hacia atrás, devorado por las nubes. Lady Lyria desapareció bajo una masa de oscuridad.

Marie sollozó indefensa. Alastor rugió, con el rostro contorsionado por emociones tan tumultuosas como las nubes. Extendió su mano hacia ella mientras desaparecía de su vista.

Ella gritó mientras las nubes se cerraban. El frío se filtró en su interior, robándole el aliento. Sus piernas flaquearon, sus músculos temblaban y se debilitaban.

Un rostro se formó a partir de las nubes. Unos ojos negros la miraban fijamente. Estaban vacíos. Huecos. La única emoción que

emanaba de él era su intención de destruir. Se formó una boca abierta y un gemido profundo y reverberante la hizo estremecerse. Una ráfaga de viento helado trajo consigo el hedor de la maldad pura y absoluta.

Sentía cómo se le escapaba la fuerza vital. Una desesperación sin esperanza la invadió. La entidad le había hecho revivir el peor día de su vida, pero mientras su vida se desvanecía, quería recordar los buenos días como lo último que veía.

Rostros aparecieron en su mente. Personas a las que había ayudado y que la habían ayudado. Aquellos a los que había tocado con su don y que la habían tocado a cambio con un abrazo, una sonrisa, una mirada de gratitud. Los amigos que había amado y que la amaban a ella.

Pluma Negra, tal como se le había aparecido cuando era niña. Una figura paterna cariñosa, mentor, guía y amigo. Y Alastor, cuando pensaba que era incapaz de encontrar ese tipo de amor y recibirlo a cambio. Difícil de ganar. Pero el amor difícil de ganar es el más profundo.

—Alastor, si puedes oírme. ¡Te quiero! ¡Importas! ¡Eres digno! Eres el hombre más valiente que he conocido jamás. También el más terco y serio. La vida moldea a una persona. Ahí es cuando sabes que has vivido tu vida. Cuando te afecta. Te cambia. Te hace crecer. Puedo ver quién eres realmente. Veo al hombre que hay en tu interior. Te quiero. ¿Me oyes? ¡Te quiero!

Se concentró en su rostro. La forma en que la había mirado con temor en la nave estelar. La línea seria de su boca cuando ella no hacía lo que él quería. La forma en que su mandíbula pulsaba de frustración, pero de todos modos hacía lo que ella le pedía, seguramente contra su mejor criterio. La forma en que la había besado con completo abandono. La manera en que ella lo había besado independientemente de la sabiduría convencional y cómo se había sentido en sus brazos. El calor le llenó el pecho.

No solo calor. Amor. El tipo de amor brillante, de luz blanca, de la vibración más elevada. Iluminaba su alma, la hacía expandirse y crecer. Dejó que la luz dorada fluyera a través de ella y se tensó contra la oscuridad que amenazaba con descender.

Pero el viento se había calmado. Los zarcillos se aflojaron y se rompieron. Las nubes negras se ondularon y espumaron, pero se retiraban. Había voces. Amortiguadas, pero claramente ahí.

—¿Hola?

Hubo una exclamación. Marie volvió a llamar una y otra vez, gritando hacia la oscuridad que se retiraba. Una mano apareció de la oscuridad. La agarró. Era cálida, real, y se aferró a ella como a un salvavidas. La oscuridad se retiró y apareció una figura.

—¡Seriat! —Marie se lanzó al abrazo de su amiga. Seriat la abrazó, con las extremidades temblorosas—. Pero... ¿cómo? —Marie se echó hacia atrás, sorprendida de verla allí. Especialmente aquí.

—Estoy meditando, pero por alguna razón esta vez fue más fácil. Me concentré en ti, ¡y te encontré! —Seriat le sonrió radiante.

Más figuras aparecieron a través de la oscuridad, apartándola. El trueno retumbó en la distancia, una amenaza lejana. Todavía estaba allí, esperando, pero de alguna manera incapaz de descender. Marie miró fijamente mientras los aldeanos aparecían uno a uno. —¿Han venido todos?

Seriat sonrió. —Te seguimos. Estamos sentados alrededor de la pirámide sagrada mientras hablamos. Es el pináculo de poder para nuestro planeta —miró a su alrededor y se estremeció—. Hay algo oscuro y malvado aquí, pero tenía que salvarte, igual que tú nos salvaste a todos nosotros.

—Ni siquiera puedo imaginar cómo puede estar pasando esto —Marie se dio la vuelta para ver a bastante gente rodeándola. Tantas personas. Todos los aldeanos. Y pensar que ni siquiera habían podido hacer simples ejercicios de relajación mental cuando ella se fue.

—Queremos contraatacar. Hemos sido esclavizados durante demasiado tiempo. Si hay una manera de salvar nuestro planeta, entonces intentaremos cualquier cosa que podamos —dijo Seriat.

Marie negó con la cabeza sorprendida. Ya pensaría en las complejidades más tarde. —Creo que habéis venido en el momento justo. Lo que sea que estéis haciendo, ha hecho que esa cosa retroceda.

—No hicimos nada excepto seguir una luz brillante. La vimos a través de las nubes. Nos trajo aquí, a ti. No fuimos nosotros, Marie. Fuiste tú. Tú nos guiaste —dijo Seriat.

El trueno retumbó, el sonido vibraba a través de ella, recordándole que estaban lejos de estar a salvo.

—Ven. Tenemos que salir del intermedio —dijo Seriat.

—No puedo. Alastor. Pluma Negra. Lady Lyria. Se los llevaron —un atisbo de miedo la atravesó. Las nubes se mantenían a raya, pero no se les veía por ninguna parte—. Tengo que encontrarlos.

No volvería hasta que lo hiciera.



Capítulo Veintisiete

Ayudadme. Por favor. ¿Puede alguien oírme? —La voz apenas estaba allí, flotando en la brisa fría. Ella entendió el idioma que no estaba siendo filtrado a través de un traductor, proveniente de una voz claramente humana.

—Puedo oírte. ¿Quién eres? —dijo Marie.

—Soy Casey. Casey Sanders. Por favor, no sé dónde estoy. —La frágil voz sonaba joven y asustada.

—Está bien. Podemos oírte. Dime, ¿qué puedes ver? —preguntó Marie.

—Muchas nubes. Y esta cara enorme. No deja de dar vueltas sobre nosotras. Tengo miedo —dijo Casey.

—¿Nosotras? ¿Hay más personas aparte de ti? —preguntó Marie.

—Sí. Muchas. Al menos un centenar.

—¿Quién más está ahí? —preguntó Marie.

—Mi amiga, Tori. Otras que nunca había conocido hasta ahora. Por favor. No nos gusta este lugar. Estamos tan cansadas. Quiero irme a casa. —Casey empezó a sollozar en voz baja.

—Cariño, voy a encontrar una salida para ti, pero tenéis que atravesar las nubes. —Buscó un hilo plateado, pero no encontró

ninguno. De alguna manera, ayudaría a estas pobres mujeres, y luego encontraría a Black Feather, Lady Lyria y Alastor.

—¡Espera! ¡Acabo de ver algo! —dijo Casey, con voz urgente.

—¿Qué has visto? —preguntó Marie.

—Era un destello. Una luz. Estuvo ahí por un segundo, pero luego desapareció de nuevo —dijo Casey.

—Maldición —susurró Marie. Tenía que encontrar una salida de este infierno. No, no solo tenía que hacerlo, lo haría. Finalmente, después de dejar entrar el amor, no iba a permitir que se le escapara entre los dedos.

—¡Allí! ¡Lo he visto otra vez! —exclamó Casey.

—Parece que lo ven cuando... ¡Dios mío! —Marie agarró el brazo de Seriat—. Seriat, piensa en tu hija. En cuánto la quieres.

La frente de Seriat se arrugó. —¿Por qué?

—Por favor. No hay tiempo. Solo hazlo.

—De acuerdo, entonces. —Seriat cerró los ojos. Sus rasgos se suavizaron y una sonrisa se dibujó en su boca.

—¡Lo veo! —dijo Casey—. Todas podemos verlo.

Marie se enfrentó a los aldeanos. —¡Todo el mundo! ¡Pensad en vuestros seres queridos! Lo antes posible. Concentraos tanto como podáis. Por favor. Creo que he encontrado la kriptonita de la entidad.

Seriat le dirigió una mirada inquisitiva. —No hay tiempo para explicarlo. Solo piensa.

La entidad estaba tan llena de oscuridad y maldad que no tenía ninguna esperanza contra la energía más elevada del universo. El poder más grande de todos. Calmó su corazón acelerado y trajo a su mente las imágenes de Black Feather, Lady Lyria y Alastor.

Se escuchó un trueno distante, pero la oscuridad dio paso a tonos grises. Todo se iluminó a su alrededor como el amanecer en la Tierra.

—Te veo. ¡Dios mío! ¡Te veo! —Apareció una mujer. Luego otra y pronto una multitud avanzaba hacia Marie.

Una chica que no tendría más de dieciocho años se lanzó contra Marie, rodeándole los hombros con los brazos y abrazándola con fuerza. Su pecho se agitaba mientras sollozaba sobre el cabello de Marie. —¡Gracias! ¡Gracias! —repetía una y otra vez la chica.

Marie la abrazó con la misma fuerza. Los aldeanos dieron la bienvenida al resto de las mujeres desconcertadas.

—¿Casey?

Casey asintió, con lágrimas brotando de sus ojos, su frágil cuerpo temblando. —¿Dónde estamos?

—Esto va a sonar muy extraño, pero... —Marie hizo una mueca. La inquietud la invadió.

—¿Más extraño que esto? Lo último que recuerdo es que iba caminando hacia mi coche después de una fiesta, y luego una oscuridad por la que no podía ver. Solo quiero a mi madre —dijo Casey.

El corazón de Marie dio un vuelco. Había muchas posibilidades de que Casey no volviera a ver a su madre. Nunca. No solo estaban atrapadas en el espacio entre dimensiones, sino que también estaban en el extremo equivocado de un agujero de gusano de sentido único. —Haremos todo lo posible para llevarte a casa, pero por el momento, estáis en otro planeta. Bueno, vuestros cuerpos, al menos.

Una fuerte conmoción se reflejó en el rostro de Casey. Marie escuchó jadeos de las otras mujeres, pero no había tiempo para suavizar las cosas. Hizo un gesto hacia los aldeanos. —Estas son las personas que viven en este planeta. Han venido a llevaros de vuelta a vuestros cuerpos. Os mantendrán a salvo. Os explicaré todo, pero más tarde. Tendréis que confiar en nosotros.

Enormes y furiosas nubes se amontonaban a lo lejos, recordándole a Marie que la entidad seguía allí. Solo los pensamientos de sus seres queridos la mantenían alejada.

—Ellos parecen... —dijo Casey.

—Puede que parezcan diferentes por fuera, pero por dentro son exactamente iguales a nosotros. —Marie sostuvo la mirada de Seriat —. Se han arriesgado para ayudarnos. Por favor, dejad que os guíen.

Casey tomó la mano de Seriat entre las suyas. —Gracias.

—Hay otros. No tan amables. Reptiles que parecen cocodrilos caminando sobre sus patas traseras. Os secuestraron. Han encarcelado vuestros cuerpos y... y...

—No son amables como esta gente —dijo Casey.

Marie asintió, pensando en los cuerpos demacrados atrapados en esas celdas y lo que les estaban haciendo. Se le cerró la garganta.

—Lucharemos contigo —dijo Seriat.

—Solo dime qué hacer. ¡Estoy lista para luchar contra esos cabrones! ¡No pueden llevarnos y luego encerrarnos! —Había un fuego en los ojos de Casey que le dijo a Marie que no iba a rendirse y aceptarlo. Eso era bueno. La ira la alimentaría.

No había forma de saber qué estaban haciendo los Reptiles con sus cuerpos mientras hablaban. No había tiempo que perder.

—Necesitamos volver. Daos la mano, todo el mundo.

Todos se apresuraron a darse la mano. Aldeanos y mujeres unidos.

—Cerrad los ojos y pensad en vuestro cuerpo. Lo pesado que se siente, cómo se siente vuestra piel, cómo es vuestro pelo. Pensad en cómo se sienten los zapatos en vuestros pies. Cómo se siente la hierba bajo vuestros pies descalzos. Concentraos tanto como podáis.

Un trueno retumbó furioso y fuerte. Las nubes giraban y se retorcían sobre ellos. La entidad estaba furiosa.

—Pensad en alguien que améis y no podrá haceros daño. El miedo le da poder. No puede tocaros si pensáis en el amor.

—¡Nunca dejaré que me atrape de nuevo! —gritó alguien.

—¡Podemos hacerlo! —gritó otra.

La determinación estaba grabada en los rostros, y lentamente comenzaron a desvanecerse. ¡Estaba funcionando! —¡Seguid así! ¡Lo estáis haciendo muy bien! —gritó Marie.

Una a una, desaparecieron hasta que ella fue la única que quedó en el intermedio. Un destello de luz en la oscuridad captó su atención. Un túnel de luz incandescente bañaba una forma sombría. Una forma familiar. Su corazón se detuvo. ¡Alastor!

Lo había encontrado. Una silueta se formó dentro del túnel y se extendió hacia Alastor. El corazón de Marie se detuvo. Sabía lo que era esta luz y si Alastor tomaba la mano, nunca volvería y finalmente lo entendió.

Keira, la esposa de Alastor, había venido a llevarlo a la otra vida.



Capítulo Veintiocho

¿Era esto un sueño? Colores brillantes le rodeaban. Calidez. Y Keira. Real y sólida, extendiéndole la mano para que la tomara. Casi la alcanzó, pero algo le inquietaba en el fondo de su mente.

¿Cómo había llegado hasta aquí? Había sido envuelto por las furiosas nubes y succionado hacia una oscuridad tan completa que no sabía dónde estaba arriba o abajo. Un dolor abrasador había recorrido todo su cuerpo, como si cada célula estuviera siendo desgarrada, destrozando su cuerpo y su vida. Esperaba la muerte, pero ahora mismo vibraba con vitalidad y buena salud.

—¿Keira? ¡Estás viva!

Su boca carnosa se curvó en la sonrisa que él amaba.

—Nunca morí realmente —sus labios se torcieron—. Bueno, mi cuerpo sí, obviamente, pero la verdadera yo simplemente siguió adelante.

Mientras asimilaba sus palabras, llegó la familiar oleada abrumadora de dolor y pérdida. Y culpa.

—Deberías seguir viva. Si no fuera por mí... —Bajó la cabeza derrotado, esperando todo lo que merecía. Todo lo que quería decirle, hacerle saber lo implacablemente arrepentido que estaba, cómo su vida había sido un infierno tras su muerte, quedó en

silencio en sus labios. Una risa lo sacó de sus pensamientos. Levantó la cabeza de golpe.

—¡Alastor! Tú no tienes la culpa.

—¡Pero moriste! Por mi culpa —su voz sonaba ronca. Tensa.

Keira resopló.

—No tuviste nada que ver.

—Pero si hubiera llegado más rápido. ¡Si te hubiera defendido! Podrías haber vivido —su voz se quebró, rota por el pesado remordimiento que había oprimido su corazón durante tanto tiempo.

—Fue en última instancia *mi* decisión, Alastor. Me fui porque no *quería* volver. Había cumplido mi tiempo y estaba bastante feliz de venir aquí —señaló al mundo más allá—. Había terminado lo que quería hacer. Para mí, ese capítulo de mi existencia se cerró.

Su boca se abrió y se cerró.

—Pensé que... por mi culpa...

—Cada uno tiene su propio camino que seguir. Te amé, Alastor. Todavía te amo y no te culpo de nada. ¿Cómo podría, cuando terminé aquí? Esta fue mi recompensa, no mi sentencia.

Apenas podía asimilar sus palabras. Había estado tan centrado en sí mismo que no se había dado cuenta de que, en última instancia, ese *era* el camino de Keira.

Algo cambió dentro de él. Una liberación de su corazón. De la responsabilidad de la culpa con la que se había cubierto. Ahora entendía. Entendía verdaderamente lo que era el viaje del alma.

—Te he echado de menos, Keira.

—Yo también te he echado de menos. Pero ahora podemos estar juntos de nuevo, si así lo deseas, Alastor.

Alastor miró por encima del hombro de ella hacia el exuberante paisaje de su infancia. La grappa violeta alfombraba el suelo, salpicada con los vibrantes colores de las pequeñas flores diama. A lo lejos estaba la Cordillera Momoa, alta y austera, coronada de nieve helada y hogar de innumerables especies de criaturas que moraban en el hielo.

Los bosques exuberantes de color magenta y verde azulado, que albergaban una miríada de seres vivos, enmarcaban el claro. Una brisa fresca y fría, impregnada del húmedo suelo forestal, acariciaba

mechones del cabello de Keira y rozaba su piel. Respiró profundamente, llenando su mente de recuerdos de tiempos felices.

Podía tener eso de nuevo. Todo lo que tenía que hacer era extender la mano y tocar la suya. Su brazo se alzó, dedos extendidos. Keira sonrió, con la mano tendida hacia él. Pero cuando sus dedos estaban a punto de hacer contacto, algo lo detuvo. Su mano quedó inmóvil.

Había echado de menos a Keira. Por supuesto que sí. La había amado. ¡Había sido su esposa! Pero aunque toda esa perfección estaba ante él, aunque era lo único que había creído desear durante años, no había terminado.

Porque quería más. Más *vida*. Más *amor*.

Su mano cayó a un lado.

—Keira... no puedo...

Ella fue su primer amor. Una vida que desesperadamente había querido recuperar. Pero eso fue antes de que todo cambiara. Keira fue su primer amor, pero Marie sería el último.

Keira también dejó caer su mano. Su sonrisa pasó de alegría a comprensión.

—Es el viaje de cada alma elegir lo que desea.

—Yo... —Quería seguir amando. Esforzándose. Explorando la vida. Aquí estaba en el umbral entre la vida y la muerte. Vivir, sabiendo que no habría más peleas. No más muertes. No más dolor. No más Reptiles. Por fin podría encontrar la paz que tanto anhelaba. Podría tener a Keira otra vez. Por fin podría descansar.

Y sin embargo, dudaba.

—No me expliques. No hace falta. No has terminado, Alastor. Ni de lejos.

La tristeza envolvió su corazón, pero no era pesada. Era... un alivio. Sabía que algún día, cuando estuviera realmente listo para volver a casa, ella estaría allí para él. ¿Pero ahora? Había tanto más que quería.

Marie.

—Te quiero, Keira.

Keira sonrió y dio un paso atrás. Las exuberantes cuchillas de grappa se curvaron sobre sus pies descalzos.

—Y yo también te quiero, Alastor. Disfruta de tu vida. No dejes que mi recuerdo te impida nada. No quiero eso para ti. Tienes una segunda oportunidad. Aprovéchala.

Keira señaló algo detrás de él. Se giró. Su corazón se detuvo cuando vio a Marie, con una expresión como si le estuvieran arrancando el corazón del pecho.

—Nunca te olvidaré, Keira. Me honraste siendo mi esposa.

—Y no hay nada que hubiera deseado más, Alastor. No te preocupes por mí. Tienes toda una vida por delante. Ve, con mi bendición, y no dudes que nos volveremos a ver. Pero espero que no sea hasta después de muchos, muchos años de vida feliz.

La luz que rodeaba a Keira se hizo más pequeña y desapareció. Cinco zancadas lo llevaron hasta Marie. Le rodeó la cintura con un brazo, el otro se cerró en su nuca, y su boca cayó sobre la de ella. No fue un beso suave. Fue uno de pasión. De posesión. De recompensa. Ella era suya y nada iba a impedirle vivir una vida con ella.

Ella respondió a su beso con tanto fuego como él le daba. Su lengua se deslizó dentro de su boca, un gesto completamente posesivo. Su delicado sabor estalló en su paladar. Ella sabía a ligereza y amor y a todo lo que era único en ella. Nada como el mundo al que pensaba que quería volver, y todo lo que ahora deseaba para su vida futura.

—No eres solo un espejismo, ¿verdad?

Su boca se curvó en una risa entrecortada. Colocó la palma de su mano en su mejilla.

—Espero que no le harías esto a un espejismo.

La besó de nuevo. Dioses, nunca tendría suficiente de esto. No quería tenerlo. Si pudiera pasar toda su vida con Marie en sus brazos, sería una vida muy buena, sin duda.

La vida era un regalo. Era hora de aceptarlo y estar agradecido. Había una riqueza de experiencias por explorar, tanto buenas como malas. Si tenía que pasar por todo eso para conseguir a la mujer en sus brazos, lo volvería a hacer. Dos veces más.

Un trueno retumbó tan fuerte que la vibración resonó en su pecho. El viento rugía a su alrededor. La oscuridad se precipitaba hacia ellos

en forma de mega-tormenta. El cabello de Marie se agitaba alrededor de su rostro, sus ropas golpeándose contra sus cuerpos en el viento aullante. Marie se tensó en sus brazos.

—Ha pasado algo. Ha traspasado la luz. Pero... ¿cómo?

Él no tenía respuesta. Sus brazos se cerraron alrededor de ella en un patético intento de protegerla. Marie se aferró a él. Enterró su rostro en su cabello, respirando profundamente, cubriendo su cuerpo con el suyo.

Mientras la entidad se precipitaba hacia ellos, una calma sombría se apoderó de él. Por fin había tomado la decisión de vivir y ahora —justo ahora— iba a escapar de sus manos.

No tenían ninguna oportunidad.



Capítulo Veintinueve

—T e quiero, Marie.

Sus ojos brillaron mientras le miraba. —Pensé que te ibas a ir con Kiera. Creía que eso era lo que querías. Deberías haberte ido. Haberte salvado de esto.

El viento aullaba a su alrededor, pero él lo ignoró. Le acarició la mejilla. No podía dejar de tocarla. No quería hacerlo. —Pensé que eso era exactamente lo que quería, pero no hay forma de que pueda dejarte. No permitiría que te enfrentaras a esto sola.

Una lágrima recorrió su mejilla. Él la apartó con un roce. Le mataba verla allí. Ella envolvió su mano con la suya. —Podrías haberte salvado. Haber vuelto a tu verdadero hogar.

—Lo habría hecho, pero eso fue antes de conocerte. Marie, aunque sólo nos queden unos momentos, serán los mejores momentos de mi vida. No hay lugar donde prefiera estar. Te entrego mi vida. Mi corazón. Todo lo que soy. No soy nada sin ti.

Las lágrimas brotaron y cayeron. Él mantuvo los ojos fijos en ella. Sería lo último que vería.

—Alastor, te entrego mi vida. Mi corazón. Todo lo que soy. No soy nada sin ti. Te quiero, más que a la vida misma.

El calor le invadió, intenso y brillante. Suave. Amoroso. Era como si sintiera el peso de sus palabras. Cualquier barrera que quedara alrededor de su alma simplemente se desvaneció, dejando solo el estado puro y desnudo.

Rozó sus labios con los de ella, inhalando su aliento, hundiéndose en el alma que ella ofrecía a cambio. Un amor tan grande le invadió que casi le hizo caer de rodillas. La luz inundó la oscuridad tras sus párpados cerrados. No dejó de besar a Marie para preguntarse qué estaba pasando. Si este era el final, la besaría hasta que no quedara nada de él.

La luz ardió en un blanco puro. Un rugido masivo sonó a su alrededor. El aire que les rodeaba se estremeció con la fuerza del ruido. Colocó su cuerpo alrededor del de ella, esperando la agonía de ser despedazado por lo que fuera que se abalanzaba sobre ellos, pero en su lugar, calidez y luz, y un sentimiento de amor tan profundo, que le dobló las rodillas.

Se filtró a través de los poros de su piel, las fibras de sus músculos, todos sus huesos, y más profundamente en su alma. Su conciencia se extendió hasta los confines del universo, donde nada vivía excepto el potencial.

Percibió todo sobre Marie. Su bondad, su capacidad para amar, para preocuparse, para luchar por aquellos menos capaces. Sus fallos. Sus talentos, creencias, desafíos, fantasías.

Y quedó asombrado por su amor hacia él. Era incomparable. Se encendió con su esencia, colisionando y explotando con la potencia de una estrella nuclear. Su alma se liberó, se expandió hasta sus límites, y luego se contrajo.

Se contrajo, uniéndose, fusionándose en algo que estaba más allá de la belleza. Más allá de las palabras. Más allá de cualquier cosa que pudiera haber pensado posible. Él era Marie y ella era él y por un momento indefinible, fue una sola persona con ella, hasta que finalmente la tensión se rompió, su cuerpo se encogió sobre sí mismo y la conciencia volvió bruscamente al presente.

Ya no había más viento. Ni oscuridad. Ni frío. No había más que... nada.

Entreabrió los ojos, tensando los músculos mientras esperaba que lo peor se cerniera sobre él. En cambio, unos pies con botas llenaron su visión. No era lo que esperaba. La figura se arrodilló y un rostro familiar apareció frente a él. —¿Black Feather? ¿Lady Lyria?

Líneas de fatiga enmarcaban sus ojos. Su cabello era un desastre, le faltaban plumas y su ropa estaba rasgada, pero aún así, poder y sabiduría ancestrales emanaban del nativo de la Tierra. Lady Lyria apareció a su lado, con el pelo revuelto por el viento y cayendo por su espalda. Parecía tan exhausta como Black Feather.

A su lado, Marie se movió. Él la ayudó a sentarse. En cuanto vio a Black Feather, se lanzó a sus brazos. —Pensé que te había atrapado. Pensé que... que... —Sus sollozos entrecortados fueron todo lo que necesitó decir.

Alastor sentía el impulso de abrazarla y aliviar su dolor, y apenas logró contenerse. Black Feather era como un padre para Marie, y debía ser respetado.

—Nos atrapó —dijo Black Feather.

—Temía que no fuéramos lo suficientemente fuertes —dijo Lady Lyria.

—Pero ¿cómo estáis aquí? ¿Estamos a salvo? ¿Hemos muerto? —preguntó Marie, mirando entre Black Feather y Lady Lyria.

Black Feather se rio, con sus grandes manos sobre los hombros de ella. —Deberías saber lo que hicisteis.

—¿Cómo demonios pude hacer algo?

Lady Lyria posó su mirada en Alastor y sonrió. —No *solo* tú. *Ambos*. Juntos. Dime, ¿os sentís diferentes?

La mirada preocupada de Marie pasó sobre Alastor antes de que cerrara los ojos. Tras apenas unos momentos, los abrió de golpe. —¡Puedo sentirte! Estás... dentro de mí. Dios mío, sé lo que estás sintiendo, casi como si... —Tragó saliva—. Casi como si tus emociones fueran mías.

Marie colocó su palma en las mejillas de Alastor. Sus ojos saltaban entre los de él, llenándose de lágrimas. No eran lágrimas de tristeza. Eran lágrimas de alegría. *¿Podría ser verdad?* —Te *siento*. *Dentro de mí*.

Él identificó la calidez que ella le enviaba. Era amor. Su amor por él. La supernova que los había desgarrado los había vuelto a unir.

Dos almas, fundidas en una.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Marie. Parecía incapaz de apartar su mirada de él, y la suya estaba completamente fija en la de ella.

—Sois dos mitades de una misma alma. Debería ser imposible... —Black Feather dejó de hablar.

—Y sin embargo está hecho —dijo Lady Lyria.

—Sea como sea, habéis destruido a la entidad y nos habéis liberado —dijo Black Feather.

Por primera vez, Alastor miró a su alrededor. Realmente miró. Estaban en la completa... nada. Solo luz. No hacía ni calor ni frío, no era incómodo, ni difícil de ver. Solo un mero espacio de existencia.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En el mismo espacio que antes, pero ahora está limpio —dijo Lady Lyria.

—Vosotros dos habéis acabado con la oscuridad. Simplemente no puede existir ante la luz de dos almas fusionadas. Nada resistirá el poder del amor. Vosotros dos habéis demostrado lo fuerte que puede ser el amor —dijo Black Feather.

La mirada de Marie se deslizó hacia Black Feather. —Pensé que ya nada podía sorprenderte.

—Cuando no haya más sorpresas, no habrá más existencia. Vosotros dos habéis cambiado la fibra misma de los universos —dijo Lady Lyria.

—¿Universos? —preguntó Alastor.

Black Feather asintió. —Este, y el siguiente. Aunque exactamente lo que eso significará, no lo sé.

—¿Cómo es posible? —dijo Marie.

—Hay cosas en juego de las que no soy consciente, Marie. Todo lo que sé es que alguien como tú merece lo mejor —dijo Black Feather.

Ella sonrió con la fuerza del sol en un día de invierno. —He conseguido lo mejor.

—¿Estás... bien? —preguntó Alastor. Si sus almas estaban unidas, ella estaría atada a él durante toda su vida. Quizás incluso más allá.

Era un hombre con muchos defectos. Había cometido grandes errores. Probablemente cometería muchos más. ¿Cómo podía condenar a Marie a un hombre así? Ella merecía mucho más de lo que él podía darle.

Su mirada se cruzó con la suya, y él sintió la fuerza de su determinación. —Si pensar demasiado es un defecto, entonces sí, estás lleno de defectos. Pero yo también. Estás unido a mí tanto como yo estoy unida a ti. ¿Cómo te sientes con eso?

La respuesta fue fácil y salió de sus labios al instante. —No querría que fuera de otra manera.

—Entonces, sabes que uno de mis defectos es que soy exigente, y voy a hacer mi primera exigencia. Bésame ahora, bésame rápido, y nunca vuelvas a pensar en nada parecido. —Lo envió con una oleada de amor y algo mucho más visceral que hizo que su pulso se acelerara.

No dudó. Atrapó sus labios en un beso prolongado. ¿Cómo no hacerlo? No había forma de que negara lo que ella deseaba. No cuando era tan fácil de dar. No cuando él deseaba lo mismo.

Black Feather se aclaró la garganta y Alastor se apartó con reluctancia. Quería que este momento durara para siempre, pero no era el momento ni el lugar adecuado. Aunque Lady Lyria le sonreía, merecía el máximo respeto.

Pronto, cuando todo esto terminara, se aseguraría de mostrarle a Marie lo visceral que podía ser. Le envió una imagen de ellos unidos de una manera más física. Un calor que no era suyo regresó a él.

Notó, con mucho placer, el rubor ardiente que coloreaba sus mejillas. Sus finos dedos se apretaron en su bíceps y su respiración se entrecortó. Podría gustarle este nuevo desarrollo. Con suerte, podría satisfacer su necesidad muy pronto.

Pero aún quedaba mucho por hacer. Las mujeres humanas todavía estaban en peligro por los Reptiles. —¿Podéis guiarnos de vuelta a nuestros cuerpos?

Black Feather le atravesó con una mirada negra. —Lo haré. Pero estad preparados. Hay mucho caos en el templo.

—Entonces tenemos que llegar allí lo más rápido posible y ayudarles. —Sintió la preocupación de Marie como si fuera suya.

—No podemos seguiros de vuelta —dijo Lady Lyria.

—Necesitamos asegurarnos de que la barrera entre universos esté protegida —dijo Black Feather.

Marie abrazó a Black Feather. Sus poderosos brazos rodearon sus hombros, protectores y amorosos como debería ser un padre.

—Cuando te vea de nuevo... no será así, ¿verdad? —Las lágrimas brillaban en sus ojos.

Black Feather negó con la cabeza. Sujetó sus hombros con un agarre suave. —Cuando reconstruya las barreras, cambiará para ser como era antes. Me verás, pero en tu mente como lo haces normalmente. No será como ahora.

Estaba triste, pero también entendía el funcionamiento del universo, y sabía que un día podría abrazarlo como lo hacía ahora. —Entonces tendré que hacer que esto dure. —Aplastó a Black Feather en un feroz abrazo. El antiguo guerrero la sostuvo con la misma fuerza.

—Llegará un día en que podremos tocarnos de nuevo.

Su sonrisa se torció. —Pero no durante muchos años.

Black Feather esbozó su sonrisa. —No. No durante muchos años. Mientras tanto, tienes a alguien que te tocará cuando lo necesites.

Los ojos negros y serios se posaron en Alastor. La mirada que un padre daría al hombre que su hija deseaba tomar como compañero de vida. Feroz y también esperanzada. Black Feather estaría vigilando para asegurarse de que Alastor cuidara de su hija.

No hacía falta dar garantías. Alastor haría todo lo posible para asegurar la felicidad de Marie. No solo sería su deber, sino su absoluto placer hacer que esto sucediera. —Me esforzaré para que Marie se sienta amada durante toda mi vida.

Black Feather asintió comprendiendo. Con un apretón prolongado de sus manos sobre las suyas, Marie retrocedió hasta Alastor. Él rodeó sus hombros con su brazo protectoramente.

Tomando aire para fortalecerse, dijo: —Por favor, devuélvenos.

—Estad preparados. Tenéis una batalla por delante —dijo Lady Lyria.

La blancura oscureció su visión. Se estrelló contra algo sólido y fue derribado hacia atrás. Pequeñas piedras se clavaron en su espalda.

Sus extremidades estaban pesadas y voluminosas, pero logró apoyarse sobre un codo. Pasó un momento antes de que se diera cuenta de que había vuelto a su cuerpo, en el pequeño nicho donde los había escondido a ambos.

Un grito aterrorizado cortó la cacofonía de ruidos provenientes de la cámara. Pasos atronadores pasaron corriendo. Pies más ligeros y pequeños y los pasos más pesados y voluminosos de los Reptiles.

Destellos de colores brillantes estallaron y los sonidos chocaban y rebotaban por todas partes. Fuertes. Estruendosos. Aterradores. Desorientadores. Los sonidos de la batalla.

Marie. ¿Dónde estaba Marie?



Capítulo Treinta

Salió despedida hacia atrás, golpeándose contra el suelo, quedándose sin aliento. Sus pulmones se paralizaron mientras su pecho se entumecía, y luego oleadas de dolor ardiente recorrieron su cuerpo. Marie forzó a abrir los ojos que querían permanecer cerrados. Puntos negros bailaban en su visión, que intentaba eliminar parpadeando. No funcionaba. Su pecho se contrajo a medida que el pánico se apoderaba de ella.

Unas manos se posaron suavemente en su hombro, una palma le dio palmaditas en la cara, no lo suficientemente fuertes como para doler, solo para atravesar la confusión.

—Marie. Escúchame. Deja que tu pecho se relaje. Podrás respirar si te relajas.

Un rostro flotaba sobre ella. ¡Alastor! Se aferró a sus antebrazos, intentando desesperadamente hacer entrar aire en sus pulmones.

—Relájate, Marie. Estás entrando en pánico. Tienes que relajarte.

Se estaba mareando, el pánico anulaba el significado de sus palabras. Una emoción la inundó, haciendo que sus músculos se relajaran y su pecho se aflojara. Alastor la estaba ayudando a aliviar su ataque de pánico. La presión alrededor de su pecho disminuyó.

Tosiendo, se incorporó sobre un codo, con lágrimas brotando de sus ojos. Nunca pensó que estaría agradecida por el oxígeno, pero en ese momento envió palabras de agradecimiento. Dulce, dulce oxígeno. Nada se había sentido mejor. Bueno, aparte de las manos de Alastor sobre ella. Manos que la ayudaron a sentarse.

—¡Alastor! —Su voz sonaba rasposa. Una oleada de amor la invadió. Necesitaba a Alastor tanto como necesitaba el aire, y sabía que él sentía lo mismo por ella—. Lo conseguimos. Hemos vuelto.

Su boca se tensó, con los ojos desviándose más allá de ella. ¿Por qué no estaba feliz? Lo habían logrado. Realmente lo habían logrado, a pesar de todo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

La preocupación la invadió. La preocupación de *él*.

—Estamos en medio de una batalla. Las mujeres humanas han despertado. Están luchando contra los Reptiles. Tengo que ayudarlas, Marie.

Los sonidos de batalla en la cámara eran horripilantes. Gateó con miembros temblorosos desde su alcoba para asomarse a la cámara.

Una mujer morena se agachó, luego lanzó su pie en una patada circular perfecta justo en el lado del cráneo de un Reptil mientras este la atacaba. El Reptil giró sobre sus dedos y se estrelló contra el suelo. La mujer le dio una patada en el vientre blando y lo hizo rodar fuera de la pasarela hasta desaparecer por el borde, luego corrió para ayudar a arrancar la parte delantera de una celda, liberando a alguien más en el interior.

Marie se esforzó por ponerse de rodillas, ignorando sus músculos protestantes.

—Tengo que ayudar.

—Quédate aquí. Es más seguro aquí dentro, Marie.

—No voy a quedarme aquí y observar desde la seguridad de este pequeño lugar. Hay gente que necesita ayuda —dijo Marie.

La expresión en su rostro la hizo dudar.

—No puedo... no puedo perderte, Marie. No otra vez.

Se ablandó, comprendiendo su reacción. Colocó la palma de su mano en su mejilla.

—No vas a perderme. Te quiero, Alastor. Voy a hacer todo lo que esté en mi poder para quedarme en esta vida contigo, igual que tú vas a ser tan cuidadoso como puedas y harás lo mismo. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que esto ocurra. No sin intentar *algo*. He llegado demasiado lejos... *hemos* llegado demasiado lejos.

Él acunó su rostro entre sus palmas y la besó. No fue un beso suave. Fue firme. Tomó. Exigió. Le dijo que se aseguraría de que ambos sobrevivirían para un futuro. Juntos. Se apartó con la misma fuerza. Jadeando intensamente, ella puso sus manos sobre las de él. Si esto era una promesa de lo que vendría, se aseguraría de que ambos sobrevivieran.

—Bien. Me alegro de que estemos de acuerdo.

Él se puso de pie, ofreciéndole sus manos y también la levantó, aplastándola contra su duro cuerpo. Ella se acomodó allí, deleitándose con la dura y sólida longitud de él. Apartó un mechón de pelo de su rostro.

—Dioses, Marie, cuando todo esto termine, voy a... —Sus palabras se quedaron en silencio.

Una sonrisa tocó sus labios y se inclinó hacia arriba sobre los dedos de sus pies.

—Y yo te voy a dejar. Ahora que tenemos algo que esperar, vamos a hacer lo que vinimos a hacer después de todo este camino.

Alastor agarró su mano firmemente en la suya, tirando de ella detrás de él mientras entraban cautelosamente en la cámara. Era un caos. Los aldeanos estaban atacando a los Reptiles. Las mujeres liberadas ayudaban a otras a escapar de las celdas.

Un sollozo sonó cerca. Alastor agarró la esquina superior y arrancó la membrana frontal de una celda cerrada. Marie lo ayudó a abrirla, ignorando la superficie fría y viscosa. La mujer del interior gritó, retrocediendo. Sus ojos se abrieron de par en par cuando se fijaron en Alastor. Sus rodillas cedieron y se desplomó en el suelo, con terror en su rostro.

La mujer jadeaba incontrolablemente, su cuerpo temblaba mientras gemía.

—Shhhh. Está bien. Estamos aquí para ayudarte. ¿Puedes mirarme? ¿Puedes decirme tu nombre? —Marie se agachó frente a ella.

Hubo un gruñido detrás de ella. Marie se dio la vuelta para ver a Alastor luchando contra un Reptil. Balanceó su cola con punta venenosa hacia el estómago de Alastor. Un ruido a medio camino entre un grito y un sonido de alarma escapó de sus labios. Alastor inclinó su cuerpo hacia un lado, y la cola lo esquivó por apenas unos milímetros.

Alastor aprovechó ese impulso y golpeó al Reptil en el medio de su espalda. Tropezó con sus pesadas botas y dejó escapar un chillido mientras caía por el borde de la pasarela. Alastor se giró, con una pistola en la mano.

No solo había logrado deshacerse del Reptil, sino que también había robado su arma. Solo había tardado unos segundos. Se agachó junto a Marie, irradiando preocupación por la mujer comatosa.

—Está paralizada por el miedo —dijo Marie.

Alastor cuidadosamente se acercó a la mujer. Ella comenzó a gemir, pero le permitió levantarla suavemente para acunarla en sus brazos.

—Saquémosla de aquí y llevémosla al pasillo.

Tres Reptiles se abalanzaron hacia ellos. Un siseo y un castañeteo la hicieron girar a tiempo para ver a otros tres viniendo desde la otra dirección, acorralándolos. La saliva goteaba de sus mandíbulas, sus ojos negros brillaban. Todos blandían armas.

Dejó cuidadosamente a la mujer comatosa en el suelo, con los ojos fijos en los Reptiles mientras se acercaban. Marie se movió junto a Alastor, deseando tener un arma propia. Se agachó junto a la mujer mientras Alastor se colocaba delante de ellas.

—Prepárate para correr, Marie.

Su aliento escapó repentinamente.

—Alastor, no. No voy a dejarte.

—Marie... —Su voz estaba llena de tensión.

—Si tu vida termina ahora, la mía también. Te seguiré a la próxima vida. Casi lo hice antes y lo volveré a hacer —siseó.

Una mirada rápida, llena de emoción, fue la única indicación de que las palabras que acababa de decir lo habían golpeado fuerte. Sus pupilas eran tan grandes que absorbían todo el color. Su vida había cambiado irrevocablemente ahora por causa de él. Y la de él por causa de ella. Sus almas estaban entrelazadas.

—Bien, malditos bastardos, os derribaré a todos antes de que acabéis conmigo —dijo Alastor.

Todos los músculos de su cuerpo se tensaron cuando los Reptiles cargaron. Uno de ellos balanceó su aguijón venenoso. La tela se rasgó y una parte de la camisa de Alastor flotó hasta el suelo frente a Marie.

Un destello brillante la cegó, luego siguieron los gritos agonizados y siseos de los Reptiles. Cuerpos se desplomaron a su alrededor. Más luces destellaron, cegándola. Gritos. Voces masculinas. Órdenes. Confusión total. Manos agarraron sus brazos. Luchó contra ellas, balanceándose como un animal salvaje.

—Marie. Soy yo. —Aliento cálido contra su mejilla.

El aliento escapó de ella y envolvió sus brazos alrededor del hombre que amaba más que a la vida misma. Sus labios encontraron los de él, una lengua trazó la línea de su boca y ella se abrió para él. Sus lenguas se entrelazaron, los dientes chocaron, los labios se deslizaron y acariciaron. Entrelazó sus dedos en su pelo, trepando por su cuerpo. Esto no era suficiente. Esto nunca sería suficiente.

—Vaya, vaya, vaya. Esto nunca lo habría imaginado.



Capítulo Treinta y Uno

La expresión divertida que les miraba desde arriba no era lo que esperaba. Jadeando, miró a su alrededor. Cuerpos inmóviles de Reptiles esparcidos por el camino. Se estremeció, acurrucándose más en el reconfortante abrazo de Alastor.

Los gritos estaban cesando, reemplazados por sollozos. El caos de la gente corriendo se había sustituido por el paso rápido de los soldados del *Starlight*. Hombres uniformados ofrecían consuelo a mujeres aterrorizadas. Los Aldeanos deambulaban, ayudando a otros.

—¿Comandante Striker? ¿Qué? ¿Cómo? —Su agotada mente se negaba a encontrar una explicación.

—Recibimos una señal de socorro y vinimos tan rápido como pudimos. Por lo que veo, llegamos justo a tiempo —la mirada penetrante del comandante, como la de un halcón, les examinó a ambos.

Marie miró alrededor, apenas comprendiendo lo que veía.

—¿Ha terminado?

Alastor apoyó su frente contra la de ella, sus respiraciones mezclándose.

—Sí. Realmente ha terminado.

Había llegado al límite de su resistencia. Si ocurriese algo más ahora mismo, no tendría la capacidad de impedirlo. Apoyó su frente contra el pecho de Alastor, girando la cabeza hasta que el Comandante Striker quedó en su campo de visión.

—¿Estás seguro de que no eres un sueño?

Sus labios se torcieron en una rápida sonrisa. Siempre era rápido para sonreír. Eso era algo que le gustaba de él.

—Te aseguro que todo esto es real. Me alegra ver que tu misión de reconocimiento ha revelado todo lo que necesitábamos descubrir, aunque creo que os habéis excedido un poco. También me alegra ver que habéis encontrado a las mujeres humanas —dijo el Comandante Striker.

—¿Están a salvo? —Miró por encima del hombro de Alastor para ver a gente ayudando a más mujeres a salir de sus horribles celdas. Se estremeció cuando los cuerpos de las mujeres que no lo lograron fueron colocados suavemente a un lado.

Striker se interpuso frente a aquella desgarradora visión.

—Hay muchas más a las que pudimos salvar, además del resto del planeta. No sé qué hicisteis, ni cómo lo hicisteis, pero los habitantes locales están liberados mentalmente. Habéis salvado un planeta entero.

—¿Cómo nos encontrasteis? —preguntó Alastor.

—Después de detectar la señal de socorro, la red de energía alrededor del planeta se desactivó, permitiéndonos aproximarnos a la superficie —dijo el Comandante Striker.

—Fuimos nosotros. Hicimos la llamada al Starlight. Nuestra tecnología vuelve a ser utilizable —dijo Seriat.

—¡Seriat! —Marie solo tuvo energía para sonreír. Una pequeña cara se asomó debajo de Seriat—. ¡Deseree!

—Me alegro mucho de que estés a salvo, amiga mía —dijo Seriat.

—Los lugareños nos recibieron y juntos asaltamos esta pirámide. Imagina nuestra sorpresa al descubrir todo esto. Solo quiero saber cómo fuisteis capaces de hacer todo esto —preguntó Striker.

—La historia es bastante larga, sin embargo, Marie está al límite de sus fuerzas —dijo Alastor.

Sus manos se habían quedado inmóviles sobre el pecho de ella. Sentía la fatiga que irradiaba de él.

—No soy la única.

El Comandante Striker gritó:

—¡Necesitamos un médico! ¡Dos para el Starlight, inmediatamente!

De ninguna manera iba a ser sacada en una camilla. No había nada malo en ella aparte de algunos moratones y agotamiento. Se despegó del muy cómodo pecho de Alastor.

—Hay tiempo de sobra para descansar. Ahora mismo, haré cualquier cosa para recordarme a mí misma que estoy viva, créeme.

La suave risa de Alastor encendió la suya. Juntos, sus risitas se convirtieron en una carcajada completa. Marie ignoró las miradas confusas del comandante y de Seriat, y juntos se ayudaron lentamente a ponerse de pie. Su cuerpo protestó durante todo el camino y dependió en gran medida del firme agarre de Alastor. Se pusieron de pie y Alastor le rodeó con su brazo.

—¡Quita tus manazas de encima! ¿Cuántas veces tengo que decir que estoy bien? Ahora déjame en paz, colega. Hay otros aquí que necesitan tu ayuda más que yo. ¡Vete ya! ¡Largo!

Era la mujer que había derribado al Reptil del camino con una patada circular. Parecía que podía cuidarse sola, con sus pesadas botas todoterreno, pantalones utilitarios y una camiseta sin mangas que mostraba unos brazos tonificados y esculpidos. Si la ropa no gritaba que era una dura, entonces su cabello rapado seguramente lo hacía.

Un joven Hexoniano uniformado se le acercó con las palmas extendidas en un gesto universal de apaciguamiento.

—Estoy aquí para ayudar, señora. Ha pasado por un trauma.

—Yo seré quien juzgue eso. Aléjate de mí —dijo la mujer.

Su aura irradiaba una mezcla de miedo y confusión, junto con una saludable dosis de no-tonterías. Si el hombre no retrocedía, era probable que esta mujer atacara.

—Detente. Déjala en paz —dijo Marie.

La mujer la miró.

—Exactamente. Escucha a esa chica.

El joven se volvió hacia el comandante, con una mirada desamparada en su rostro.

—Está bien, Conzon. Déjala en paz por el momento. Es mucho para asimilar —dijo Striker.

—¿Puedo preguntar quién eres? —preguntó Alastor, claramente una cuestión para disipar la tensión creciente.

—Puedes llamarme Wonder Woman por todo lo que voy a contarte. ¿Quién demonios eres tú? —Evaluó a Striker con un gesto de la barbilla. Marie tuvo que admirar la fachada que mostraba, porque sabía que por dentro la mujer temblaba tan fuerte que se estaba desmoronando.

—Soy el Comandante Striker, representando a la especie Hexoniana del Consejo Interplanetario Unido contra la invasión Reptil. Estamos aquí para ayudaros —dijo Striker.

—Y claramente estás delirando. Mira, ha sido una pasada, pero tengo que largarme y eliminar lo que sea que obviamente echaron en mi ron con cola. Hasta luego.

La mujer retrocedió de los soldados que la rodeaban, claramente nerviosa y asustada.

—¡Atrás! —rugió Alastor—. Dadle algo de espacio.

Un trueno resonó por todo el anfiteatro. Nubes se arremolinaron detrás de la mujer, apareciendo de la nada y rodeándola por completo en un instante.

—¿Qué demonios...?

Dos Reptiles aparecieron de entre las nubes. Parecían ligeramente diferentes a los Reptiles uniformados que yacían muertos a sus pies. Más duros. Inteligentes. Cuerdas de munición colgaban de sus pechos y alrededor de sus cinturas. Uno tenía un artilugio metálico alrededor de su cabeza y sobre un ojo que destellaba en rojo. El otro llevaba placas metálicas sobre sus hombros.

Sus garras se clavaron en los hombros de la mujer. No tuvo tiempo de emitir un sonido antes de que las nubes, los Reptiles y la mujer desaparecieran. Se había ido. Totalmente desaparecida.

Varias nubes más se abrieron alrededor de la cámara, arrebatando mujeres al azar. Todo terminó en cuestión de segundos. Marie

observó aturdida cómo Alastor y los guardias corrían hacia donde había estado la mujer.

—Marie, ¿puedes sentirla? —preguntó Alastor.

Marie rápidamente intentó sintonizar, pero no había absolutamente nada.

—¿Pluma Negra? —susurró en su mente.

—¿Me has llamado tan pronto? —La reconfortante presencia de Pluma Negra fue instantánea. Sin querer perder tiempo, Marie reprodujo en su mente lo que acababa de suceder—. ¿Puedes rastrearla?

Pluma Negra desapareció. Un momento después estaba de vuelta.

—No parece bueno.

El miedo llenó el corazón de Marie.

—¿Qué ocurre? —susurró en su mente.

—Han sido llevadas a un universo paralelo. Marie, estas personas, ninguno de vosotros, podréis ir allí —dijo Pluma Negra.

—Entonces, ¿cómo llegaron esos Reptiles allí? —preguntó Marie.

—Tendré que averiguarlo. Por ahora, la puerta está cerrada. Nadie puede salir, pero nadie puede entrar tampoco.

—¿Y esas pobres mujeres? —preguntó Marie.

—Encontraremos una manera de ayudarlas, Marie —dijo Pluma Negra—. Confía en nosotros y encontraremos el modo.

—Siempre confío en vosotros —dijo Marie suavemente.

—Y yo en ti. Ve ahora y descansa. Parece que habrá más trabajo por hacer. —Pluma Negra se retiró de su mente hasta que no quedó más que silencio. Marie abrió los ojos para ver que toda la atención estaba puesta en ella. Su agotamiento aumentó.

Habían hecho todo lo que podían aquí. Habían salvado a las mujeres y liberado un planeta entero, y aun así más habían sido capturadas.

Con voz quebrada, repitió lo que Pluma Negra le había dicho. Su corazón se rompió y sintió que su cuerpo pronto seguiría el mismo camino. Unos fuertes brazos sujetaron sus hombros y la levantaron del suelo. Se volvió hacia el pecho de Alastor, buscando su calor y consuelo.

Él besó la corona de su cabeza, provocándole lágrimas.

—Has hecho todo lo que has podido, Marie. Volveremos al Starlight. Y te recuperarás.

Ella agarró su camisa, arrugándola en su mano.

—Y nos tendremos el uno al otro.

—Sí, Marie. Nos tendremos el uno al otro. Por el resto de nuestras vidas —dijo Alastor.

—Entonces por fin estoy en casa —susurró Marie.



Capítulo Treinta y Dos

—No soy de cristal —dijo ella.

La profunda risa de Alastor en respuesta le envió escalofríos por todo el cuerpo y vertió calor líquido en su centro. La depositó con cuidado en su cama como si fuera lo más preciado del universo. Por la forma en que lo hizo, podría llegar a creer que realmente lo era.

Se aferró a sus bíceps, atrayéndolo hacia ella. Él no se resistió. La presión de su peso sobre su cuerpo le provocó otra oleada de emoción. Su cuerpo palpitaba con una necesidad urgente.

No habría más espera. Ya no había misión. Habían regresado a bordo del Starlight. A salvo. El personal médico les había examinado y Marie había huido felizmente con Alastor tan pronto como el médico la declaró sana, aunque un poco deshidratada.

Se ocuparía de ese pequeño problema... justo después de atender otra necesidad que llevaba demasiado tiempo insatisfecha.

Él se acomodó sobre ella, apoyándose en los codos para no cargarla con todo su peso, pero lo suficiente para que ella sintiera la evidencia de su propia necesidad presionando contra su abdomen.

Ella lo recibió con gusto, inclinando las caderas para provocar una deliciosa oleada de sensaciones. Alastor gimió, bajando su frente

hasta apoyarla contra la de ella.

—Hembra. Marie. Lo que me haces.

—Es lo que quiero que me hagas tú lo que me interesa —respondió ella.

—El médico dijo que debes descansar.

—También dijo que tú debes descansar. Y lo haremos... Después.

Alastor se echó ligeramente hacia atrás, con un pequeño surco entre las cejas. Era absolutamente magnífico. Guapo. Rudo. Masculino. Y ella estaba tan profundamente enamorada de él que casi no podía pensar con claridad.

—¿Después de qué?

Ella colocó las palmas a ambos lados de su cabeza y lo atrajo hacia sí.

—De esto.

Reclamó sus labios como pretendía reclamar su cuerpo. Sus labios acariciaron los suyos antes de que su lengua se sumergiera en su boca húmeda y cálida. Su sabor explotó en su lengua, la anticipación corría tan rápido como su corazón. Nunca pensó que un beso pudiera ser así. Tan satisfactorio por un lado, pero también dejándola insatisfecha por otro. Un preludio de más placer, más intimidad. Simplemente más.

Inclinó la cabeza para profundizar el beso y fue recompensada cuando la lengua de Alastor se deslizó contra la suya en un movimiento lento y profundo. Él acababa de tomar el control del beso y ella estaba feliz de dejárselo. Le daría todo lo que quisiera.

Se apartó ligeramente.

—¿Estás segura de que puedes hacer esto, Marie? —su voz era áspera por la necesidad.

Sus dedos se entrelazaron en su pelo en la parte posterior de su cabeza.

—Voy a arder si no lo hacemos.

Sus dedos se deslizaron suavemente por su cabello y acunó su cabeza con sus grandes manos. Nunca se había sentido más segura.

—Dioses, Marie. Nunca pensé que llegaría a hacer esto. Pensaba... —Su aliento escapó de golpe.

Ella estaba acostumbrada a ver más allá de la vida física. Había pasado la mayor parte de su propia vida viviendo en ambos mundos, pero tenía que recordar que esto era nuevo para Alastor. Demonios, también había sido aterrador para ella, pero al menos ella lo entendía. Debió ser extraño ver más allá del velo cuando no tenías ni idea de que existía.

—Ya pasó, Alastor. Eso no puede volver a ocurrir. No sé cómo una entidad así pudo escapar de su propia dimensión. Ni siquiera Pluma Negra lo sabe.

Su pulgar trazó la línea de su mejilla.

—No es solo eso... —Pareció afligido por un momento, antes de decir—: Viste a Keira. Sabes lo que significaba para mí. Marie... quiero que sepas que tú eres igual de importante. Te quiero tanto como a ella. Más... Esto está saliendo todo mal, pero tienes que saber... no eres un reemplazo de Keira. Amé a Keira, pero estoy enamorado de ti.

No había dudas. Eran dos mitades de la misma alma y él tenía que saber lo que ella sentía por él.

—Tenías una vida antes de conocerme. ¡No voy a reprochártelo! Eso te ha convertido en el hombre... macho... que eres hoy. Es hora de crear nuestra propia vida. Juntos. Has tenido un milagro. Has tenido una verdadera oportunidad de despedirte. Eso es algo que la gente no consigue, y sabes que la verás de nuevo y que ella está, de hecho, viva y bien. Te dio su bendición.

—Lo hizo. Me alegro de que lo hiciera. Marie... casi me voy con ella...

Marie le agarró la cara para que tuviera que mirarla.

—Pero no te fuiste. Te quedaste. Por mí —su voz se quebró. Debió ser muy difícil alejarse de la llamada de volver finalmente a casa. El amor. La sensación de corrección era casi imposible de ignorar. Sin embargo, él lo había hecho—. Sentiste eso, y aun así volviste. Estoy muy, muy agradecida.

Una media sonrisa elevó sus labios carnosos.

—No puedo alejarme de una vida contigo a mi lado.

Un suspiro escapó de ella.

—Me alegro de que me hayas elegido, y yo te elijo a ti.

Su expresión se volvió juguetona, y luego lentamente se transformó en algo más.

—Voy a demostrarte lo agradecido que estoy de que hayas dicho eso.

La atrapó en un beso profundo. No hubo más palabras, y en esto, las acciones hablaban más alto. Inclinó las caderas, empujando ligeramente en sincronía con su lengua. Marie lo encerró en la cuna de sus muslos e inclinó las caderas para una deliciosa fricción en la parte más delicada de su cuerpo. Incluso a través de capas de ropa, la fricción era increíble. Gimió en su beso. Él la estrechó entre sus brazos.

Se apartó, con la respiración entrecortada, y descendió por su cuerpo, besando su mandíbula, su cuello y trazando con la punta de su lengua el centro de su clavícula.

—Esto tiene que irse.

Con destreza, abrió de un tirón su chaqueta y el inicio de su camisa. El aire fresco acarició su piel desnuda mientras él separaba su ropa como si desenvolviera un regalo precioso. Su corazón martilleaba mientras su mirada recorría su torso desnudo.

—Dioses, Marie. Eres hermosa.

No tuvo tiempo de responder antes de que él se inclinara. Su boca se enganchó a un pezón erguido y ella jadeó en voz alta. Su lengua lamió el sensible pico mientras succionaba su pecho en su boca. Ella se arqueó en la cama, echando la cabeza hacia atrás mientras la pura sensación recorría su cuerpo hasta arremolinarse en su núcleo. Su cuerpo cosquilleaba. Una deliciosa presión se acumulaba.

Alastor soltó su pecho, cambiando al otro. Mientras succionaba, su mano libre trazaba la cintura de ella. La piel se le erizó cuando sus dedos se deslizaron tan suavemente sobre su piel desnuda. Un muslo grande y firme se colocó entre sus piernas. Su tacto recorrió la cintura de sus pantalones, sus dedos hundiéndose en la hendidura de su entrepierna. Ella se sacudió cuando la sensación subió por su columna vertebral.

Pasó los dedos arriba y abajo, en un ritmo lento y sensual. Ella se encontró jadeando, la tensión aumentando.

—¡Alastor!

Su boca abandonó su pecho mientras desabrochaba el cierre de sus pantalones. Sus dedos se hundieron más abajo, deslizándose por su húmeda calidez. Capturó su boca mientras su dedo entraba en ella. Un dedo pronto fue reemplazado por dos. Su lengua en su boca imitaba a sus dedos abajo. Sus músculos internos temblaron, contrayéndose. Su pulgar encontró el manojo de nervios sobre su hendidura, rodeó y presionó.

La tensión en su cuerpo se estiró y rompió. Explotó mientras una oleada dorada de sensación la dominaba. Apenas consiguió respirar antes de que él le quitara los pantalones y su boca encontrara su lugar más sensible. Lamió toda la longitud de su hendidura antes de aferrarse a su clítoris. Su largo dedo entró en ella de nuevo mientras succionaba.

Su cuerpo se tensó de nuevo, un segundo orgasmo siguiendo al primero. Sus pulmones se detuvieron. Estaba indefensa ante la marea de pura sensación. Él cabalgó su orgasmo, prolongándolo con su hábil boca, lengua y dedos.

Volvió en sí, cada célula de su cuerpo sensible y palpitante. Él la miró desde entre sus muslos separados, la punta de su lengua todavía lamiendo su clítoris.

—Alastor. Por favor —casi sollozó de necesidad. Necesitaba más. Lo necesitaba a él. Todo él.

El colchón se hundió mientras lentamente subía por su cuerpo. Ella tiró de su ropa. Necesitaba verlo desnudo, sentir su piel contra la suya. Sentirlo dentro de ella.

—Quítate esto. Ahora —apenas reconoció su voz, tan baja y ronca.

Arrodillado sobre ella, alcanzó detrás de su cuello y se quitó la camisa por la cabeza, arrojándola a un lado antes de deshacerse rápidamente de sus pantalones. Su erección se balanceó contra su abdomen. Dura. Gruesa. Larga. La boca de Marie se secó mientras otro delicioso escalofrío la recorría. Iba a alcanzarlo, pero él se arrodilló sobre ella, con los brazos a ambos lados de sus hombros, las rodillas entre sus muslos.

—Puedes tocar, pero después. Ahora, todo lo que quiero es hundirme en ti y unirme contigo físicamente, así como también en nuestro nivel del alma.

—Yo también quiero eso —habría muchas, muchas más oportunidades para conocer su cuerpo. Pero por ahora, habían esperado lo suficiente.

Separó ampliamente los muslos para acomodar sus caderas mientras él se asentaba en el cruce de su cuerpo. Su erección rozó su entrada. Ella inclinó las caderas, colocándose para que pudiera deslizarse dentro.

Centímetro a lento centímetro, se deslizó dentro. El éxtasis se reflejó en su rostro. Entró y salió de su humedad, hasta que los nervios en la parte superior de su vientre temblaron cuando la punta llegó tan lejos como pudo.

La sensación de tenerlo dentro era indescriptible. Se quedó quieto, dejando que ambos se adaptaran. Ambas respiraciones eran entrecortadas. Marie enroscó sus piernas alrededor de él, abriéndose tanto como pudo. Sus dedos se flexionaron en sus brazos.

Él inclinó las caderas, retirándose un poco y volviendo a entrar. Una deliciosa fricción comenzó dentro de ella, coincidiendo en el exterior mientras él frotaba su bajo vientre contra su clítoris. Ella jadeó cuando un pequeño gruñido sonó en su pecho.

No se había dado cuenta de que había cerrado los ojos, pero cuando los abrió hacia él, fue para verlo mirándola. La posesión, la gravedad, el amor absoluto que brillaba desde las profundidades de sus ojos hizo que su corazón latiera con fuerza, que su respiración se entrecortara.

Se inclinó y la besó larga, lenta y profundamente. Cuando se apartó, sus músculos eran como líquido y ella se inclinaba en un precipicio sobre el que no tenía control.

—Así es como te amo, Marie. Te prometo que estaremos así todos los días. Dentro de tu cuerpo —colocó una mano sobre su corazón—. Y dentro de tu alma.

Ella puso su palma sobre el pecho de él, sintiendo su corazón latiendo tan fuerte y rápido como el suyo.

—Puedo sentirte dentro de mi cuerpo y mi alma. Y estoy muy agradecida de que estés ahí. Gracias, Alastor. Gracias por todo.

Atrapó su boca en un beso suave. Uno que se volvió urgente muy rápidamente. Afirmó sus brazos alrededor de su cuello y se aferró a

él mientras lentamente se retiraba casi hasta la punta, luego volvía a introducirse en ella. No había otro lugar al que él perteneciera.

Lentamente se apoyó sobre sus codos, sus embestidas haciéndose más fuertes. Más rápidas. El sudor perlaba su frente mientras se estrellaba contra ella. Las deliciosas sensaciones aumentaron, cada vez más alto, hasta que se inclinó sobre el precipicio en otro orgasmo cegador.

Vagamente lo escuchó rugir y el calor líquido estalló en su vientre mientras su miembro expulsaba su liberación una y otra vez.

Cayó sobre ella, rodando hacia un lado, rodeándola con sus brazos y llevándola con él. Yacían juntos, de lado, todavía unidos, con los corazones ralentizándose y la respiración suavizándose. Sus músculos eran como líquido. Estaba saciada. Completamente.

Alastor suspiró y la besó en la parte superior de su cabeza mientras ella se acurrucaba en la protección de su pecho. Sería una mujer muy feliz si pudiera quedarse así por el resto de su vida.

Muy feliz, de hecho.



Capítulo Treinta y Tres

Mucho tiempo—después de cuatro sesiones más de hacer el amor y de un sueño profundo y reparador—más tarde …

Marie activó los chorros de la ducha. Al instante, agua fresca y cálida brotó de las boquillas estratégicamente ubicadas en las paredes de la cabina. Nunca se cansaría de la tecnología hexoniana y, en su opinión, esta era una de las mejores.

Se colocó bajo el agua, dejando que se deslizara por su cuerpo, relajando los músculos deliciosamente doloridos. Se sentía bien. Quizás no tan bien como las manos de Alastor, pero bien de una manera tranquilizadora. No le sorprendía. El agua era curativa. ¿Cuántas veces había sugerido a alguien que fuera a la playa, si el tiempo lo permitía, y pasara un rato nadando en el océano? Incluso quedarse de pie en él era suficiente.

Había conseguido desenredarse de las extremidades de Alastor lo suficiente como para escabullirse de su—ahora *su*—cama, y dirigirse al baño. Cada vez que lo había intentado, Alastor se había despertado y luego le había hecho olvidar muy eficazmente todo lo relacionado con su ducha.

Esta vez, había logrado salir de debajo de un brazo que rodeaba su cintura sin molestarle. Él necesitaba dormir para curarse, y ella

necesitaba una ducha para organizar sus pensamientos.

Estaba preocupada por las mujeres que habían sido llevadas—a algún lugar—delante de los ojos de todos. Había sucedido tan rápido que nadie había podido actuar hasta que era demasiado tarde. Y estos hexonianos eran rápidos, tenía que reconocerlo.

Cerró los ojos bajo el chorro de agua y dejó que su concentración se expandiera. —¿Pluma Negra?

Su presencia familiar llegó casi al instante, aunque sintió que se contenía un poco. No podía identificar el motivo. Lamentaba no poder verlo y tocarlo como había podido hacer antes, pero entendía que esta era la única forma en que podía contactarle como de costumbre. El velo había sido restaurado.

—Estoy aquí, Marie.

—¿Has podido localizar a las mujeres desaparecidas?

—Se las han llevado bastante lejos, a otro universo en otra dimensión. La puerta entre ese universo y este es extremadamente difícil de abrir —dijo Pluma Negra.

—¿Por qué?

—La forma en que la energía ha unido la materia es diferente a como lo hace en tu dimensión —explicó Pluma Negra.

—Entonces, ¿estás diciendo que incluso si logramos abrir esta puerta, podríamos no...?

—La supervivencia es dudosa.

Marie se llevó una mano temblorosa a la boca. —¡Pobres mujeres!

—Sus almas siguen brillando con fuerza, pero si quieren sobrevivir, tendrán que igualar la frecuencia de ese universo.

—Pero esos... esos monstruos se las llevaron. ¿Cómo han conseguido los Reptiles sobrevivir en ambos? —preguntó Marie.

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar —dijo Pluma Negra —. Marie, creemos que es obra de la misma entidad.

—Pero, pensé que la habíamos matado —dijo Marie.

—Le impediste entrar en tu dimensión, pero escapó. Creemos que intentó penetrar en varias dimensiones —dijo Pluma Negra.

Marie no pudo contener un escalofrío, recordando aquellas densas nubes que habían conseguido rodear a tantas almas y mantenerlas encerradas en sus mentes. La manera en que los hexonianos lo

explicaban —esclavizados mentalmente— lo describía bien. Odiaba pensar que lo mismo podría estar ocurriendo a otros en un universo desconocido.

—Tiene que haber una manera de traerlas de vuelta —dijo Marie.

—Y la encontraremos. No estás sola.

—Ahora que la entidad ha sido eliminada de este universo, podemos liberar todos los planetas ocupados. Incluso si nunca regresamos a nuestra galaxia, podemos hacerlo desde aquí. La gente de Annexor ayudará. Annexor es un planeta de energía masiva, pero eso ya lo sabías, hija mía. —Su camino se volvió claro. Desde Annexor, podrían liberar a todos los esclavizados mentalmente.

La enormidad era asombrosa, pero de alguna manera, encontraría la forma. Sabía que Alastor tampoco se quedaría de brazos cruzados. Entre las mujeres rescatadas, la gente de Florn, Calisto y Annexor combinados, tenían una fuerza considerable.

—No es exactamente a eso a lo que me refería —dijo Pluma Negra.

La presencia de Pluma Negra se apartó suavemente y Marie percibió otra presencia esperando para encontrarse con ella. Un joven sonriente, aunque tímido, apareció en su mente. No podía tener más de quince años. Dieciséis, como mucho. No un niño, pero tampoco un hombre. Todavía no. Aunque tenía el potencial de convertirse en el hombre más guapo que jamás pudiera ver, además de Alastor. Parecía tan familiar. Igual que Alastor. Excepto que tenía el pelo platino que caía en grandes rastas por su espalda. Era alto, pero esbelto y fuerte. Más un velocista que un culturista. No podía identificar exactamente esa asombrosa familiaridad. —¿Estás emparentado con Alastor? —Quizás había un mensaje que debía transmitirle.

La sonrisa del joven se ensanchó. —Podría decirse que sí. Estoy muy feliz de poder conocerte y espero entablar relación contigo. Muy pronto. —Sus ojos brillaban con vida y picardía. Sería difícil de controlar, pero estaría rodeado de completa alegría.

En un destello de luz, el joven se convirtió en un orbe flotante. La luz voló a los brazos de Pluma Negra y luego se transformó en un

bebé, envuelto en una manta blanca y crujiente. Una cabecita se asomaba por la parte superior de la manta, coronada por una mata de pelo blanco plateado.

Pluma Negra sonrió y le ofreció el bebé. —Es tuyo. Un regalo para ambos.

—Yo... ¿qué...? ¿Es mi...? ¿hijo? —La mente de Marie se negó a funcionar por un momento—. Nunca pensé... es decir, no planeé... es decir, ¿puede ser cierto?

—Si lo aceptas, comenzará el proceso de crecimiento. Hay un embrión dentro de ti esperando tu respuesta.

Su mente daba vueltas. Un bebé. Un hijo. El hijo de Alastor. Y suyo. El hijo de *ambos*. El amor que ya sentía por él era fuerte, feroz y verdadero. Este era el mayor regalo del universo.

Colocó la mano sobre su abdomen, sintiendo una energía que no había estado allí antes, pulsando con calor y luz. Esperando. Por ella. —Me... me sentiría honrada.

Fue rodeada por calor y amor. Tanto amor que casi la hizo caer de rodillas. No pensaba que pudiera ser tan bendecida, pero se había equivocado. Sintió el primer despertar de una energía reconfortante que formaba parte de ella, pero era distinta. La energía de su hijo. Una lágrima rodó por su mejilla. Siguieron más. Estaba bendecida. Tan bendecida.

La puerta se abrió y Alastor entró en la ducha junto con una ráfaga de aire más fresco. Unas manos suaves en su hombro la giraron y su rostro preocupado la miró desde arriba. —Marie. ¿Qué sucede? ¿Estás herida? ¿Cansada? ¿Hambrienta?

Ella se acercó a él, dándole un beso que él aceptó de buena gana. Finalmente, se apartó, pero no demasiado. Nunca se cansaría de estar apretada contra él, piel con piel así. Sonrió a su cara preocupada, suavizando la línea entre sus cejas. —Nada de eso, pero tengo algo que contarte.

El rostro de Alastor se iluminó de absoluta alegría. Echó la cabeza hacia atrás y rugió antes de levantarla, apretándola con fuerza entre sus brazos y girando en la estrecha cabina de ducha.

—¿Supongo que estás contento?

—No pensé que podría ser más feliz, pero esto... esto es algo con lo que solo había soñado. Soy el macho más afortunado del universo.

—De este universo y del siguiente —dijo Marie.

—El más afortunado en cualquier dimensión de la existencia. —Alastor la deslizó por su cuerpo hasta que sus dedos de los pies tocaron el suelo. Ella sintió su excitación pulsando a través de ella. Una excitación correspondiente se desplegó en su vientre y se movió lánguidamente contra él, disfrutando hacia dónde se dirigía esto.

—Si tú eres el hombre más afortunado, entonces yo soy la mujer más afortunada. Ahora ven aquí y bésame.

No tuvo que pedírselo dos veces.



Epílogo

Aunque el joven rostro demacrado parecía real, Marie tenía que recordar que Emile estaba en realidad a medio universo de distancia y lo que contemplaba era un holograma. Su hermano, Jo-Aquin rodeó con un brazo a su hermana y la abrazó, sonriendo tan ampliamente como ella. —No sé cómo agradecértelo, Marie.

Marie odiaba pensar en la tortura que Emile había soportado. La que cualquiera de los de Hexion había tenido que soportar. Había regresado a la superficie de Annexor con Alastor una vez que los calisteanos habían abierto un portal para conectar su galaxia con el universo, y había utilizado la energía del planeta y sus habilidades naturales para liberar a los esclavizados mentalmente en Hexion. Con la ayuda de Pluma Negra y Lady Lyria, por supuesto.

Una vez abierto el portal y enviada la noticia al Consejo Interespecies, no había tardado mucho en reunirse una fuerza para hacerse cargo del número relativamente pequeño de Reptiles que quedaban ocupando el planeta una vez que la gente había sido liberada.

Los liberados quedaron conmocionados, aturdidos, eufóricos al ver que se había logrado lo imposible, y luego entristecidos al descubrir que amigos y familiares no habían sobrevivido. Jo-Aquin había

dejado Florn para ser uno de los primeros en la fuerza reunida para poner fin al reinado de los Reptiles en Hexion. Había sido uno de los afortunados en encontrar a su hermana con vida.

—Es un placer para mí —dijo Marie sonriendo mientras Alastor la rodeaba con sus brazos y acariciaba su vientre aún plano.

—Jo-Aquin dice que puedo ir a vivir con él a Florn y conocer a Lauren. No puedo esperar a conocer a la compañera de vida de mi hermano —comentó Emile.

—Yo también estoy deseando conocerte. En persona, quiero decir —añadió Lauren. Ella no podía abandonar Florn, ya que compartía una relación simbiótica con el planeta desde que había podido liberar a los habitantes de Florn, con la ayuda de una misteriosa mujer conocida como Madre. Marie aún no la había conocido, algo que esperaba con ilusión.

Ahora que las redes de energía habían sido eliminadas de los planetas ocupados, se estaban reconstruyendo las comunicaciones y pueblos separados por vastas distancias volvían a conectarse, unidos por el maltrato de los Reptiles y la determinación de reconstruir un universo mejor para todos.

Marie y Alastor estaban rodeados de hologramas de toda la galaxia. Una vez que se había corrido la voz de que las mujeres humanas no solo habían salvado planetas ocupados, sino que habían sido la razón por la que la tiranía de los Reptiles había llegado a su fin, y habían descubierto el plan final de una entidad desconocida para irrumpir en el universo y destruir todo a su paso. Ahora, líderes de planetas de todas las galaxias querían conocer a Lauren, Vivien y Marie por sí mismos.

—Entonces, ¿dices que se ha bloqueado la entrada de la entidad a esta dimensión? —El jefe del Consejo Interespecies, Albion, era un macho intimidante. Aunque en realidad estaba al otro lado del universo, su aura se extendía a través de la distancia con un peso que Marie sentía hasta los huesos.

—Eso es lo que me dijo mi guía, Pluma Negra —respondió Marie. Había dado todos los detalles en una reunión anterior con los jefes del Consejo de las especies unidas.

—Suena imposible, y sin embargo miles de millones han sufrido por su causa. No puedo refutar las pruebas. Solo puedo encontrar consuelo en que podemos salvar planetas ocupados y liberar a aquellos que creíamos perdidos. Algo que pensábamos que nunca lograríamos. Comandante Striker, ¿ya ha trazado el mapa de los planetas que faltan por liberar? —preguntó Albion.

El Comandante Striker estaba junto a Vivien, que parecía saber lo que hacía, vestida con los pulcros uniformes negros de la Flota Interespecies. También hologramas, en realidad estaban en el puente del Starlight, preparándose para su viaje a través del portal y a través de las galaxias hasta su destino.

—Lo hemos hecho. Estamos trabajando con Marie y los pueblos locales de Annexor en un esfuerzo conjunto para liberar a los de Lenulia, y luego trabajar a través del Cuadrante Nalulla hasta llegar a Seerus —dijo el Comandante Striker.

—Estoy deseando patear algunos traseros de Reptiles. Justo lo que necesito para descargar mi venganza —Vivien se encogió de hombros, con un brillo en los ojos. Una vez soldado del SAS, siempre soldado del SAS, pensó Marie.

—Estamos listos para trabajar con la Flota para liberar a los esclavizados mentalmente planeta por planeta —dijo Alastor. Ella y los locales trabajarían estrechamente con Striker desde Annexor. Liberar mentes desde el intermedio podía hacerse desde cualquier lugar del universo, ya que el intermedio no tenía una ubicación particular.

—Una fuerza de asalto final descenderá sobre el planeta de los Reptiles una vez que todos hayan sido liberados. Allí, se enfrentarán a la justicia por sus crímenes —dijo Albion. Hubo murmullos de acuerdo entre los otros miembros del consejo.

—¿Y qué hay de las mujeres humanas rescatadas? —preguntó Albion.

—El *Starfinder* está de camino a la Tierra ahora —dijo Striker.

—Estaré disponible para hacer el primer contacto con los humanos. Creo que se han ganado el derecho a saber que no son los únicos en el universo —comentó Albion. Por lo que Marie entendía, él era el mejor embajador y había hecho el primer

contacto con otros planetas que estaban dando sus primeros pasos en el espacio.

De alguna manera, deseaba poder estar allí para tal acontecimiento monumental para la gente de la Tierra, pero por otro lado, estaba haciendo algo igualmente trascendental.

—No puedo creer que realmente vayamos a terminar esta guerra. Este es el comienzo de una nueva Era. Para el universo y para la Tierra —dijo Marie.

Alastor la atrajo hacia su abrazo y la besó, sin importarle que estuvieran rodeados por las miradas de ojos divertidos. En ese momento, a ella tampoco le importaba. —Siempre tuve plena fe en ti, pequeña humana. No había ninguna duda en mi mente.

Nunca la hubo. Él siempre había creído en su don. En ella. No puedes ser la mitad de un alma sin conocer la verdad. —Solo espero que podamos encontrar a las mujeres desaparecidas que fueron secuestradas. Que dondequiera que estén, estén seguras.

Envió un deseo ferviente al universo. *Dondequiera que estéis, espero que estéis a salvo y si nunca podéis regresar a la Tierra, espero que encontréis el amor de vuestra vida y encontréis el hogar de vuestro corazón*.

En la lejana distancia de su mente, casi creyó oír a alguien muy, muy lejos susurrar, *lo harán*.

.

* * *

.

Gracias por acompañarme en esta inolvidable aventura. Realmente espero que hayas disfrutado de cada momento palpitante y cada giro estimulante. Tu presencia en este mundo lo significa todo.

.

No temas, porque el universo de acción ardiente y romance fuera de esta galaxia vuelve a llamar. En Protegida por el Pirata Espacial Alienígena, las apuestas se elevan más alto, las pasiones arden más intensamente y los misterios se profundizan. Prepárate para dejarte llevar por nuevos encuentros cautivadores y alianzas inesperadas mientras nuestro nuevo héroe y heroína desafían al destino y descubren secretos que podrían cambiar sus mundos para siempre.

.

¿Lista para embarcarte en otro viaje emocionante? Entonces pasa la página y sumérgete una vez más en el apasionante cosmos donde el amor y el peligro colisionan como nunca antes. La aventura de tu vida continúa en Protegida por el Pirata Espacial Alienígena—esperándote solo a ti.

.

* * *

.

Protegida por el Pirata Espacial Alienígena

.

Ser un pirata espacial no hace rico a un ser, razón por la cual Rhilax está tratando con el mayor señor del crimen en los diez cuadrantes en contra de su buen juicio. No sabe mucho sobre el trabajo ofrecido, pero sabe que pagará la comida y los suministros para él y sus hermanos. Quizás lo suficiente para encontrar un planeta agradable y tranquilo en algún lugar, olvidarse de una vida de contrabando y finalmente establecerse.

.

Ciertamente no está preparado cuando una esclava, como ninguna que haya visto antes, es conducida desnuda, encadenada e indefensa para ser su pareja destinada. Definitivamente no estaba preparado cuando destruye su sueño, junto con la cabeza del señor del crimen, secuestra a la hembra y se convierte en un objetivo junto con sus hermanos - El señor del crimen tiene un hermano y el hermano quiere que todos mueran.

.

Cuando su nave es destruida, Rhilax y sus hermanos son lanzados a los confines más lejanos del universo conocido. Para empeorar las cosas, la cápsula de escape está destrozada y su pareja destinada ha escapado. Rhilax debe encontrarla antes que los matones del señor del crimen, o las criaturas desconocidas en este planeta, y completar el vínculo antes de que su mente se pierda en el impulso de apareamiento.

.

Ella no puede recordar su nombre. O su vida antes de las jaulas. Quizás es mejor no saber. Estar atrapada en una jaula y lamentando una vida hermosa sería el peor tipo de tortura. Es buena desconectándose, pero cada vez es más difícil ignorar al masivo alienígena de piel azul que le dice que es su pareja destinada, sea lo que sea eso. Todo lo que sabe es que si no se aleja de él, podría no ser libre nunca más.

.

Si te gustan las probabilidades imposibles, los planetas salvajes, los sexys alienígenas alfa de piel azul y la tensión de las parejas destinadas, te encantará Protegida por el Pirata Espacial Alienígena.

.

* * *

.

Protegida por el Pirata Espacial Alienígena

Capítulo Uno

.

—El cretino de Drumas tiene un dos, así que apuesta por un tres.

La voz de Veri sonó a través de su comunicador interno del oído, haciendo que pareciera que estaba justo aquí a su lado, susurrándole al oído a Rhilax. Tecnología de contrabando que los hermanos de Rhilax y él mismo habían adquirido con el pago que habían recibido transportando una bodega llena de "suministros" al puerto espacial Vongi en Di-Yu. No es que le importara transportar papel higiénico y alimentos secos. Fue el alcohol de Nueva Sion que había estado escondido bajo especias aromáticas, prohibidas en nueve de los diez Cuadrantes, lo que les había permitido fijar su precio.

Rhilax estaba contento de haber ganado esos créditos. La tecnología había sido cara. Más aún pagar por el silencio del cirujano, Gratu, que la había instalado en sus cuerpos. Incluso los mejores contrabandistas necesitaban toda la ayuda posible, especialmente los ex militares del Consejo que necesitaban permanecer indetectables.

Rhilax lo llamaba seguro.

Chasqueó su colmillo izquierdo dos veces con la punta de su lengua bífida, para hacerle saber a Veri que lo escuchaba, y luego dejó caer la apuesta perdedora sobre la mesa. Shilsogar apenas podía contener su deleite. Sus papadas grises temblaron, y un hilo extra de baba goteó de la esquina de su boca negra, ancha y caída.

El mafioso no tenía absolutamente ninguna cara de póker. Rhilax estaba medio asqueado de tener que jugar tan mal, cuando en realidad era muy difícil de vencer. Iba en contra de su naturaleza perder ante escoria como Shilsogar, cuando su impulso más básico era darle al ser un cuarto ojo donde solo tenía tres. Gratis.

—Tranquilo, hermano. Pierde este juego y ganaremos al final. Apuesto mi huevo izquierdo a que está haciendo trampa de todos modos —dijo Veri.

Habían instalado discretamente tecnología en el club la noche anterior, donde los tres habían entretenido a un bar lleno de Vargianas cachondas de tres pechos hasta que el sol sintético había salido. Los Vargianos eran una especie alta. Lo suficientemente altos para que incluso cuando Rhilax se ponía de pie, llegaba a la altura de sus pechos, y eso que él pertenecía a una especie alta. Qué vista ofrecían. Hermosos pechos que nunca cubrían. Dioses, amaba a esa especie.

Había pasado el tiempo lo bastante satisfactoriamente, aunque la fuerte resaca con la que se había despertado no era lo óptimo. Antes nunca tenía resacas. Quizás se estaba haciendo viejo. Ciertamente, a veces se sentía años por encima de su edad. Sentarse frente a Shilsogar y jugar su juego insípido le estaba haciendo doler la cabeza aún más.

Rhilax apretó los dientes. No le gustaba tratar con escoria como Shilsogar. El ser era sucio y tenía sus manos en numerosos acuerdos "comerciales", pero pagaba bien, y se estaban quedando sin fondos. Solo había un ser peor que Shilsogar, y ese era su hermano gemelo y socio comercial, Xataxi. Ese ser era un tipo especial de maldad e incluso Rase, Veri y él mismo no habían estado lo suficientemente desesperados como para asegurar ningún trato comercial con ese ser. Los hermanos Tourogan eran las mentes criminales que dirigían los diez Cuadrantes, pero a pesar de que este hecho era bien

conocido, eran tan escurridizos como el delicioso pezón recién chupado de una Vargiana. Eran intocables, y lo sabían.

Necesitaban dinero para combustible y comida. Si no aseguraba este trato, lo más probable era que no tuvieran suficiente combustible para llegar al siguiente puerto espacial para buscar más trabajo, razón por la cual estaba aquí sentado en una silla demasiado pequeña, perdiendo ante escoria en la Estación Solaris, que no era mucho más que un cubo de pernos oxidados.

El lugar para su reunión le había parecido extraño a Rhilax. Normalmente, Shilsogar no se alejaba tanto de la vía comercial principal, y ciertamente nunca se le veía en nada menos que en alojamiento de cinco estrellas. Era otra cosa que no cuadraba. Otra cosa que ponía sus nervios de punta. Rhilax apartó el pensamiento.

Él, al igual que sus hermanos, necesitaba este trato. El dinero les duraría al menos el próximo año. Quizás ganarían lo suficiente para poder comprar una propiedad en un planeta agradable, libre de escoria, encontrar hembras y criar hijos.

Un verdadero buen sueño. Le daba algo a lo que aferrarse. Todos necesitaban algo. Su existencia había sido bastante sin sentido desde el día que había cambiado irrevocablemente sus vidas para siempre.

Shilsogar sonrió y más baba goteó hacia su empapado estómago. Su especie estaba compuesta por rollo tras rollo de grasa glutinosa, tanto que Rhilax se preguntaba si tenía estructura esquelética en absoluto.

—Así que, amigo mío. He oído que estás buscando trabajo — Shilsogar barrió los créditos del centro del tablero, que golpearon su gordo estómago. Alguien salió de las sombras detrás de él y retiró los créditos, dejando unos pocos para seguir jugando. Rhilax gruñó interiormente. Ya estaba en las últimas. Cuando perdiera estos, realmente no tendrían nada.

Gruñó, pretendiendo que solo estaba medio interesado. —Podría ser. ¿Qué tienes?

Shilsogar indicó el tablero. Su boca tembló en lo que Rhilax supuso que era una sonrisa. Rhilax ocultó su disgusto. —¿Otra partida?

—Claro. No tengo nada más que hacer —Como los infiernos que no tenía nada más que hacer. Lo más urgente que quería hacer era alejarse del *drek* de Shilsogar. La especie le hacía brotar las escamas y tenía que ejercer una concentración indebida para mantenerlas bajo la superficie de su piel.

Shilsogar dispuso las cartas y empujó un marcador a través del tablero. Levantó su cigarro y aspiró profundamente desde la esquina de su boca. La punta brilló en rojo y el olor ácido del humo contaminó el aire ya contaminado aún más.

—Ve por uno. Tiene cinco. Resiste la tentación de meterle esos créditos por la garganta, Rhi. Nunca conseguiremos este trato si haces eso —susurró Veri.

Rhilax gruñó y se movió, incapaz de decirle a Veri que no iba a meterle los créditos por la garganta al ser, por muy tentadora que fuera la idea. Bueno, aún no. No era *tan* estúpido, aunque la idea tenía mérito. En cambio, se concentró en la silla que se estaba volviendo insoportablemente incómoda. Era demasiado pequeña para su gran cuerpo, sin duda dada a propósito.

—Creo que podrías estar interesado en este trabajo que tengo —dijo Shilsogar.

Rhilax empujó lo último de sus créditos sobre el tablero. —¿Eso crees?

—¿Qué *drek*? —La voz de Rase gruñó en su oído interno. Su tono fue suficiente para erizarle los pelos de la nuca a Rhilax. Sonaba inusualmente... perturbado. Su hermano nunca se perturbaba.

Rase vigilaba los comunicadores visuales que habían colocado fuera de la puerta para observar el pasillo que se acercaba, pero a menos que su hermano se decidiera a explicarse, se quedaría preguntándose qué *drek* estaba viendo.

De una cosa estaba seguro, a Rhilax no le gustaba la repentina tensión que llenó el aire. Sus dedos se crisparon. Sus garras casi se hundieron en la mesa. Los ojos de Shilsogar brillaron y algo frío se deslizó sobre la piel de Rhilax.

—Mantente bajo control, hermano. No te va a gustar esto —dijo Rase mientras la puerta se abría, y uno de los matones de Shilsogar

entraba con una especie delicada que nunca había visto antes al final de una brillante cadena plateada.

Rhilax no podía apartar los ojos de la hembra. Su piel era rosada y suave, tan diferente a su dura piel azul. Tenía una melena de largas ondas castañas, del color de la tierra rica, y sus ojos eran tricolores. Blancos, marrón cálido y negros en el centro. En ese momento, estaban abiertos y aterrorizados cuando deberían parecer aturdidos y saciados después de haber sido bien amada.

Estaba desnuda e intentaba cubrirse los pechos y el sexo con las manos mientras era arrastrada a la habitación por el collar alrededor de su cuello. El manipulador tiró de la cadena y ella tropezó con piernas ya inestables. Se ahogó y cayó al suelo a los pies de Shilsogar, donde permaneció temblando y estremecida.

Cada músculo del cuerpo de Rhilax se bloqueó y se calentó. Su piel se sonrojó y sus escamas amenazaron con explotar sobre cada centímetro de su cuerpo. Su conciencia se expandió en la aparente infinidad del universo, dispersando y reformando las mismas moléculas de su mente y cuerpo antes de que se fusionaran de nuevo, cambiadas para siempre porque la esencia misma de sí mismo nunca volvería a ser la misma.

Su corazón se aceleró y la presión se acumuló en su ingle a medida que el conocimiento que no tenía esperanza de entender se descargaba en su mente. Afortunadamente, sus cueros eran lo suficientemente ajustados como para causarle una agonía lo bastante aguda cuando su pene se engrosó, para mantener clara su mente. Necesitó todo su autocontrol para sentarse, observar y parecer impasible cuando su instinto le urgía a llevársela lejos de este infierno de lugar y protegerla con su vida. Porque ella era más preciosa que su vida.

Nunca pensó que habría una pareja para él. Nunca pensó que fuera posible. Y, sin embargo, la evidencia estaba justo aquí frente a sus horrorizados ojos.

Esta hembra era su pareja.

.

LEE PROTEGIDA POR EL PIRATA ESPACIAL ALIENÍGENA HOY...